

Mundo Argentino



20 centavos
en toda la
República

...y el amor que mutua-
mente profesaban a los pá-
jaros, hizo que también
ellos se amaran...

DE LA NOVELITA QUE SE
PUBLICA EN ESTE NUMERO

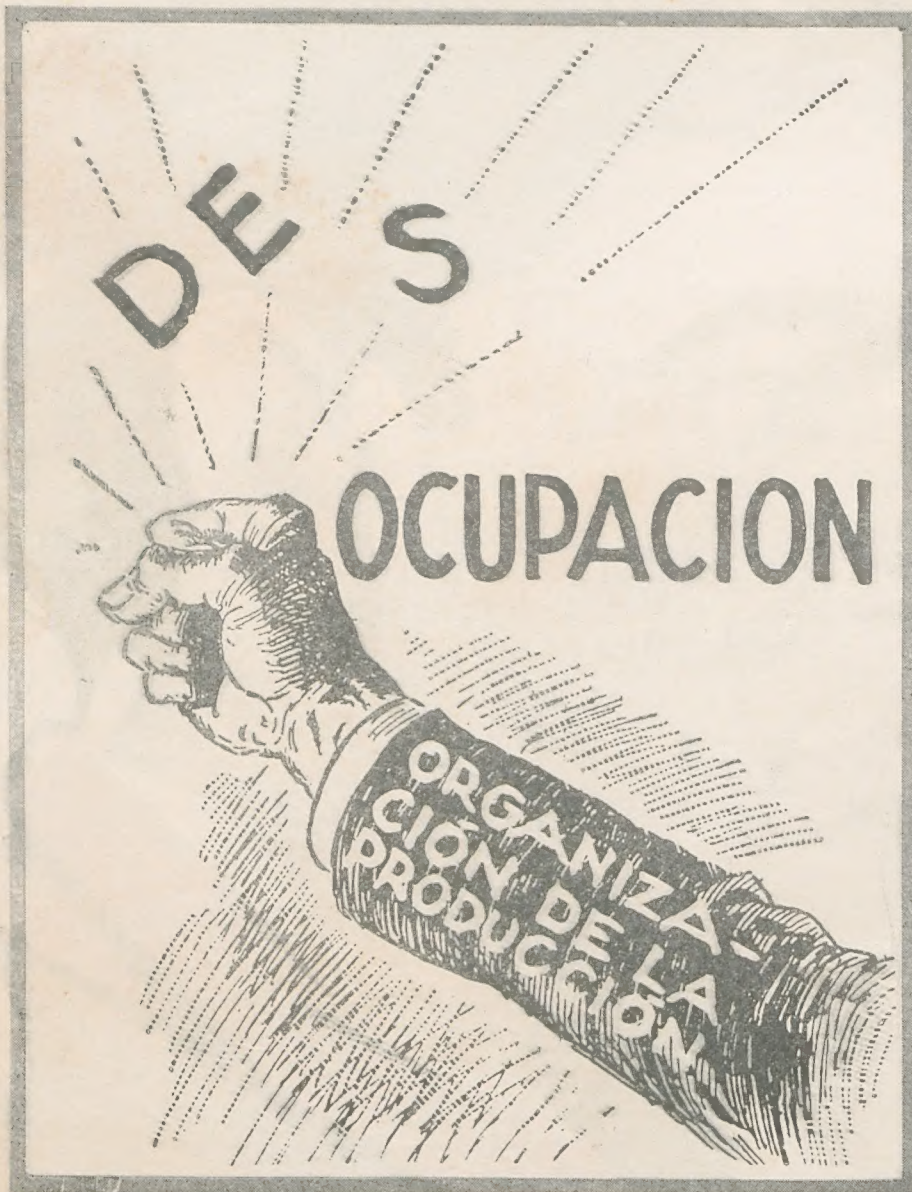
“Sombras en las almas”

También iniciamos la publicación de la gran novela

“LA QUE TODO LO DIO”

JOSUE QUESADA PUBLICA UNA NUEVA SERIE DE
“CARTAS DE AMOR”

El espejo de la opinión pública en el país y en el extranjero



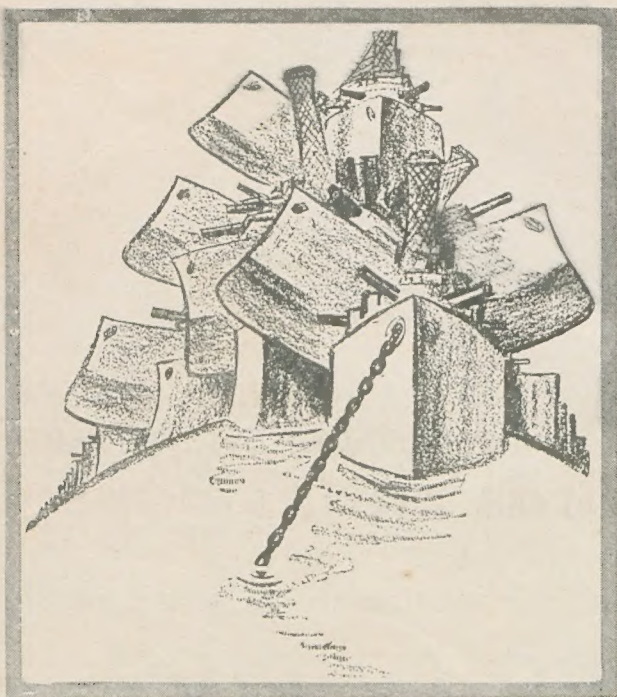
EL PUNETAZO LIBERTADOR

Contribuya a la organización y destruya para siempre la "Des"



"LA MANO QUE APRIETA"

Crispada sobre el Congreso la mano del Pueblo exige la solución de estos problemas argentinos

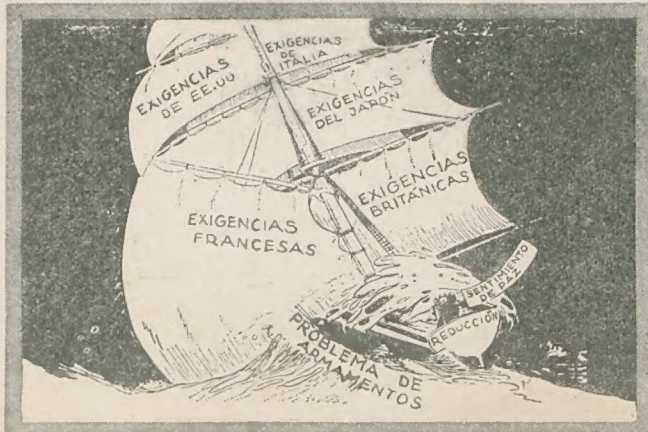


ARMAMENTISMO

Ventajoso para los propietarios de astilleros navales, pero perjudicial para todos nosotros

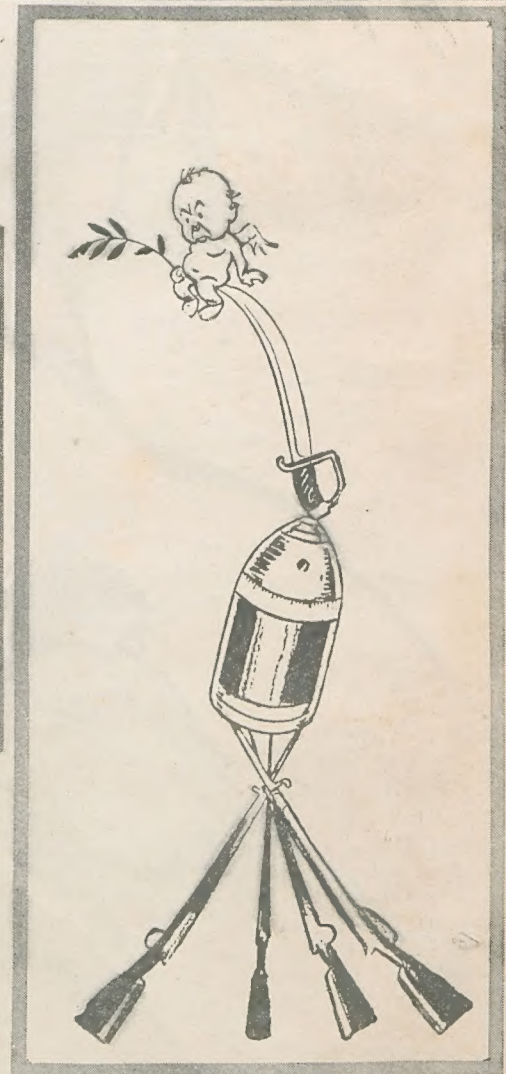
Por Fitzpatrick en el "Post-Dispatch", de Saint-Louis

Uno de los problemas que más urge resolver es el de la **desocupación**. Miles y miles de hombres se encuentran sin trabajo, cerniéndose sobre sus hogares el fantasma de la miseria. Contribuyamos todos, en la medida de nuestra fuerza, a dar solución al problema **destruyendo enérgicamente la "Des"**, como lo indica la caricatura de esta página. "La mano que aprieta" es la del Pueblo, que en vano pone su mano sobre el Congreso desde hace muchos años para obligar a la pronta solución de problemas nacionales tan importantes como el analfabetismo, el latifundio y la politiquería. "Armamentismo" representa lo que vienen haciendo las naciones: armarse hasta los dientes, a pesar de las abundantes conferencias del desarme que se han realizado, mientras que la Paz naufraga en su débil barquichuelo abrumado de velas. El monumento a la paz universal no se levanta sobre bases de sólida armonía, sino sobre las armas creadas para destruir al hombre.



La paz del mundo naufraga por exceso de trapo

De Doyle en el "Record", de Filadelfia



Monumento a la paz universal

De "Isvezia", de Moscú



EDITADO POR LA
EMPRESA EDITORIAL HAYNES

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RÍO DE JANEIRO 300 - U.T. 60. CAS. 1020 AL 1023



FUNDADOR
ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXI

BUENOS AIRES, AGOSTO 19 DE 1931

NÚM. 1074

El espantapájaros ruso

150.000.000 DE ESCLAVOS

SI alguien puede opinar sobre la forma en que se está llevando a cabo el llamado plan quinquenal ruso, es el señor Carlos J. Ketchum, corresponsal del "Daily Express" de Londres, que ha pasado cuatro inviernos en la Rusia soviética. Lo que este hombre ha visto y las deducciones a que llega después de sus observaciones, abren a los ojos del mundo la certeza de que el plan de los cinco años es ya un incuestionable fracaso.

EN QUÉ CONSISTE EL LLAMADO PLAN QUINQUENAL

"Stalin, el hombre que en la actualidad gobierna a Rusia, concibió un plan fantástico, mediante el cual se pensaba dar al capitalismo un golpe de muerte. Consistía dicho plan en industrializar de tal manera la Rusia soviética, que no sólo se abasteciera ella misma con sus propios productos, sino que éstos, por lo abundantes, se desbordarían en todos los mercados del mundo, abaratando de tal forma la producción, que provocaría un derrumbe del actual sistema capitalista. Se trataba, como se ve, de un "dumping" organizado y general. Todos los países pusieron sus ojos en Rusia. ¿Realizaría Stalin su plan? Del éxito o del fracaso de éste dependía la suerte de la industria y del comercio mundiales.

STALIN CONFIESA SU DERROTA

"El plan quinquenal ha fracasado. El gran experimento ruso que había de convertir de la noche a la mañana a una raza de campesinos en una de industriales hábiles, se ha derrumbado..., y el sueño del comunismo yace muerto entre los escombros.

Ese es el cuadro que Stalin, el dictador soviético ha lanzado serenamente a los cuatro vientos del mundo en su reciente discurso propalado por radio.

En otras palabras, ha confesado, por fin, que la ejecución del gigantesco plan quinquenal, que habría de colocar a Rusia en primera línea entre las naciones industriales del mundo, y aplastar a sus competidores capitalistas, debe en adelante depender de la aplicación de método de dirección tomados de prestado, al capitalismo.

"Ha decretado aquel director soviético que la tan despreciada burguesía, los leales al viejo régimen deben recibir mejor trato. Ha establecido que deben adoptarse distinguos entre los salarios del obrero hábil y el que no lo es, que debe abolirse la semana de los cinco días y, finalmente, que la promoción de los trabajadores deberá hacerse en adelante, sobre la base de aptitudes, antes bien que por la antigüedad de afiliación en el partido comunista de la Rusia actual.

"La lucha desesperada de estos últimos dos años en el transcurso de los cuales su población de 150.000.000 de almas, miserable y medio hambrienta, que ha sido conducida a su labor como una nación de condenados a galeras, ha provocado la derrota.

Una vez más surge como una nación obligada a depender de los principios y de los métodos del capitalismo para su propia existencia.

MUCHAS FABRICAS, PERO FALTA ORGANIZACION

"Hace seis meses yo contemplé a sus cansados trabajadores encaminándose medio desnudos al través de las nieves hacia las fábricas, poco menos que vacías. Se levantaban entonces grandes edificios fabriles, cuya construcción estaba a punto de terminarse. En realidad, en algunas partes del país surgían en forma rapidísima grandes y formidables empresas industriales que se hallaban en manos de ingenieros extranjeros, que dirigían el trabajo forzado en Rusia.

"Con todo, y sin contar con las estadísticas lanzadas estentóreamente todos los días desde el Kremlin y por la prensa controlada por el Estado, donde se hablaba jactanciosamente del sensacional progreso que se advertía en la aplicación del plan, ¿dónde podía advertirse la prueba de la producción propiamente dicha?

"Yo no vi ninguna. Cuando entraba a las fábricas, aun algunas de las más grandes del país, los trabajadores se hallaban allí, pero en la mayoría de los casos sus manos estaban desocupadas. O bien faltaba la materia prima o la maquinaria de producción se había descompuesto.

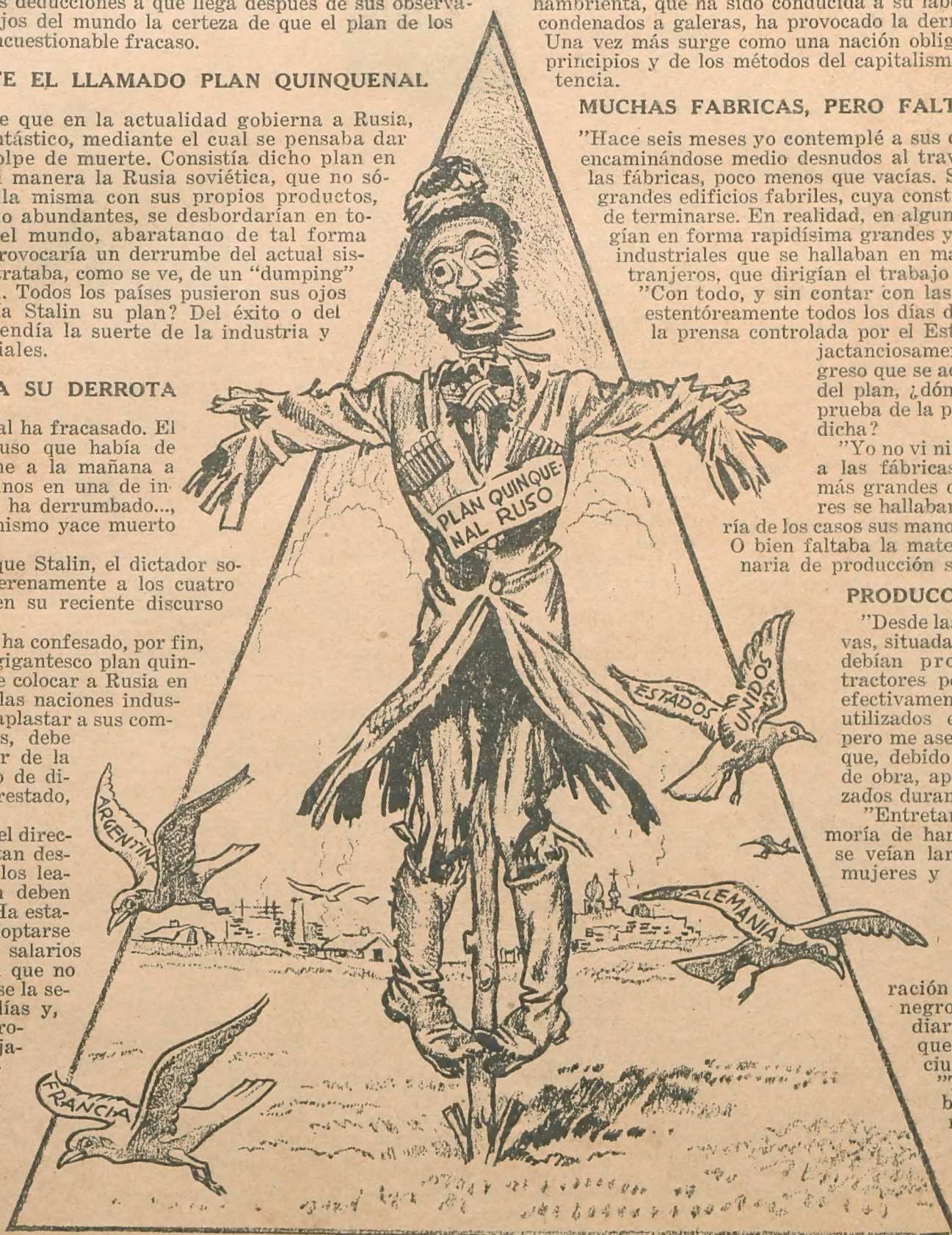
PRODUCCION IMPERFECTA

"Desde las grandes fábricas nuevas, situadas en Tractorstroi, que debían producir cincuenta mil tractores por año, se veían salir efectivamente tractores para ser utilizados en las granjas rusas, pero me aseguraban los ingenieros que, debido a la defectuosa mano de obra, apenas podrían ser utilizados durante un verano.

"Entretanto, el país entero se moría de hambre. En todas partes se veían largas filas de hombres, mujeres y niños ateridos de frío

en las calles hasta altas horas de la noche, aguardando y a veces en vano, la distribución de la miserable ración de una libra de pan negro, que era la porción diaria (cuando la había), que correspondía a cada ciudadano del Estado.

"Todos los comercios públicos habían sido cerrados por el término de dos años, y la ropa común de trabajo, cuando podía conseguirse, únicamente podía comprarse mediante un certi-



(Continúa en la página 50)

¡GALANTERÍA!

Por

P. G. WODEHOUSE

Dibujos de MONTGOMERY FLAGG

La historia de un buen muchacho, a quien el exceso de galantería complicó la vida de tal manera, que le obligó a perder lo que más quería: SU GRAN AMOR.

ERA de madrugada, la hora en que el mundo enmudece a toda agitación. En el salón de fumar del "Club" se hallaba un grupo de "niños" aburridos, después de una deslumbrante soirée que les había dejado fatigados y predispuestos al silencio.

— Nuestro viejo camarada Federico está de vuelta — dijo uno de ellos, rompiendo el silencio.

(Breves minutos transcurrieron antes que otro de los circunstantes se decidiera a comentar tal noticia.)

— ¿Ha vuelto, de dónde?

— De Nueva York.

— No sabía que hubiese ido allá.

— Pues allá fué. Y si no, ¿cómo quieres que estuviera de vuelta?

Esto pareció convencerlos a todos.

— ¿Se divirtió mucho?

— Parece que no, pues ha reñido con su novia.

— ¡Bah! Si tuviera yo un peso por cada novia que ha tenido Federico — replicó uno de ellos, — sería multimillonario.

— Pero, ¿y por qué riñó?

— Porque así lo quiso la fatalidad. Si Federico, con sus mejores intenciones, no se hubiese ofrecido a llevarle su maleta a una desconocida, en este momento iría al altar con un crisantemo en el ojal y llevando del brazo a Mary Peasemarch, hija única del V lord Bodsham.

— Me parece que el viejo lord no lo habría aceptado jamás por yerno, por frívolo y mundano.

— Te equivocas — dijo el narrador con entusiasmo. — Fué bien acogido por el lord desde el primer momento, y se comprometieron al cuarto día. Claro está que lo único que explica la conducta del lord es que, viviendo casi siempre en el campo, no conocía de nuestro amigo más que a sus dos tíos. Uno era amigo de su infancia y el otro era obispo, deduciendo de ello que el pretendiente de su hija reunía las cualidades por él deseadas.

— Sí, pero, ¿y Mary?

— ¿Qué ocurre con ella?

— Pues que Federico es el último hombre en quien yo creía que ella pudiera fijar sus ojos. Es muy mística, toca el órgano en la iglesia de su lugar, y aun se le ha visto repartir alimentos entre los pobres.

— Bueno, pero ella tampoco le conocía, y como tiene él ese aire de santulón... Mas lo importante es que todo marchaba viento en popa gracias a las noches de luna clara, y que aprovechó espléndidamente nuestro común amigo.

— Llegado el cuarto día, con el alma em-

bargada por los efluvios poéticos de la diosa Noche, declaróle su amor a Mary, que con rubores de novia dióle el tan ansiado "¡sí!" que uniría sus destinos.

— Cuando Mary, a la mañana siguiente, anunció a su padre que tendría un hijo para cuidar su vejez, éste se mostró sumamente complacido admitiendo que no podía desear mejor esposo para su hija que un joven de las cualidades de Federico.

— Así llegaron a Nueva York, como la más feliz y bien unida familia.

— Lo que, según nuestro héroe, le apenó más al llegar, fué la fría indiferencia con que los neoyorquinos recibían su felicidad. Su afán era ver rostros risueños y felices, y, en lugar de esto, parece que todo el mundo quería esconder su esposa o trataba, por medio de detectives, de obtener pruebas en qué basar su demanda de divorcio.

— Sin embargo, cuando uno es huésped de una gran nación, tiene que aceptar sus pros y sus contras. Y a pesar de todo este odio contra el matrimonio, se sentía dichoso y transportado al séptimo cielo.

— Una vez, al descender de uno de sus viajes etéreos, se halló caminando por una calle del barrio Sud de la ciudad.

— Aquí es donde el pobre Federico dió su tropezón.

— Uno de los efectos más marcados que produce el amor, es sentirse excesivamente galante y siempre pronto a ser útil y agradable a todos.

— En este estado de ánimo fué sorprendido por una muchacha llevando una pesada maleta. A pesar del súbito impulso que tuvo de ayudarla, "dice Federico" que se fijó si era bonita, pues su lealtad a Mary le hacía mostrarse indiferente con toda mujer agraciada. Pero ésta era fea y desgarrada; el prototipo de la secretaria privada de un magnate comercial, especialmente elegida por la esposa de éste.

— En vista de ello no titubeó; sobre todo, cuando vió que la pobre muchacha en cuestión no podía ya más con el peso de su carga.

— En su interior, Federico pareció oír la

—Perdone usted, señorita, ¿quiere permitirme que le ayude a llevar la maleta?...



aprobación de su novia induciéndole a su buena acción. Así, pues, dirigióse a la muchacha.

— Perdone usted, señorita, ¿me permite que le ayude?

— La muchacha lo miró unos segundos, luego, convencida por la apariencia honorable de su interlocutor, le entregó la maleta.

— ¿Hacia dónde va? — preguntóle él, galante.

— Díjole ella que vivía en la calle Washington, y así llegaron ante un edificio, en el que tenía alquilado, junto con otra amigueta, un departamento. El B y en el cuarto piso.

— Al entrar en el departamento, como el calor y las escaleras le habían fatigado bastante, se sentó un ratito para reponer sus fuerzas.

— La muchacha, entretanto, hablaba amigablemente. Le dijo que se llamaba Myra Jennings. Que estaba empleada en una casa importadora de sedas, que su madre vivía en Waterbury, etc.; en fin... esto y un sinfín de cosas más.

— De pronto se vieron interrumpidos por algo que desconcertaría a cualquier extranjero, pero que en Nueva York ocurre todos los días, sin que nadie le dé importancia alguna.

— La puerta se abrió, y apareció un tipo con galera, y luego otro, y otro después.

— ¡Ah! ¡Ah! — dijo el galera I, dirigiéndose a sus compañeros.

— Federico se creyó víctima de un atentado de allanamiento de domicilio y robo.

— Me parece... — continuó el que parecía jefe de los intrusos — que este caso es tan

claro y fácil como abrir y cerrar los ojos.

—Sí, sí—afirmó el galera II.

—Sí; claro como el agua—añadió el tercero.

"De pronto la señorita Jennings, que, absorta, pareció no haber notado la entrada de los forasteros, se volvió y preguntó:

—Bueno, ¿y qué quieren ustedes aquí?

—Que ¿qué queremos?—repuso Galera I.—Ustedes pueden testimoniar—agregó, dirigiéndose a sus acompañantes—que hemos sorprendido a la señora Silvers, sola en su departamento, acompañada de un imbécil.

—Ciertamente que podemos testimoniarlo, y es todo lo que su marido deseará saber, pues ello simplifica el caso de una manera sorprendente.

"Entonces fué cuando Federico, con gran sentimiento, se dió cuenta de que no se trataba de bandidos, sino de detectives.

—Bien, bien, señores; ahora, para reírme mejor, ¿quieren ustedes decirme dónde se creen estar?—exclamó la señorita Jennings.

—¿Dónde nos creemos estar? Pues aquí mismo donde estamos, en el departamento A, cuarto piso, y ante la señora Silvers. Nosotros pertenecemos a la "Agencia de Detectives La Perspicaz", y actuamos bajo instrucciones de su esposo. Y ahora, riase si puede...

—Y claro que me voy a reír—respondió ella con una sonora carcajada.—Ni yo soy la señora Silvers, ni tengo marido, ni éste es el departamento A, sino el B.

—¡Eh!—exclamó el galera I, sonrojado.

—Nos hemos equivocado—balucieron los otros.

"Y así, confundidos, salieron dando excusas y asegurando que era su primera equivocación en veinte años de servicio.

"Federico, después de celebrar un rato con la señorita Jennings el cómico episodio, tomó un taxi y se hizo conducir al Ritz Carlton, donde debía comer con Mary y el viejo Bodsham.

"Durante el camino rebotaba de gozo al pensar cómo se reirían ellos al oír de sus labios su famosa aventura.

"(Cuando está de buena, Federico es el alma de las fiestas, pues a contar chistes y anécdotas no hay quien lo supere, y ya acariciaba en su imaginación una segura y ruidosa victoria.)

"Durante la primera parte de la comida no hubo medio de lucirse con su cuento, pues el señor Bodsham estuvo despotricando contra los socialistas, que atacaban sin piedad a los pobrecitos millonarios.

"En la segunda parte tomó la palabra Mary, disertando sobre el intrincado tema "El alma de América".

"Por fin, al tomar el café, pareció llegado el momento tan anhelado por Federico, y abordó el asunto con risueño aspecto.

—¿A que no saben lo que me aconteció esta mañana? Pues la cosa más cómica del mundo. Prepárense a reír hasta mañana.

"Mientras contaba el hecho con todos los adornos posibles, examinaba atentamente la fisonomía seria de su auditorio.—"Bueno, se decía interiormente, esperan el final para reírse."

"Mas no fué así; su efecto fué contraproducente. Y el pobre Federico empe-

zó a sentir los efectos de un frío homenaje.

"Mary miró a su padre, y luego dijo:

—No comprendo, Federico; ¿y dice usted que se trataba de una muchacha desconocida?

—¡Sí, por completo!

—¿Y usted se dirigió a ella en la calle?

—Sí.

—¡Oh!—exclamó Mary.

—La pobre me dió mucha pena.

—¡Ah sí!—susurró la joven.

"El viejo Bodsham intervino:

—¿Es costumbre suya la de entablar amistad en la calle con mujeres?

—Papá—le atajó Mary, irónica.—Seguramente esa señorita era muy bonita, y ello explica la conducta de Federico.

—¡Oh, no!, era feísima—replicó el enamorado joven.

—¿Tanto?—balbuceó Mary.

—Llevaba lentes de carey como Harold Lloyd y carecía de todo atractivo femenino. Al verla tan agobiada por el peso de aquella maleta pensé, Mary, que te sentirías orgullosa de mi acción.

"Después de un corto y pesado silencio, Mary se levantó.

—Papá, me voy; tengo que comprar algunas chucherías.

—¿Quieres que te acompañe?—dijo Federico.

—¡No! Prefiero ir sola.

—Yo también me voy—dijo a su vez Bodsham,—tengo que reflexionar muy seriamente.

—Pero Mary—exclamó Federico, afligidísimo,—te juro que era fea como un espantapájaros.

—¡Quién sabe!—alegó Mary, marchándose.

"Bodsham, por su parte, hizo lo mismo. Y el pobre Federico se quedó sólo y muy agitado. ¿Qué hacer en tal caso? Recurrió a la botellita, que por consejo de sus amigos americanos llevaba siempre consigo. El contenido de ésta hizo su efecto, y empezó a ver las cosas bajo su verdadero aspecto.

"La tragedia sólo estribaba en la apariencia de la señorita Jennings. Una galantería

con una fea es siempre considerada por una novia como un acto de cortesía que enaltece al elegido, pero si la atención es con una mujer bella, entonces es otra cosa.

"Federico resolvió, pues, llevar a la señorita Jennings ante su novia, para que el físico repelente de la pobre taquígrafa convenciera a Mary de la lealtad de su cariño.

"Naturalmente que no podía ir a decirle: "venga, para que mi novia vea lo fea que es usted", pero Federico estaba seguro de su inteligencia para salir bien del paso.

"Así, pues, se dirigió adonde vivía Myra Jennings. Llamó repetidas veces a la puerta del departamento B, sin obtener respuesta alguna. Esto le contrarió, y mientras discurría lo que debía hacer, se abrió una puerta enfrente y se asomó una mujer.

—Buenas tardes—dijo ella.

—Buenas—replicó Federico.

"Según me dijo, le habló con temor, pues ésta no era ciertamente el tipo de mujer que hubiera aprobado Mary. Sus ojos eran grandes y azules, sin lentes; sus dientes blancos y chiquitos, y sus cabellos rubios como el oro.

"A juzgar por su indumentaria era poco madrugadora, pues eran las tres de la tarde y vestía sólo una bata negligé de seda rosa, y calzaba unas lindas chinelas.

"Luego de contemplarla, el pobre Federico retrocedió algo intimidado al pensar en su prometida. Pero como uno no puede ser descortés con las damas, sonrió a la desconocida. Entonces ella le preguntó:

—¿Busca usted a alguien?

—Sí, ¿sabe usted a qué hora regresará la señorita Jennings?

—¿La señorita Jennings? No sé, no la conozco. Pero, oiga usted; hace más de media hora que trato de abrir la ventana de la sala, y no lo consigo. ¿Qué me aconseja que haga?

—Pues dejarla cerrada.

—¡Es que hace tanto calor!...

—En efecto—repuso él, y aunque debió escurrirse inmediatamente, su afán de ser cortés lo clavó en el suelo. Y no pudo menos que ofrecerle:—Si puedo serle útil...

(Continúa en la página 25)



Federico sintió una sensación extraña, como si le ocurriera algo, pasado anteriormente...

ASTUCIA DE MUJER

Por ANTHONY PARSONS



El elegante comisionista se inclinó para tomar la piedra preciosa y examinarla atentamente. Su instinto le decía que se hallaba ante un objeto de gran valor, mientras Henry le contemplaba sin decir una palabra

HENRY Bertoldi tenía miedo. Desde el instante en que dió a lord Ecclesby ese cheque por cinco mil libras esterlinas, el temor se había apoderado de él.

— ¡Qué insensato he sido! — repetíase. — Debí estar loco. Y sin embargo...

Observó con ternura el objeto que había comprado, el objeto que tan irresistible atracción había ejercido sobre él. La "Cascada Ecclesby" no era muy grande, como suele ocurrir a menudo con los objetos tallados en el jade; pero la piedra era de finísima calidad y el tallado magnífico. Nunca hasta ese momento había visto Henry jade igual ni trabajo tan maravilloso. ¡Si el agua parecía brotar de las rocas! Casi podía oírse el ruido de su caída; casi podía verse la espuma saltar en miríadas de gotas centelleantes. La ilusión era tan perfecta, que Henry acarició con la mano esa espuma, extasiándose cuando sus dedos tocaron el lustre, tan suave y ligeramente grasiento, inseparable de piedras nefríticas de alta calidad. La "Cascada Ecclesby" era sin

precio. Y cinco mil libras, muy poco pagar. Dos años atrás no habría vacilado un segundo en comprarla, pero ahora tenía miedo.

— ¡Ojalá no lo hubiera hecho! — dijo para sus adentros.

Henry Bertoldi se hallaba establecido en South Molton Street hacía más de treinta años, y su negocio, diminuto y sombrío, había sido, hasta poco tiempo atrás, la Meca de los amantes del jade en Londres. Comerció en otras cosas, pero el jade era su verdadera especialidad. Henry amaba el jade. Para él, como para los chinos, era "la quintaesencia del cielo y de la tierra". No había en el mundo piedra como ésa. Sentía por ella una veneración infinita. En realidad, su pasión por el jade era tal, que cuando una pieza caía en sus manos, sólo la fuerza bruta podía persuadirlo de separarse de ella.

Y allí estaba el origen de sus cuitas de los últimos dos años y sus temores de ahora. Durante el período más feliz de su vida había coleccionado las piezas de jade en lugar de venderlas. Durante ese período había comprado muchas de esas

preciosas piedras, pero pocas veces las vendía, con el resultado de que su cuenta en el banco disminuía en la misma relación en que sus estantes se llenaban de esos objetos. Y si bien durante ese tiempo inolvidable ha-

bía logrado ocultar esa manía a su esposa, dos años atrás ella lo había descubierto todo..., y entonces la tormenta se había desencadenado sobre él con furia indecible.

María Bertoldi tenía por aquel entonces cuarenta y dos años. Era una mujer alta y fornida, de risa acidulada, y mucho más alta que su marido, y físicamente el doble más robusta. Al descubrir hecho tan monstruoso, había bajado del pequeño departamento sobre el negocio donde vivían, y se deshizo en insultos terribles. Fué sin merced. Sus imprecaciones aterrizaron al hombrecito. Ella siempre había sido físicamente superior, mas a partir de ese día hubo en ella una fuerza interior contra la que Henry se sentía sin defensa. A partir de entonces, su ascendencia sobre él fué tan grande, que Henry nunca osó desafiarla.

¡Y qué tremenda fué su venganza! Le había hecho vender los tesoros tan amorosamente reunidos al precio que por ellos se pedían. Había vaciado sus estantes de todo cuanto él ado-

raba, poniendo en venta no sólo sus jades, sino también sus lacas y sus cerámicas.

— ¡Te enseñaré a acumular una fortuna mientras yo peno como una sirvienta! — había gritado, en el colmo de la exasperación.

Y tan eficaz fué su intervención, que al final de ese verano había reunido suficiente dinero para comprarse una magnífica propiedad en el Kent.

— Donde viviré como una dama, y no como una sirvienta — había declarado.

Y cuando, una o dos semanas más tarde, pudo juzgar los gastos de propiedad tan vasta, le había dicho con una sonrisa venenosa:

— Y ahora veremos si puedes seguir coleccionando jades...

Y ahora, mientras paseaba sus manos sobre la "Cascada Ecclesby", en la semiobscuridad de su pequeño negocio, volvían a su memoria esos tristes recuerdos. La dispersión de su tesoro había matado — así lo sentía — algo muy hondo en él. Y ahora, a los cincuenta y tres años, no tenía valor para comenzar de nuevo. En realidad, siguió atendiendo su negocio como antes, pero su alma no estaba en él. Su espíritu había perdido todo interés en la tarea, o, por lo menos, lo creía él, hasta ese momento inolvidable en que sus ojos se posaron sobre la "Cascada Ecclesby". Y entonces todo había cambiado. La "Cascada Ecclesby" era la primera piedra realmente valiosa que tocaron sus manos.

— ¿Por qué no habré tenido el valor de rechazarla? — suspiró, con pesar. — Debí decirle a Ecclesby que no podía comprarla.

Cierto que el cheque era con fecha adelantada, pero eran sólo dos días, ¿y qué podía ocurrir en tan corto espacio de tiempo? Nada. Y esa comprobación lo llenaba de inquietud.

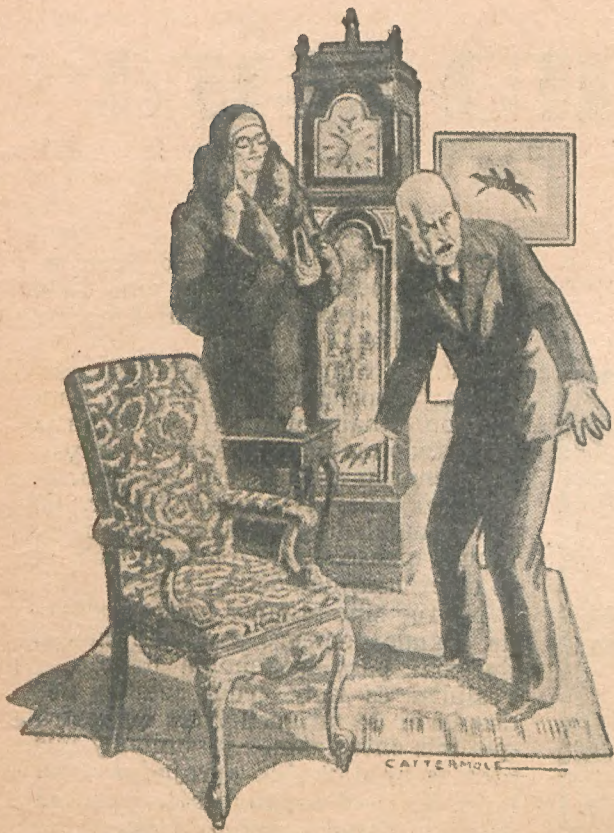
— ¡Qué insensato he sido! — pensó nuevamente. — No debí darle un cheque al que no podía responder. Y sin embargo...

Sus dedos recorrieron reverentes la piedra verde. Su valor no podía calcularse. Hubiera pagado el rescate de un rey. Rozó esa espuma inefable. Acarició la columna verde del agua. Pasó ligeramente sobre los bordes ásperos de las rocas, hablándoles como una madre habla a su hijo predilecto. El negocio, el rumor de la calle, hasta los pobres objetos que cubrían ahora sus estantes, perdiéronse en la distancia cuando la antigua sed de posesión corrió por sus venas con renovado ardor. ¡Debía quedarse con ese jade! Debía guardarlo para él solo! Sus ojos tomaron una expresión de adoración infinita. Sus hombros encorvados se enderezaron. Sintióse renacer, volvió a ser joven.

— ¡Tú..., tú, oh belleza! — murmuró extasiado.

Oprimió la piedra fría contra su mejilla, sonriendo.

La astucia femenina ha dado motivo a los escritores de todos los tiempos para que nos trazaran páginas sugestivas. El autor de "ASTUCIA DE MUJER" nos describe la estratagema de que se vale una representante del bello sexo a quien se le quería hacer comprar una piedra preciosa que su marido, apasionado coleccionista, deseaba poseer contrariando los deseos de ella. Mas, como siempre, la astucia femenina desbarata todos los planes.



— ¡Dios mío, qué loco he sido! ¡Qué imbécil! ¡Qué insensato! ¡Por qué habré confiado en ese canalla? — rugía Henry al ver desaparecer al comisionista del brazo del desconocido.

No hubiera podido decir cuánto tiempo duraron los llamados en la puerta. Acaso algunos segundos, acaso media hora. Sólo le hizo volver en sí la certeza de que quienquiera que fuese, la persona que llamaba no se iría hasta que le abrieran la puerta. ¿Tal vez el viejo lord Ecclesby, que volvía por el cheque? Pero tras una ligera reflexión, descartó la idea. Era, sin duda, un cliente. Corrió el cerrojo y abrió la puerta.

— ¡Ah, era usted! — dijo friamente.

Montague Tremount hizo un gesto afirmativo.

— Así no hará nunca grandes negocios — dijo riéndose, — cerrando la puerta a las cuatro y media de la tarde. ¿Qué ha ocurrido?

— Estaba ocupado — dijo Henry. Y repitió con énfasis: — ¡Muy ocupado!

Empleaba al elegante Mr. Tremount porque le era útil, y también porque en cierto sentido le gustaba el hombre. Montague Tremount tenía todo lo que a Henry le faltaba. Era joven, alto y fuerte. Tenía aplomo y educación. Era corredor a comisión entre los pequeños negocios y sus relaciones del gran mundo. Había prestado a Henry Bertoldi muy buenos servicios, vendiendo sus jades de tercer orden como piezas de primera calidad y librándolo de cerámicas ordinarias en condiciones hartamente satisfactorias.

— Bien, bien, bien — dijo con soltura Tremount, precediendo a Henry. — ¿Cómo siguen las cosas?

Pero al avistar la "Cascada Ecclesby" se detuvo.

— ¡Hola! — exclamó en voz baja. — ¿Qué es eso?

Henry guardó silencio. Nada podía decir sin confesar todo el asunto.

Mientras tanto, Mr. Tremount examinaba la piedra con visible interés. Había adquirido un conocimiento superficial del jade y su instinto le decía que se hallaba ante un objeto de gran valor.

— ¿Cuánto vale esto, viejo? — preguntó. Y como Henry callaba, prosiguió:

— ¿Es suyo?

— Sí.

— ¿Cuánto pagó por él?

— Cinco mil libras.

— Cinco...

Por espacio de un segundo el imperturbable Mr. Tremount dió muestras de sentirse estupefacto.

— ¿Cinco mil libras? — dijo por fin. — ¡Pero, compañero, usted no tiene cinco mil libras! El otro día no más me dijo que...

— Sí, pero es que he extendido un cheque — dijo Henry.

— ¿Un cheque?

— Un cheque con fecha adelantada.

— Pero...

— Con fecha del viernes.

— ¡Ah! — ¡Ya comprendo! — dijo con acento desilusionado. — Usted ya tiene un interesado, ¿verdad? Lo va a vender en seguida.

— ¿Venderlo? — exclamó Henry.

— Para hacer honor a su firma.

Pero Henry meneó la cabeza. La idea de vender la "Cascada" no se le había cruzado por la mente. No pensaba venderla. La había comprado, porque se sentía incapaz de resistirla.

— Pero, mi querido amigo — dijo Mr. Tremount, — si usted no tiene dinero para pagarla y no quiere venderla, ¿para qué diablos la ha comprado?

— Para guardarla — dijo Henry.

Mr. Tremount siempre había sospechado que el pequeño comerciante no estaba del todo en su sano juicio, pero ahora no lo dudaba más. ¡Mire que comprar una cosa cuando sabía que no podía pagarla... un hombre de su posición! Era absurdo.

— No tendrá más remedio que venderla — declaró con tono firme. — No le queda otro recurso.

— ¡Pues no la venderé! — replicó Henry obstinadamente.

— ¿Y qué piensa hacer entonces?

— No lo sé.

Y con estas palabras Henry decía la verdad. ¡No sabía! Había dejado que su amor por el jade dominara su razón. Una vez más su pasión de coleccionista había enloquecido al punto de hacerle perder la noción de la dura realidad. Esperaba vagamente que algún milagro sobrevendría a tiempo para que el banco no le devolviera el cheque.

— No lo sé — repitió, — a menos que...

¿Puede usted hacer algo por mí?

— ¿Yo? — exclamó Tremount con un sobresalto. — ¿Qué quiere usted decir? — Y ante el silencio de Henry, prosiguió: — ¿Pretende que le preste ese dinero?

— ¿Prestarlo? — dijo Henry, y brilló en sus ojos el resplandor de una súbita esperanza. No había pensado en eso. Mr. Tremount tenía muchos amigos, amigos distinguidos, amigos adinerados.

— Si usted puede hacerlo — dijo, — si usted puede conseguir prestado ese dinero, le daré doble comisión. ¡Doble!

Mr. Tremount se movió con inquietud.

— ¿Y de quién? ¿Y con qué garantía?

— ¡De cualquiera! — grito Henry. — De alguno de sus amigos.

Pero mister Tremount meneó la cabeza con aire pensativo.

— Mi amigos exigirían una garantía, Y una buena garantía, por cierto. — Calló un instante, y luego: — ¿No tiene usted algún amigo que pueda prestarle esa suma? ¿Alguna relación?

— Nadie, excepto mi mujer, quizá — dijo Henry. — ¡Y ella no me prestaría un centavo.

— ¿Por qué no?

— ¡Pues porque no!

— No le pediríamos que se lo prestara — dijo Mr. Tremount, sonriéndose.

Empezaba a creer que la doble comisión que Henry le ofrecía no era tan remota como se le había figurado.

— No le pediríamos que se lo prestara — repitió. — No crea que yo me presentaría a su esposa con la gorra en la mano y le diría: "¿Puede usted prestarme cinco mil libras?"

Podríamos confeccionar algún cuento ingenioso que la indujera a darnos las cinco mil libras sin darse cuenta. — Calló, y al cabo de un instante dijo: — Lo que todos piden hoy día es algo por nada. Algo por nada, compañero... ¡he ahí el clamor de nuestros tiempos! Y ahora dígame qué es lo que más aprecia su mujer. ¿De qué habla con mayor frecuencia: dinero, vestidos, joyas, viajes?

— No sé. Tiene dinero — dijo Henry sombríamente. — Tiene todo el dinero producido con la venta de mis jades...

— Pero ¿no desea tener más?

— ¡Ah, eso sí! Siempre quiere más dinero.

— ¿Y por qué diantre no lo había dicho antes? — gritó Mr. Tremount. — Si ella necesita dinero, el asunto resultará muy fácil. — Se detuvo para contemplar un instante la "Cascada", y preguntó en seguida: — ¿Cuánto vale esa piedra? Quiero decir, ¿cuánto pediría usted por ella si quisiera venderla?

Henry contestó que era un objeto de inapreciable valor.

— No lo daría por menos de siete mil libras.

— Siete mil libras, ¿eh?

Mr. Tremount se frotó las manos.

— Esto representaría una ganancia neta de dos mil libras. ¡Dos mil libras! — Y repitió en un murmullo: — ¡Dos mil libras! ¿Cree usted que dos mil libras podrían tentar a su esposa?

— La tentaría, sin duda, pero...

— ¡Un momento! Suponiendo que le dijéramos que puede adquirir la "Cascada Ecclesby" por cinco mil libras y venderla casi de inmediato por siete mil... ¿Me entiende usted? ¿No sería una oferta tentadora?

— No lo dudo — dijo Henry, — pero ella no nos creería...

— ¿Y por qué no?

— Porque no, eso es todo. — Y tras un corto silencio, añadió: — Usted no conoce a mi mujer, Tremount. Es la mujer más desconfiada de la tierra.

— Usted le teme — dijo riendo. — Ahora

(Continúa en la página 52)



Tremount se alejaba del brazo del desconocido, satisfecho y sonriente, como un hombre que acaba de hacer un buen negocio.

La trágica vida de una reina de belleza

TRAS ESTE DRAMA POLICIAL SE ESCONDE UNA DE LAS HISTORIAS MAS SORPRENDENTES QUE SEA DADO IMAGINAR

POCOS casos han atraído tanto el interés mundial como el proceso a la señora Carlota Nixon-Nirdlinger, ex ganadora de un concurso de belleza. Fué acusada de asesinato cuando confesó haber muerto de un tiro a su marido, acaudalado magnate teatral de Filadelfia, cuando éste la amenazara de muerte.

Lanzada como una catapulta de la obscuridad de la clase media hacia la fama, Charlotte Nash conoció a Nixon-Nirdlinger, veintisiete años mayor que ella, en Atlantic City, en donde tomó parte en un concurso de belleza. El la adoraba. Aseguró los hoyuelos de su cara en cien mil dólares, la envió a terminar sus estudios y después se casó con ella, aunque aún no se había divorciado de su segunda esposa. Después, las primeras desavenencias, el divorcio, se casaron nuevamente, teniendo dos hijos, y, por último, la horrible tragedia.

Repasando todo esto en su celda de la prisión, Carlota escribió la historia de su vida frustrada. A través de ella aparece la relación de los celos insanos de un moderno Pigmalión que la creía su Galatea.

I

NIZA. — Mi vida me parece ahora tan turbia y yo me siento tan confusa y atolondrada, que encuentro dificultad en escribir en forma ordenada los acontecimientos que precedieron a la muerte de mi esposo. Sentada aquí en mi celda, mi cabeza es un volcán. Trato de analizar las cosas, trato de poner en orden aunque penosamente mis pensamientos, mis luchas, pesadillas de temor, días alegres en Niza, mis hijitos, a quienes siempre tengo en la imaginación.

Aún ahora no puedo acostumbrarme a la terrible realidad de mi situación. Me digo a mí misma que debo dejar limpio mi nombre, no sólo en los tribunales de justicia, sino también ante el público, que es el más crítico de los jurados. Debo probar a mis amigos, con los hechos de mi vida y mi matrimonio, que no se me debe culpar, que fuí empujada hacia una situación de la cual no tenía escapatoria.

¡Pero todo me parece tan cruel! Como toda muchacha, yo deseaba

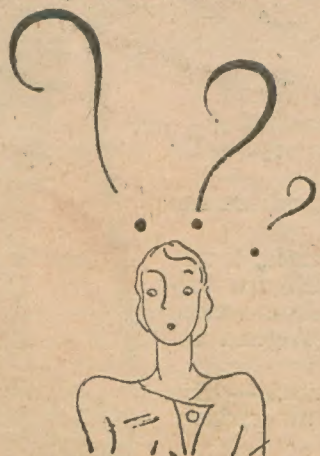


Esta fotografía de Carlota Nixon-Nirdlinger la arrastró a la fama y a la tragedia. Fué tomada cuando sólo tenía 16 años y enviada a un concurso de belleza sin su conocimiento. Le corres-

pondió nada menos que el codiciado título de "Miss St. Louis", e hizo que fuera elegida para tomar parte en el concurso de belleza de Atlantic City

CARLOTA NIXON-NIRDLINGER, GANADORA DE UN CONCURSO DE BELLEZA, MATO DE UN TIRO A SU ESPOSO MILLONARIO

Mundo Argentino ha adquirido los derechos exclusivos para la República Argentina de las memorias escritas desde la cárcel por Carlota Nixon-Nirdlinger.



Este detalle y toda la vida tumultuosa de Carlota, la encontrará usted en sus memorias que en forma de folletín "Mundo Argentino" irá publicando.

¿QUIEN ERA CARLOTA NIRDLINGER?

A los diez y siete años Carlota fué aclamada como una de las mujeres más bellas de América, siendo elegida por concurso "Miss St. Louis."

A los diez y ocho años contrajo matrimonio con un conocido millonario de Filadelfia, veintisiete años más viejo que ella, y a quien acaba de matar de un tiro.

¿POR QUE ABSOLVIERON LOS TRIBUNALES FRANCESES A ESTA MUJER?

importantes sobre eso para demostrar que fué debido a mi propia iniciativa que estudié y traté de perfeccionar mi porte y mi atracción y mejorar mis conocimientos. También es cierto que Fred estaba siempre intentando hacer de mí algo grande, cuando todo lo que yo

tener dinero, placeres y admiración. Pero no pensé nunca en que todo terminaría con estas consecuencias tan terribles.

Cuando niña nunca soñé en participar en concursos de belleza. Aun cuando finalmente fuí a Atlantic City, todo me parecía extraño, irreal. Me llenaron de sorpresa las atenciones del señor Nixon-Nirdlinger. El era acaudalado y parecía bondadoso. Nunca pensé en la barrera que es la diferencia de edades.

No fué sino algunos años más tarde cuando comencé a darme cuenta del mal paso que había dado. La realidad es muy cruel cuando nos despierta de un sueño. Me demostró que mis entusiasmos juveniles y mis ideales habían sido arrojados a un lado. Se casó conmigo sólo para su propia satisfacción. Era desesperante la idea de que había sido engañada de esa manera. Mas todo lo hubiera perdonado. Todo, menos los espantosos celos injustos de mi marido. Relataré, a su debido tiempo, cómo se me vigilaba constantemente con detectives que seguían todos mis pasos, y el embarazo que me causaba ante mis padres y amigos esta poco razonable actitud de Fred.

A veces me pregunto por qué los hombres se dejan llevar por los celos hasta el extremo desplegado por Fred. ¿Es vanidad? Yo creo que eso, por lo menos en mi caso, era la vanidad de un hombre viejo que había encontrado un tesoro. ¡Oh, yo no quiero ser vanidosa, pero sé muy bien que mi belleza era para él algo tan precioso como el oro!

A los hombres les gusta exhibir sus mujeres lo mismo que exhiben otros objetos de sus colecciones. Estoy perfectamente segura ahora, a la luz de los recientes acontecimientos de mi vida, de que la mitad de los hombres que se casan con nuestras bellezas del teatro o de otras actividades, lo hacen por vanidad, por el orgullo de poseer algo que otros desean.

En el caso de Fred esto llegó al extremo. Tenía la ilusión de hacer de mí algo parecido a una diosa. Han circulado muchos rumores e informaciones contradictorias sobre "cómo trató de hacer de mí una dama". Yo revelaré algunos hechos

deseaba ser era una buena esposa y una buena madre. Hasta acostumbraba vanagloriarse de ser Pigmalión y yo su Galatea. Tales nombres estaban fuera de mi comprensión; pero nunca los he olvidado desde que me explicó lo que significaban. Decía que era como el antiguo rey y escultor que se enamoró de la estatua que él mismo había esculpido, a la cual Venus dió después vida. Me decía que yo era la imagen de su propia escultura y que me convertiría en la mujer más envidiada del mundo.

Esto me hacía feliz por un momento. Después la actitud de Fred cambiaba por completo, fruncía terriblemente el ceño y me miraba con ojos llenos de celos. Me tomaba de los brazos, me sacudía groseramente y me amenazaba, inventando celos infundados.

Episodios como éste, de los cuales relataré otros, fueron aumentando día por día, hasta que al fin mi marido se sintió completamente dominado por los celos. Como lo demostraré con la relación de muchos incidentes, me amenazaba y me acusaba de tener atenciones con otros hombres. Entonces comprendí que la belleza que él adoraba había arruinado mi vida de casada.

Yo había sido feliz. Mis padres queridos, el doctor J. B. Nash y su esposa, no contaban con muchos recursos. Vivían en el condado de San Luis, durante mi niñez, en una agradable y cómoda casa con jardín. Pasé muchos días alegres jugando con mis tres hermanos en el viejo columpio, y a las escondidas con los niños de la vecindad. Naturalmente, reñíamos y nos volvíamos a reconciliar, como lo hacen todos los niños. Mis hermanos nunca me mimaron y me trataban como si hubiera sido uno de ellos. Había cerca un bosquecillo, en medio del cual construimos una cabaña. No muy distante había un arroyuelo, que vadeábamos, y a menudo toda la familia iba a los bosques y juntábamos fresas.

Mis abuelos vivían cerca, y como todos los abuelos, nos mimaban. Recuerdo que a veces me enfermaba de comer golosinas. Mi abuelo, cuya madre era hija del marqués de la Porte, que vino a América con Lafayette, fué cirujano durante la guerra civil, y nos entretenía con historias del tiempo en que estuvo en la prisión de Lever.

Mi familia entera ha sido siempre muy religiosa, de manera que los días domingos íbamos muy temprano a la iglesia. Las lecciones y la preparación que allí recibí no se han apartado nunca de mi memoria, y aunque la experiencia del mundo ha ensanchado mis puntos de vista y mis ideas sobre la religión de una manera apreciable, todavía me maravillan estos viejos recuerdos.

Cuando pequeña no debo haber sido muy atrayente. No recuerdo que nadie hubiera dicho: "¡Qué mona!" "¡Qué chica más encantadora!" Aun mi querida madre hizo notar una vez a mi tía: "¡Qué malo que Carlota tenga un cutis tan pálido, cuando las mejillas de los niños son tan rosadas!"

Esto me dolió un poco entonces; pero en vista de lo que había de ocurrir, años más tarde, casi hubiera deseado que la belleza se hubiera alejado de mí por completo.

II

DE LA OBSCURIDAD A LA FAMA

NIZA. — Si en ese tiempo yo hubiera sabido los riesgos a que se expone una muchacha al tomar parte en concursos de belleza, estoy segura de que nunca habría salido de la casa de mis padres para presentarme en el concurso nacional de Atlantic City. Es cierto que muchas ganadoras se han casado con felicidad o han adquirido fama en el teatro.

Pero hay otras que simplemente se desvanecen nuevamente en la obscuridad y aun otras a quienes parecen perseguir la desgracia y la tragedia. Creo que yo me encuentro entre estas últimas.

En mis estudios siempre recibí buenas notas y fui aplicada.

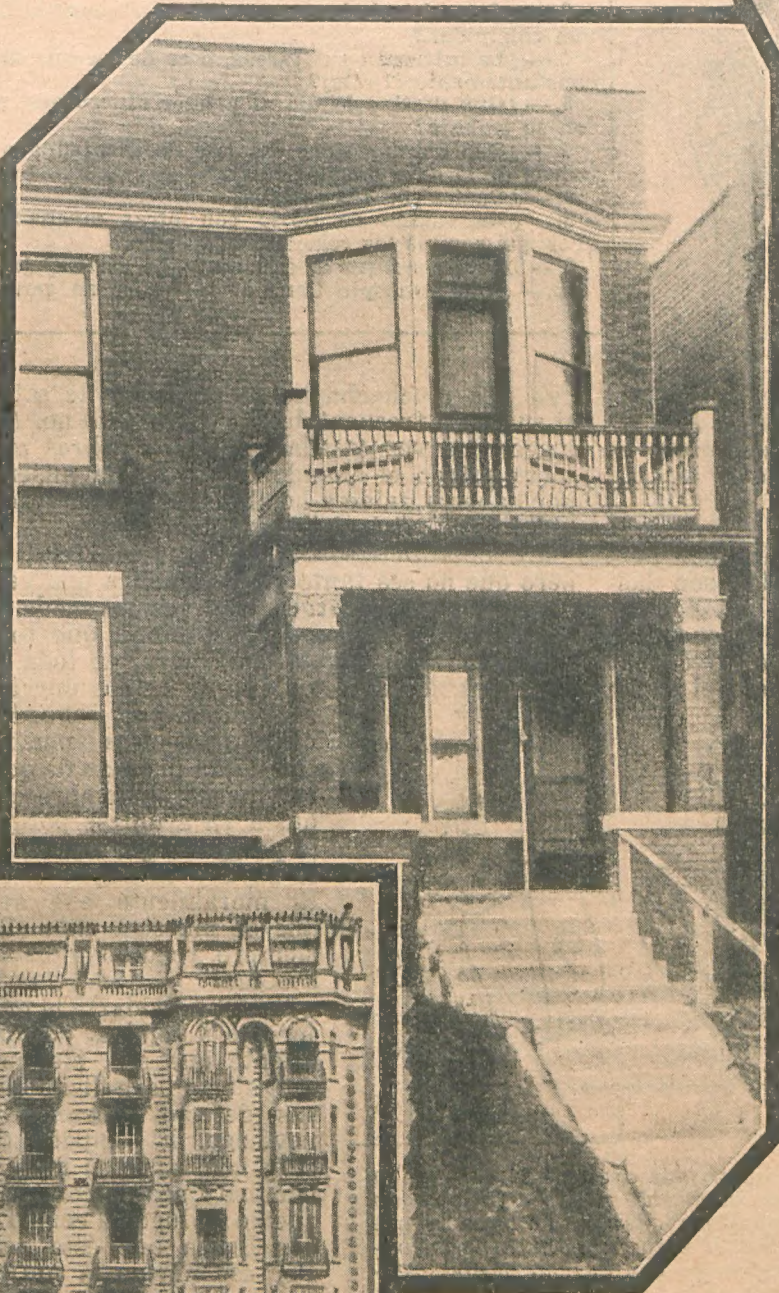
Hasta la edad de quince años no había ido nunca al cinematógrafo, ni había bailado ni jugado a las cartas.

Todas esas diversiones se nos prohibían a los niños, pero, en cambio, siempre me destaqué en los deportes, cosa que me ha encantado practicar desde niña.

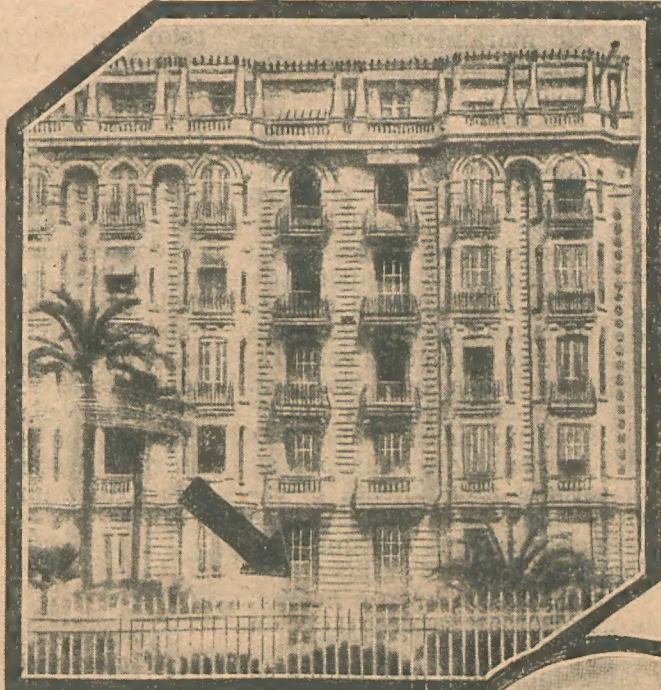
A los diez y siete años empecé a asistir a bailes en clubs, uni-



Retrato de Carlota Nixon Nirdlinger, tomada en Francia durante su luna de miel



La casa muestra el sencillo piso (los bajos) en el número 5918 de la Avenida Ridge, de San Louis (E. U.) donde vivía Carlota cuando ganó el premio de belleza



Fué en esta hermosa villa en Niza, donde Carlota dió muerte de un tiro a su acaudalado esposo. La flecha indica la habitación donde ocurrió la tragedia



El juez Vacher, de Niza, quien investigó la muerte de Nirdlinger, acaudalado magnate teatral de Filadelfia. Sus investigaciones dieron como resultado que la acusación contra Carlota fuera dictaminada "asesinato por provocación"

versidades y hogares particulares. En ese tiempo conocí a un condiscípulo muy querido. A nuestro modo estábamos "comprometidos". Usé su distintivo de fraternidad de estudiante hasta poco antes de casarme. El y yo pasamos gran parte de nuestro tiempo juntos en el río Merrimac, nadando, pescando o paseando. Siempre tuvo para mí un encanto particular vagar por los bosques y las montañas.

Durante los años que pasé en la Escuela Superior, jugué basket-ball y base-ball. Estaba orgullosa de haber sido reputada de ser la mejor zaguera. En verdad, estaba más orgullosa de mi carrera en el atletismo que de mi popularidad como primera dama en las representaciones teatrales del colegio. Un verano, por ejemplo, nadé desde Valley Park hasta Castlewood, una

distancia de alrededor de diez millas. Supongo que ustedes podrán decir que yo era una de las pocas bellezas con traje de baño que realmente sabía nadar.

Aparte del atletismo, estaba muy interesada en las funciones teatrales de aficionados,

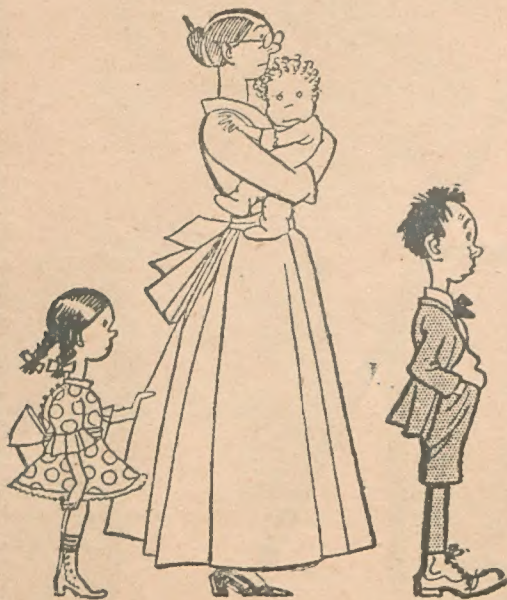
y gozaba representando en ellas algún papel. Generalmente me elegían para los papeles principales en el

colegio, sin pensar yo en el deseo de llegar a ser una gran actriz. Ustedes podrán imaginarse, entonces, cuál sería mi emoción después

(Continúa en la página 19)

¿Por qué no interroga a su novio antes de casarse?

Por CARLOS J. MONTES



Toda mujer debe pensar si el hombre con quien va a unir su vida es capaz de sostener una familia, sin olvidarse que los hijos complicarán en pocos años su existencia

EL número de mujeres desdichadas por no haber averiguado cuáles son las cualidades del hombre que han elegido para compañero de su vida es enorme. Todas las muchachas piensan que no deben preguntarse ciertas cosas, como ser: el sueldo que gana su novio, si le gusta el trabajo o se resigna a él como si fuera una calamidad, cuántas novias o relaciones ha tenido antes y por qué se disgustó con ellas...

En fin, la mujer debe asegurar su felicidad futura, y para ello es necesario que no titubee en preguntar a su novio y averiguar por todos los conductos cómo es, en realidad, el hombre que ha de ser el compañero de su vida.

No hace mucho tiempo sucedió en Buenos Aires un caso por demás significativo. Una pareja iba a contraer enlace. Llegada la hora en que todo estaba dispuesto y sólo faltaba la presencia del novio, éste no se presentó. Es de imaginarse la congoja que se apoderó de la infeliz novia al ver que las horas pasaban sin que el hombre amado apareciera para que se realizase la ceremonia nupcial. Como suele ocurrir en casos semejantes, los invitados hicieron los más diversos comentarios, no faltando las punzantes indirectas y las palabras cargadas de maledicencia.

A la semana se presentó el novio acompañado de su padre y dijo que el día antes de la fecha señalada para el casamiento fué asaltado y despojado del dinero que poseía para realizar el viaje de bodas y hacer frente a los primeros gastos. La novia, no satisfecha con esta declaración, pidió que la dejaran sola con su novio, y poco después ella sonsacaba la verdad: él se había jugado a las carreras todo lo que poseía, y le dió vergüenza presentarse sin un centavo en el bolsillo...

Si la novia de este alocado muchacho hubiera averiguado que él era un hombre a quien arrastraba la pasión del juego, es muy posible que no hubiese ocurrido lo que ocu-



La mujer más enamorada del que va a ser su marido no debe titubear en preguntarle qué sueldo gana o qué medios de vida tiene, para no encontrarse luego con que no puede sostenerla

EL "HABIL INTERROGATORIO" PARA EL NOVIO

- 1.— ¿Con qué sueldo o medios de vida cuenta?
- 2.— ¿Cuánto ahorra de lo que gana mensualmente?
- 3.— ¿Ama el trabajo, o se resigna a él como si fuera una calamidad?
- 4.— ¿Le interesan sus tareas, o es de los que miran constantemente el reloj?
- 5.— ¿Qué destino le dió al primer dinero que ganó con su trabajo?
- 6.— ¿Qué opinión tiene del jefe de su oficina o del patrón de la casa donde trabaja?
- 7.— ¿Cuáles son sus amigos?
- 8.— ¿Ha estado de novio con otras muchachas?
- 9.— ¿Por qué rompió las relaciones con ellas?
- 10.— ¿Cuáles son sus diversiones? ¿Le gusta el juego?
- 11.— ¿Qué concepto tiene de la mujer en general?

rió. La muchacha no se preocupó de saber si su novio frecuentaba las carreras o no. Así luego, una vez casadas, ¡cuántas pobres mujeres sufren el abandono y hasta la miseria por haberse unido a hombres que viven absorbidos por el vicio del juego!...

El romanticismo del noviazgo conviene, sí, pero que no sea tanto que nos ponga una venda en los ojos, porque una vez serenada la pasión amorosa con la costumbre, que todo lo regula, veremos con amargura, en toda su desnudez, los defectos que no hemos querido ver antes por ceguedad voluntaria. Una muchacha no da pruebas de querer menos al hombre con quien va a unirse porque le pregunte qué sueldo es el suyo y averigüe cómo es moralmente ese ser que se muestra ante ella siempre rendido y caballeresco.

No debe olvidarse la mujer que el hombre, por excelente que sea, siempre está alerta para disimular sus defectos durante el noviazgo. El empeño de él es constante en mantener una línea de conducta que no dé lugar a censura, por ligera que ésta sea. Por eso mismo la mujer que no cierra los ojos a la realidad y vela por su propia felicidad, estudia atentamente el carácter del que va a ser su compañero. Y por muy escasamente perspicaz que sea una mujer, lo es suficiente para observar las fallas de su novio y ver si éstas son leves o graves, capaces o no de determinar su desgracia en el futuro.

Así como es lamentable que una mujer se case por despecho con un hombre a quien no ama, porque bien pronto se arrepentirá de su ligereza, también lo es que se una a un ser nada más que porque le es simpático, como si con esto solamente se asegurara su felicidad. La simpatía, naturalmente, es mucho, pero, ¡ay!, no es todo. Díganlo, si no, las innumerables mujeres que se casaron nada más que porque su actual esposo les era simpático. Bien pronto se dieron cuenta de que eso sólo no bastaba. ¿Qué importa que nos sea simpático un hombre — podrán decir esas esposas a que me refiero, — si él es un haragán que vive de lo que yo gano con mi profesión, o derrocha cuanto gana con sus amigos o en el juego?

Otra cosa que debe preguntar la novia a su



Cuando la pareja de recién casados vuelve del viaje de bodas, se encuentra con que le espera una serie de problemas que en su ceguedad amorosa no había siquiera sospechado

novio es ésta: "¿Qué hizo con el primer sueldo que ganó?" Esta pregunta parecerá pueril, y, sin embargo, es de mucha trascendencia. Una mujer de espíritu despierto puede hacer preciosas deducciones sabiendo lo que hizo un hombre con el primer dinero que ganó con su trabajo. Además, conviene que sepa qué opina su novio del jefe de su oficina o del patrón de la casa donde está empleado, cuántos empleos ha desempeñado en su vida y si es de los que trabajan mirando cada rato el reloj o absorbidos en su labor.

Todos estos detalles son preciosos. Una mujer que no sea una tonta no puede omitirlos, sea el grado que sea en que esté enamorada. Una cosa no excluye la otra. Con el amor puro y exclusivamente no se es feliz nunca. Hay que comprenderse para que no ocurra aquello del poeta, tan doloroso siempre: "La soledad de dos en compañía". Debe ver si el hombre que le hace tantos homenajes cree haber hallado en ella la verdadera compañera de su existencia, o, por el contrario, una máquina para el servicio doméstico y para distraerse cuando esté aburrido.

En una palabra: toda mujer, por muy enamorada que esté, debe saber con quién va a unir su destino. Para ello es imprescindible que realice una investigación paciente y minuciosa.

También es importante saber si el hombre busca en la mujer la compañera de su existencia, o, simplemente, una sirvienta para todo servicio...



GRAN CONCURSO ESCOLAR

ORGANIZADO POR

Mundo Argentino

*quien invita a todos los escolares de la república, sin distinción,
a tomar parte en este original y primer gran concurso escolar.*

BASES

Todo alumno, varón o mujer, que concorra a una escuela nacional, provincial o particular, ubicada en cualquier punto de la república y pertenezca al 2º, 3º, 4º, 5º y 6º grado puede tomar parte en este gran concurso.

MUNDO ARGENTINO premiará tres veces al año a la mejor composición enviada sobre el tema:

SARMIENTO, el gran maestro americano

Esta composición no podrá exceder en ningún caso de 1.500 palabras. El concurso queda organizado separadamente para los alumnos que cursan el segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto grado.

Al pie de la página se publicará un cupón que debe ser llenado debidamente y enviado conjuntamente con la composición.

La fecha de recepción terminará dentro de los cuarenta y cinco días a partir de la fecha indicada, es decir, el día **sábado 3 de octubre**, y la resolución del jurado se dará a conocer lo antes posible.

PREMIOS

MEDALLA DE ORO para el alumno premiado, la que será entregada en acto público.

UNA MATINEE INFANTIL para todo el grado, en un circo que actúe en la capital. "Mundo Argentino" IRA EN BUSCA DE LOS ALUMNOS para llevarlos al circo y nuevamente conducirlos a la escuela premiada.

UN "NECESSAIRE" para la diligente maestra que dirige el grado a que pertenece el alumno premiado, o

UN RELOJ DE ORO si es un maestro.

Queda de hecho establecido que los premios se repetirán cinco veces, o sea uno para cada grado, y habrá dos series iguales: la primera destinada a los alumnos y maestras o maestros de la capital, la segunda a los alumnos y maestras o maestros de las provincias y territorios.

Para los premiados de las provincias, los premios serán los mismos, menos el correspondiente al grado, que en lugar de una matinee se entregarán libros de cuentos a cada alumno.

Tanto los niños premiados, como el grado, la maestra o el maestro y la composición, se publicarán en nuestras páginas una vez otorgados los premios.

SELLO DE
LA ESCUELA

Nombre del alumno.....
Edad..... Grado..... Dirección.....
Localidad
Escuela..... Calle.....
Firma del alumno.....
Firma del maestro.....

LA NOVELA POLICIAL

¿QUIÉN ASESINÓ AL MILLONARIO

EMORY WELLS?

LA detonación seca del disparo que mató a Emory Wells fué oída por una sola persona, Marta Grood, la cocinera, quien se encontraba dando los últimos toques a sus quehaceres nocturnos cuando ocurrió el trágico episodio.

Indiscutiblemente el ruido provenía del pequeño escritorio privado de Emory Wells, el dueño de casa. Esa habitación se abría sobre un angosto pasadizo que conducía de la cocina al comedor. No hacía aún quince minutos que el valet, Boggs, había franqueado la entrada a David, hijo de Wells, quien se hallaba distanciado de su padre.

Marta Grood, sobresaltada, alcanzó a percibir pasos acelerados que parecían alejarse del ventanal del escritorio, perdiéndose en el pedregullo del camino que conducía por entre el jardín al gran portón de entrada.

Amedrentada por el silencio que había caído sobre la mansión después de la violencia brutal del tiro, la cocinera no se atrevió a dirigirse al escritorio, y se encaminó, en cambio, en dirección opuesta, hacia las habitaciones del servicio doméstico. Abrió una puerta que daba a un cuarto; estaba vacío. Al abrir una segunda puerta, empero, vió a Etta Billing, la mucama, sentada en una mecedora, leyendo.

Etta alzó la cabeza, pero antes de que hubiera podido hablar, Marta cerró la puerta y desapareció, y volviendo a pasar por la cocina, llegó hasta el escritorio y llamó dos veces con los nudillos. Como no obtuviera respuesta, hizo girar el picaporte, abrió la puerta y se encontró con un trágico espectáculo: Emory Wells yacía tumbado sobre su mesa de trabajo con los brazos grotescamente extendidos, perforado el cráneo por un proyectil. Un reguero de sangre le corría por el rostro y caía gota a gota sobre la mesa, de donde chorreaba hasta el piso.

Alucinada, fascinada, en contra de su voluntad, Marta se acercó aun más al cadáver. Al hacerlo, su sorpresa acreció, pues bajo la cabeza inanimada se veía, desparramada, una cantidad de piedras preciosas. Era, lo comprendió fácilmente la cocinera, la famosa colección de diamantes de Wells.

Sobreponiéndose a su primera impresión, Marta corrió hacia la salida dando desesperados gritos de auxilio.

Poco antes de que ocurriera lo referido, e inmediatamente después del tiro, una puerta del piso superior se había abierto, dando paso a un hombre, que se apresuró a cerrarla, miró en torno furtivamente, y descendió la escalera de prisa, bajando al living-room del piso inferior. Este hombre era Warren Slade, notario de Emory Wells.

Por
ARTURO HOERL

Un famoso millonario muere de un tiro en el escritorio de su palacio. Todas las personas que se hallan en la casa pueden ser acusadas del delito, ¡hasta su propio hijo! Sin embargo, la astucia de un hábil repórter pudo más que la misma justicia.

Slade se paseó nerviosamente ante los altos ventanales que daban a una galería ubicada en la parte de la casa opuesta al escritorio. Fumaba ansiosamente, encendiendo un cigarrillo y arrojándolo después de darle unas pocas chupadas para encender otro en seguida.

Al propio tiempo que sucedía lo ya relatado, frente a la gran mansión de Wells, situada en medio de los vastos jardines de Great Neck, suburbio elegante de Nueva York, se desarrollaba una escena singular. Tres personas intervenían en ella.

Poco después de escucharse el tiro que mató a Wells, un hombre se dirigió hacia un auto detenido enfrente de los portones de la casa. Era David, el hijo distanciado de Emory. En el interior del vehículo lo esperaba una bella joven. Él empuñó el volante y su hermosa compañera lo interrogó con voz que delataba ansiedad, pero con un dejo de esperanza, de imploración.

—¿Accedió? — preguntó la joven.

—¡No, Grace..., y todavía el asunto se agravó!

Grace Varney, desalentada, se recostó contra los cojines del auto, elevó las manos hasta cubrirse el rostro y se puso a sollozar. David no habló, pero trató de reconfortarla, abrazándola. En ese instante llegaba a aquel sitio

un agente de policía, Daniel Myles, quien, creyendo que se trataba de un par de amartelados amantes, los increpó rudamente por violar

disposiciones de moralidad pública. Asomándose a la ventanilla del auto, los miró fijamente y les ordenó que se marcharan de allí, lo que hizo David con presteza, coincidiendo su partida con el momento en que Marta Grood pedía auxilio a grandes voces.

Los gritos frenéticos de la cocinera atrajeron a las cuatro personas que se hallaban en la casa, que acudieron en tumulto. Por la puerta de la habitación del piso superior que se abriera para dar paso a Slade, salió Julieta Wells, la esposa de Emory; joven, mucho más joven que su marido, altiva y extremadamente hermosa. Al pie de la escalera se le unió Slade, y ambos corrieron por el hall hacia el comedor. Desde los aposentos de servicio llegaron el valet Raimundo Boggs y Etta Billing.

Slade penetró solo al escritorio después que Marta explicó, emocionada, lo que acababa de ver. Etta atendió a la señora de Wells, presa de una crisis de nervios, y Boggs telefoneaba a la policía.

No cabía duda, se había cometido un asesinato y todo denunciaba al hijo del extinto, David Wells, como victimario. Primeramente, faltaban la mitad de los diamantes de la colección; la ventana francesa del escritorio permanecía aún entreabierta; Boggs había acompañado a David hasta el escritorio poco antes de cometerse el crimen; nadie más había entrado allí. David no había salido por la puerta principal, y Etta, que mientras duró la entrevista entre padre e hijo, había bajado al jardín, los oyó discutir acaloradamente.

El revólver con que se cometió el crimen había desaparecido.

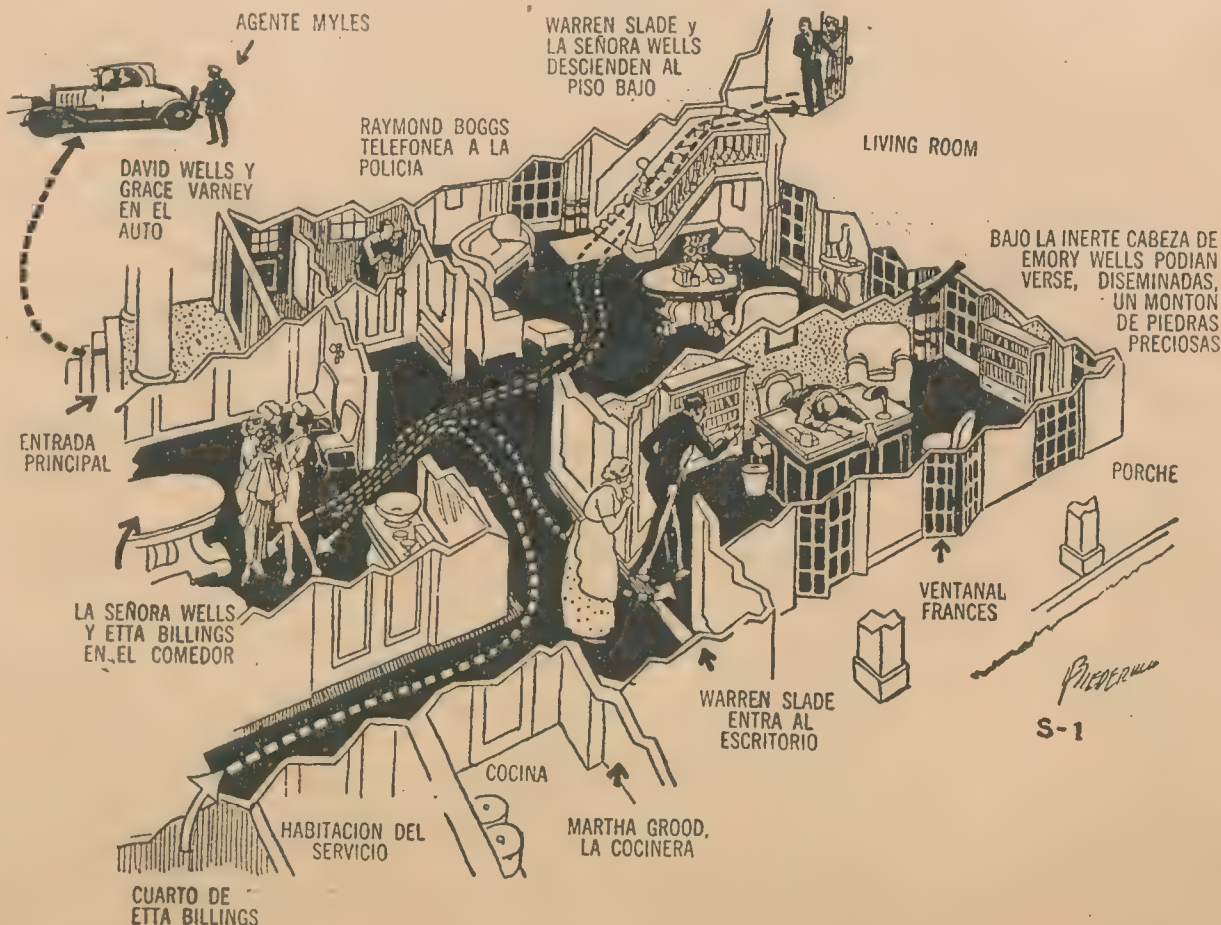
La policía se dirigió en seguida al departamento ocupado por David en West Seventies, Nueva York, pero el joven no apareció por allí esa noche, encaminándose, en cambio,

siempre acompañado de Grace, a la modesta morada de su madre en Brooklyn. Allí pasó la noche, juntamente con su amiga.

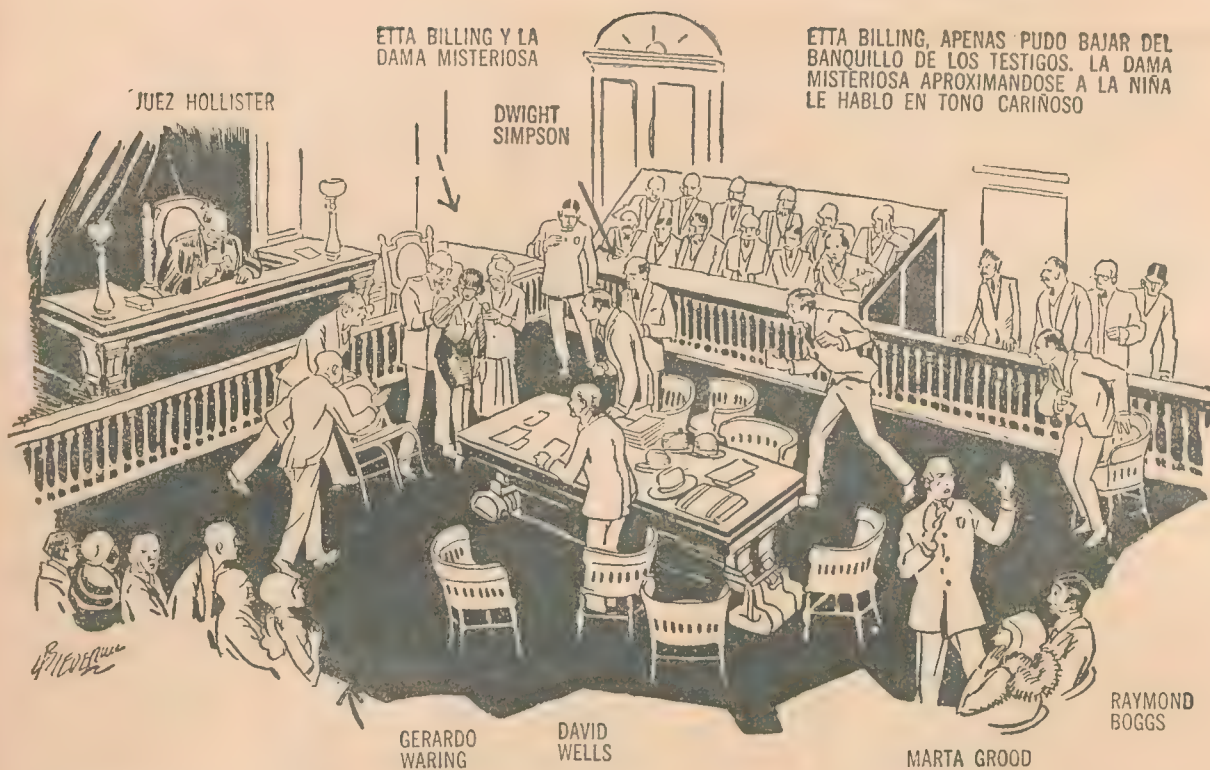
Julieta Wells era la segunda esposa de la víctima.

La policía, ignorando la existencia de la madre de David, recién pudo capturar a éste a la mañana siguiente, mientras se preparaba a tomar un tren en la estación Grand Central. Había adquiridos dos pasajes, que le fueron secuestrados, para un lejano pueblito del estado de Nevada.

David se declaró inocente, pero se negó a declarar respecto a sus actividades durante la noche del crimen, después de su partida de la casa de su padre.



DERECHOS EXCLUSIVOS DE PUBLICACION ADQUIRIDOS POR "MUNDO ARGENTINO"



Dada la posición social y la fortuna de la víctima, el asunto causó enorme sensación, ocupando sus noticias espacio prominente en los grandes rotativos neoyorquinos y apasionando la atención pública.

El juicio se fijó para una fecha muy cercana, siendo gravísima, por las pruebas acumuladas en su contra, la situación del presunto asesino.

Bajo la presidencia del juez Hollister se reunió el jurado en las salas del tribunal de Mineola.

Robin Dale asistía como repórter del "Daily Journal".

Dwight Simpson, el fiscal de estado, acusó violentamente al inculcado. Era explicable el encono del acusador público, pues lo ligaba una estrecha amistad con la víctima.

Marta Grood fué llamada a declarar. Su acento era ligeramente germano. No miró ni una sola vez a David, quien permanecía sentado al lado de su defensor, prestando cuidadosa atención a cada palabra que se pronunciaba.

La declaración de la cocinera llegó hasta el momento en que dió voces en demanda de auxilio y fué interrumpida por el fiscal, que, aparentemente, deseaba seguir interrogando a los testigos restantes.

En uso de su derecho, Gerald Waring, uno de los más brillantes criminalistas de la nueva generación, se dispuso a hacer algunas preguntas a Marta; la primera de ellas le cayó a ésta como una bomba.

— ¿Por qué razón — interrogó el letrado — se demoró usted después de oír lo que juzgó un disparo de arma antes de entrar al escritorio?

Marta titubeó unos segundos, y luego respondió:

— Tuve miedo...

— ¿Miedo de qué, señora Grood?

— Temí que algo le hubiera ocurrido al señor Wells.

— Acaba usted de declarar que se dirigió a los aposentos de la servidumbre. ¿A quién vió usted allí?

— Sólo a miss Billing, la mucama. A nadie más...

— Está bien — terminó Waring.

Y Marta se retiró.

Al alejarse la cocinera del sitio de los testigos, Robin Dale, que tomaba notas activamente, levantó la vista y vió algo extraño: entre el público, cerca de una puerta lateral del salón, una dama miraba insistentemente al acusado. David se había vuelto hacia ella, que parecía sonreírle. Era una señora de

cierta edad, muy pequeña y de suave expresión.

Lo que llamó poderosamente la atención de Robin Dale fué la compasión que expresaban los ojos de aquella mujer, obstinadamente fijos en David.

Durante el resto de la audiencia de ese día y el siguiente se tomó declaración a los agentes de policía que habían acudido a la casa en la noche del crimen, al facultativo que examinó el cadáver y al perito balístico que estudió el proyectil que determinó el deceso. Las declaraciones fueron todas abrumadoras para David Wells. Se probó que Emory había sido herido por una bala de calibre 32; que el deceso fué instantáneo, que una puerta de salida a la galería exterior había sido encontrada con la falleba corrida y entreabierta; que no se había hallado el revólver y que algunas de las piedras preciosas desparramadas sobre la mesa de Emory Wells estaban tintas en sangre, en prueba de lo cual fueron exhibidas, cubiertas aún por una materia de color rojizo.

El tercer día se inició con el interrogatorio a Boggs, el valet. Simpson, el agente fiscal, comenzó a interrogar al testigo.

— ¿Recibió Mr. Wells algún llamado telefónico durante la tarde que precedió al crimen?

— Sí: uno.

— ¿De quién?

— De David Wells, su hijo.

— ¿Cómo lo supo usted?

— Yo atendí el teléfono. El señor Wells estaba en su escritorio. Le avisé y me dijo que él hablaría por otro aparato que tenía sobre su mesa.

— ¿Qué dijo David?

— Lo ignoro, señor. Nunca trato de escuchar las conversaciones.

— Pero usted se enteró de la causa determinante del llamado telefónico...

— En cierto modo, sí, pues al poco rato me llamó el

señor Wells y me dijo que esa noche, a las 21.30 vendría el señor David, recomendándome que lo hiciera entrar en seguida al escritorio.

— ¿Ocurrió eso?

— El señor David llegó poco después de las 21.30. El señor Wells estaba ocupado con el señor Slade, y por esa razón no hice pasar inmediatamente al visitante. Lo anuncié primeramente y entonces el señor Slade se retiró y yo acompañé al señor David hasta la presencia de su padre.

— ¿Vió usted a David Wells salir de la casa por la puerta principal?

— No lo vi.

— ¿Podría haberlo hecho sin que usted se diera cuenta de ello?

— No, porque desde el escritorio me fuí a un pequeño cuarto de espera, desde el cual la puerta está completamente a mi vista.

El defensor aún preguntó:

— ¿Cuando usted oyó a la señora Grood que pedía auxilio, abandonó en seguida el cuarto de espera?

— Sí.

— ¿Con quién se encontró usted primeramente?

— Al asomarme al comedor, vi al señor Slade al pie de la escalera y a la señora de Wells que bajaba.

— Perfectamente; nada más tengo que preguntarle.

Warren Slade fué el próximo testigo. El fiscal, al examinarlo, trató de establecer los móviles del crimen.

— ¿A qué hora llegó usted a casa de Wells esa noche?

— Hacia las 21.

— ¿Qué motivaba su visita?

— El señor Wells me había hecho llamar para discutir las cláusulas de un nuevo testamento.

— ¿Lo llevaba usted preparado?

— No; él lo había escrito y quería leérmelo.

— ¿Lo hizo?

— Solamente en parte. La lectura fué interrumpida por la llegada de David. Emory Wells me dijo que lo firmaría en presencia de su hijo.

— ¿Sabe usted si lo hizo así?

— No; el testamento no fué encontrado.

— ¿Qué decía lo que le leyó a usted el señor Wells?

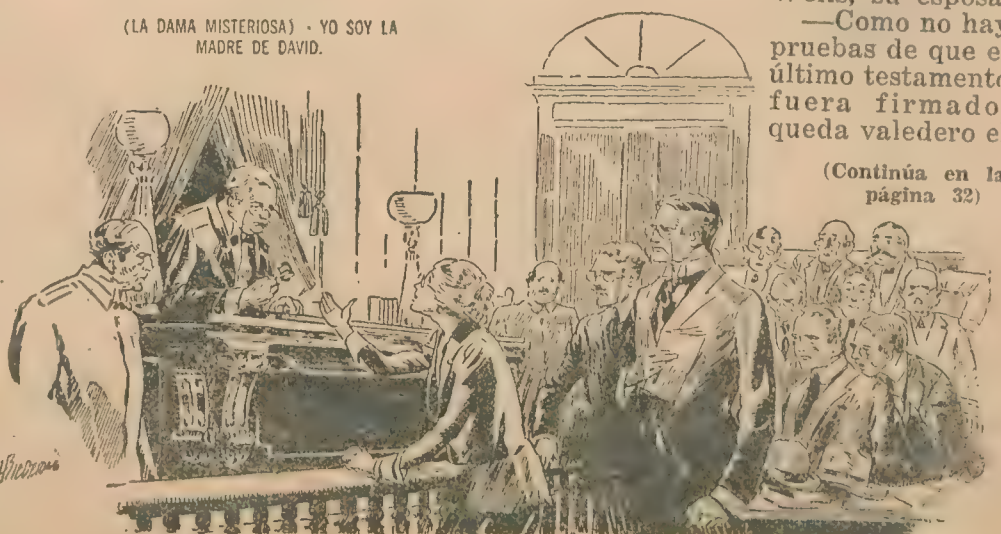
— Que dejaba un legado de un dólar a su hijo David. Luego proseguía prohibiendo que se hicieran donativos a ningún miembro de su servidumbre... Hasta ahí había llegado cuando apareció Boggs y anunció a David. Emory me pidió que esperara porque quería leerme el resto.

— ¿Difería ese testamento de alguno anterior?

— Sí; el anterior databa de tres años antes, y contenía grandes legados para la servidumbre y quinientos mil dólares para su hijo, David Wells; el resto de su fortuna quedaba para la señora Wells, su esposa.

— Como no hay pruebas de que el último testamento fuera firmado, queda valedero el

(Continúa en la página 32)



LUIS Marondi, autor de libros sobre la vida de los pájaros, sentado detrás de un cerco cubierto de enredaderas, observaba los movimientos de un zorzal.

De improviso, tiró su sombrero hacia el pájaro y lo espantó. El animalito levantó el vuelo, y Luis hizo algunas anotaciones.

— ¡Oh!... ¡Qué miserable! — exclamó una voz femenina.

La sorpresa de Marondi fué quizá tan grande como la del pajarito al cual acababa de espantar: del otro lado del cerco había aparecido una hermosísima joven que le miraba con rencor.

— Mil perdones, señorita.

— ¿De qué sirve que me pida perdón ahora? — repuso la joven con voz en la cual había lágrimas.

— Es lo que se acostumbra, ¿verdad?

Luis sentíase cohibido en presencia de las jóvenes, y en aquel momento hubiera deseado encontrarse muy lejos de allí.

— Si lo dice como una broma, debo anticiparle que tiene usted muy poca gracia — le aseguró la joven mirándole severamente. — Vuelvo a repetirle que la suya fué una mala acción.

— ¿Mala? ¿Por qué? Si no he lastimado al "merulidae" en lo más mínimo.

El hombre trataba de hablar áspicamente, como para darle a entender que le disgustaba que le reprendieran. La joven pareció asombrarse y le dijo:

— ¿De modo que usted conoce a la familia?

— Nunca la he visto a usted respondió él friamente. — No conozco a su familia.

— No hay ninguna necesidad de que usted se vuelva insolente. Usted sabe muy bien que me refería a la familia del zorzal, ya que usted nombró el pájaro por el nombre de la especie a que pertenece.

Esto sorprendió a Luis, quien, mirando fijamente a la joven, le dijo:

— ¿Así que usted también conoce el nombre de familia? Muchas veces, cuando yo pienso o hablo de los pájaros, lo hago usando el nombre de su clasificación. No fué mi deseo el de ofenderla...

— ¿Entonces por qué espantó el pájaro en el momento que yo iba a tomar una fotografía de él?

El ornitólogo caminó hacia el cerco y miró al otro lado. Una nueva sorpresa le aguardaba: sobre un trípode, casi escondida entre el follaje, vió una cámara fotográfica, y más allá, en el camino, una voiturette.

— He tratado tanto de sacar una buena fotografía de un zorzal, y usted me lo

Novela de LEWIS ALLEN BROWNE

Sombras en las almas

"ELLA"
JULIA MENDEZ



El autor de esta hermosa novela parece decir a la mujer: "No te ofusques y te dejes llevar por apariencias engañosas, porque ellas pueden poner no sólo sombras en tu alma, sino también en la del ser que has elegido para compañero de tu vida." Esta enseñanza se desprende del espíritu de esta narración, cuyo argumento apasiona por su hondo interés humano.



— Todavía siento vergüenza al pensar que lo he retardado... — exclamó Julia.

echa todo a perder...

— Escúcheme, señorita: espanté ese pajarito a propósito, pues deseaba observar sus movimientos al levantar su vuelo. Yo no sabía que usted estaba ahí, y menos aún que estaba tratando de tomar una fotografía. Por nada del mundo hubiera asustado al zorzal si hubiese sabido que usted tenía la manía de tomar fotografías de nuestros pájaros. Pido a usted que me disculpe.

La joven lo miró con desconfianza durante algunos instantes, estudiándolo. Gustábanle su porte, sus ensortijados cabellos oscuros, sus ojos claros, y también los hilos de plata que adornaban sus sienes.

— No es una manía, señor; a menos que usted considere que el ganarse el sustento es una manía. Tomo fotografías de pájaros para mis dibujos en colores.

— Entonces tenía usted razón enojándose conmigo. ¿No es una indiscreción preguntarle qué hace con sus fotografías y sus dibujos?

— Una vez concluidos, los vendo. Actualmente estoy ocupada preparando ilustraciones para un libro de Luis Marondi sobre la vida de los pájaros, pero seguramente eso no le interesará a usted. Acepto sus disculpas y a la vez le pido mil perdones por mis reproches...

Al oír esto, Luis saltó el cerco, colocándose al lado de la joven, sombrero en mano.

— Perdóneme, señorita Méndez...

La joven se apartó y lo miró con sorpresa.

— ¿Cómo sabe usted mi nombre? ¿Probablemente del registro del Gran Hotel?

El movió negativamente la cabeza y sonrió.

— Le diré lo que pienso hacer. Conseguiré que usted tome una buena fotografía de un zorzal, y más aún, la conduciré a la casa de Luis Marondi y haré que la invite a tomar el té.

— ¿Entonces usted lo conoce?

— Bastante bien.

La señorita Julia Méndez volvió a mirarlo fijamente.

— ¡Oh!... — exclamó al tiempo que sus mejillas se encendían de rubor. — Usted usó el nombre "merulidae"; solamente un ornitólogo podía hacerlo. ¿Es usted acaso Luis Marondi?

— El mismo.

— ¡Y pensar que yo le he reprendido!...

— ¿Qué le parece la invitación para el té? ¿Si usted supiera cuántas veces he pensado en quién sería J. Méndez! Y lo único que podía imaginarme era a un viejo decrepito

que se llamara Juan... ¡Qué grata sorpresa me ha causado descubrir la verdadera personalidad de esa incógnita!...

— Pero, según me han informado, el señor Marondi reside en Chicago.

— Allí he nacido y poseo una casa, pero tengo también otra aquí, en las afueras. Aquí puedo estudiar bien la vida de los pájaros; abundan, sobre todo, en primavera y otoño.

— Estoy encantada de conocerle y aver-

gonzada de mi proceder, señor Marondi.

El desmontó la cámara, la llevó al coche, y, colocándola en su interior, dijo:

— Mi casa dista tan sólo un cuarto de milla de aquí. — Y ocupó el asiento vacío al lado de ella.

La casa era pequeña, pero estaba rodeada de un gran parque formado por árboles, en el centro del cual se extendía un jardín lleno de flores. De la casa salió un hombre de color, viejo ya, quien se mostró sumamente sorprendido al ver llegar al ornitólogo acompañado de una dama.

— Sirva el té en la galería y dígame a Violeta que venga — ordenó Luis.

Después él condujo a la señorita hasta su lujoso escritorio. Ella sonrió al ver entrar a Violeta. Era ésta la mujer de Mose, muy negra, muy gorda y muy sonriente.

— Acompañe a la señorita Méndez a la habitación de huéspedes — le ordenó.

Diez minutos después se encontraban ambos tomando el té. Julia no dejaba de admirar el espléndido panorama que tenía delante.

— Todavía siento vergüenza al recordar que lo he retado...

— Una verdadera tormenta, pero le diré que ello no me ha disgustado: es señal de carácter.

Luego discutieron sobre los libros de Marondi y las ilustraciones de ella. En la cocina Violeta le preguntaba a Mose si no le parecía extraño que el patrón, que siempre había permanecido a una distancia prudencial de las mujeres, regresara de improviso acompañado de esa linda muñeca rubia.

— Nada extraño — le replicó Mose. — Las chicas lindas consiguen siempre un buen mozo cuando se lo proponen, y, por lo que veo, ella se lo ha propuesto, y él, por su parte, parece sumamente encantado.

¡Cuánta verdad había en las palabras del viejo Mose!

La tarde pasó rápidamente, y al anoecer, Luis le sugirió la idea que dejara su auto y la cámara en su casa, prometiéndole ir a buscarla a la mañana temprano. Julia consintió y se despidió, regresando a su hotel.

A las ocho ya estaba Marondi en el hotel, esperándola. Sacaron tres buenas fotografías de un zorzal, y luego almorzaron juntos, nuevamente en la galería.

Ya se decían "Julia" y "Luis".

Cuando Julia despertó al día siguiente, se dio cuenta que se había enamorado perdidamente de Luis, y como era inteligente y astuta, sabía perfectamente que Luis Marondi estaba sumamente interesado por ella, y que, aparte de cualquier otro interés por su trabajo, existía uno sentimental muy por encima de todo.

Una mañana, cuando como de costumbre fué a buscar a Julia al hotel, la invitó para un pic-nic.

— Iremos a...

— Iré donde tú quieras, Luis.

— Más tarde veremos adónde — dijo él. Y ella sabía muy bien que no importaba dónde fuera, pues en cualquier parte Luis le declararía su amor.

Pasaron un día feliz. El le dijo cuánto la adoraba y le propuso que se casaran pronto. Julia estaba encantada, amaba sinceramente a Luis y pensaba que podrían llegar a ser muy felices.

Después él la dejó en el hotel y regresó a su casa; durante todo el trayecto iba cantando. ¡Qué felicidad la suya! Iba a desposarse con Julia, una mujer tan linda y bondadosa.

A su llegada, el viejo Mose le trajo la correspondencia. Marondi tomó uno de los

sobres, pues había reconocido la letra, y un gesto de ansiedad ensombreció su rostro; abrió el sobre y leyó: "Mi vida es intolerable, Luis. Tendrás que venir. No puedo seguir adelante sin ti. — LOLA."

¡Y él sabía muy bien que tendría que ir!

Durante una hora estuvo pensando sobre la situación que se le presentaba, y finalmente decidió que no podría decirle nada a Julia de Lola.

Por fortuna, Julia regresaba a la ciudad al día siguiente. Luis telegrafió a su abogado y amigo, Gerardo Adames, dándole instrucciones para que comunicara a Lola que se ponía en viaje de inmediato.

Después de la cena se dirigió al hotel para ver a Julia y le explicó que algunos negocios urgentes le obligaban a trasladarse inmediatamente a la ciudad, así que harían juntos el viaje.

— ¡Qué lindo, Luis! ¡Estoy contentísima!

El tenía deseos de gritarle que no era nada bueno y que no sabía lo que pudiera ocurrirle, pero se contuvo.

Lola era su hermana y lo único que le quedaba de su familia. Muchos podrían pensar en que Luis no tendría una razón poderosa para ocultar el llamado de su hermana, pero habrían estado equivocados: los había, y muy graves.

Los Marondi pertenecían a una familia muy orgullosa, y Lola había cometido un error muy grave: se había casado con Vicente Paredes creyendo estar muy enamorada, y él resultó no ser más que un pillo; era un canalla de la peor especie. Para colmo de males, Lola tenía una criatura.

Su amor hacia el esposo había desaparecido al poco tiempo de casados, pero ella era demasiado orgullosa y hubiera preferido morir antes que dejar que los demás se enteraran del error que había cometido; deseaba esconder el hecho de que su hijo tuviera semejante padre.

Si Luis le hubiera explicado todo a Julia, estaba seguro de que Lola se lo hubiera reprochado. No, no le diría nada sin consultarla antes.

Llegaron a la ciudad al mediodía, fueron a almorzar al hotel, y luego Luis la acompañó para que ella eligiera su anillo de compromiso.

— Voy a estar muy ocupado, querida, por unos cuantos días; pero

vendré a buscarte tan pronto como me sea posible — le prometió al acompañarla al departamento donde ella vivía con una hermana casada.

— Contaré las horas hasta tu regreso — le respondió Julia, dándole un beso justamente en el instante en que se abría la puerta del departamento y aparecía la hermana de Julia, la señora de Gutiérrez. Julia le anunció su compromiso, y una media hora después, Luis se despedía para alcanzar el tren que lo conduciría hacia la ciudad donde vivía Lola.

Al ver a su hermana, Luis comprendió que algo más grave que de costumbre había pasado; ella le explicó que su esposo habíase vuelto más brutal que de costumbre, exigiéndole que ella misma administrara la parte que le había correspondido de la fortuna heredada. Hasta entonces siempre la había administrado Luis.

— Vicente insiste en que tú debes transferirme los derechos.

— Lo haré con mucho gusto, Lola, si eso contribuirá a tu felicidad, pero estoy seguro que él te los quitará y derrochará tu dinero. Pero no importa: yo tengo suficiente para ti y el nene.

Luis estaba orgulloso de su sobrinito, al cual Lola había bautizado con el nombre de Luis en honor de su hermano.

— Al fin y al cabo, tú podrías muy bien administrar tu parte.

— Claro que sí. Solamente que él no me permitiría hacerlo y me mataría en el caso de rehusarme a cederle los derechos.

— ¿Matarte?... Lola, tú no piensas en lo que estás diciendo...

Entonces, Lola, roja de ver-



— ¡Por favor, Julia! ¡Si Luis no es casado!

— Ya lo sé — dijo Julia, con gesto altivo y apartando con disgusto su mirada.



güenza, desprendióse el escote de su vestido, dejando al descubierto grandes moretones. Miró a su hermano y se asustó por la expresión que vió en sus ojos.

— ¿Vicente ha hecho eso?

— El... — le respondió ella, nerviosa.

— Te llevaré de aquí a ti y al nene; vendrán a vivir conmigo.

— No puedo irme, Luis. Tal vez se corrija... ¡Piensa qué terrible sería que el nene creciera y llegara a comprender que su madre se había visto en la necesidad de abandonar a su padre!...

— ¡Ya lo arreglaré!

— Luis, tú me asustas... No hagas nada...

— No temas, no he de matarle — le prometió.

Vicente entraba en ese momento, muy elegante en su traje de deporte, aunque tenía la cara enrojecida por la bebida. Saludó apenas a Luis, quien ni siquiera lo miró. En seguida éste, dirigiéndose a su hermana, le bajó el escote y dejó los moretones a la vista.

— ¿Qué me dices de esto, Vicente?

Vicente miró a su esposa.

— ¡Estúpida! — le gritó.

Entonces Luis ordenó a Lola que se retirara. Después se dirigió a Vicente, quien lo recibió con un golpe; exasperado, Luis lo empujó contra un sillón y le dió dos recias bofetadas.

— ¡Si llegas a levantar la mano a mi hermana otra vez, te mataré como a un perro! — rugió.

Luis regresaba algo más tranquilo después de lo sucedido, ya que le ha-

bía hecho jurar a Lola que le avisaría acerca de cualquier novedad que pudiera producirse. Nada le había dicho sobre sus proyectos, pues al verla tan afligida no había querido contarle nada, esperando que llegaría el momento oportuno para hacerlo.

Julia y Luis cenaban juntos, algunos días más tarde, haciendo planes para el futuro; la casita sería pintada y amueblada de nuevo; ellos, mientras tanto, harían su viaje de bodas por las Indias y la América del Sur. Luego regresarían y se instalarían definitivamente allí, donde se habían conocido.

Durante algunos días prosiguieron con sus trabajos, Luis en su departamento y Julia en el de su hermana; faltaban tan sólo breves días para terminar la obra que tenían comenzada, luego se casarían y emprenderían su viaje de bodas.

Una noche, mientras cenaban en un restaurante, Máspero, el editor, que estaba en una mesa vecina con varios amigos, les reconoció y se aproximó a saludarlos.

— No sabía que ustedes se conocían — les dijo.

— Nos hemos encontrado accidentalmente — le respondió Luis.

A Julia le torturaba el recuerdo de aquella mujer y aquel niño que había visto junto al hombre que ella amaba con la vehemencia del primer amor. ¿Por qué le había ocultado que era casado? ¿Por qué le hizo abrigar esperanzas que ahora se trocaban en espinas que le sangraban el corazón?

Después de charlar un rato, Máspero se retiró, pues sus amigos le estaban esperando, y les rogó que fueran juntos a su oficina.

— Encantados, si da la casualidad que nos volvamos a encontrar nuevamente — se apresuró a decir Marondi.

Cuando el editor se hubo retirado, Julia le dijo, quedamente:

— ¡Qué sorpresa va a tener Máspero cuando le anunciemos nuestro compromiso!

— Es verdad; pero nada quise decirle ahora, pues conociéndolo como le conozco, estaba seguro que nos hubiera hecho una escena, y por eso opté por decirle que nuestro encuentro se debía a la casualidad.

A su regreso, esa noche Luis encontró una larga carta de Lola. En ella le decía que se sentía muy desgraciada. "Los parientes de Vicente me atormentan; él no me ha golpeado, pero se ha vuelto completamente insufrible; muchas veces, si no fuera por Ramona, mi mucama, hasta tendría miedo de vivir a su lado; ella es muy comprensiva y discreta. Los parientes de Vicente están acostumbrados



a vivir de lo que él puede sacarme, y ahora exigen que yo le transfiera todos mis bienes. Les tengo miedo. Una vez que Vicente me tenía agarrada de la garganta, casi es-

trángulandome, le amenacé con matarlo. Vicente lo ha contado y ellos siempre me lo están echando en cara. ¿Qué puedo hacer?"

La lectura de esta carta llenó a Luis de tristeza. Cayó como una sombra sobre su radiante felicidad. Mucho tiempo pasó cavilando sobre aquella carta, para llegar a la conclusión de que dentro de breves días iría a visitar a su hermana, le contaría sus proyectos y le aconsejaría que abandonara definitivamente a Vicente, yéndose a vivir con el pequeño Luis a su casa, mientras ellos estuvieran ausentes durante su luna de miel. A su regreso, la acompañaría a París para que iniciara los trámites de su divorcio. No podía permitir que su hermana fuera golpeada y ultrajada, ni aun cuando el orgullo de ella se resistiera ante la publicidad, que siempre trae un divorcio. Por otra parte, su sobrinito podría recibir una buena educación lejos de la influencia paterna.

Días después, Luis fué a visitar a su amigo y abogado, Gerardo Adames, contándole la triste situación de su hermana y explicándole sus planes. Adames convino



El editor Máspero salió de la casa para ver quién era el que llegaba en el auto. Vió a Julia en el volante, que le miraba con la tristeza que se había posesionado de su alma desde que vió a Luis junto a la mujer que creía fuera su esposa.

con él en que lo mejor para Lola era dejarlo a Vicente, yéndose a vivir con Luis mientras la pareja estuviera ausente.

Al llegar a su departamento el ornitólogo se puso a clasificar sus papeles, a fin de dejar todo listo antes de empre-

der su viaje de bodas. En eso estaba ocupado cuando la campanilla comenzó a sonar insistentemente. Se levantó molesto por esa manera de llamar y se dirigió a la puerta; pero, ¡cuál no sería su sorpresa al abrir la puerta y encontrarse frente a frente con Lola, que traía al niño en brazos! Pálida como la muerte, entró tambaleándose.

— ¡Oh, Luis!...

— ¿Qué te pasa, hermanita? ¿Te ha golpeado otra vez? ¡Si lo ha hecho, le...!

— ¡Dios mío! ¡Le he matado!...

Corrió hacia la alcoba y depositó su hijo sobre la cama, tratando, incoherentemente, de explicarle a su hermano lo que había sucedido.

— Fué en defensa propia, Luis; pero como no hay testigos y esos parientes saben que yo lo he amenazado... ¡Dios mío, he matado al padre! ¡No puedo conservar a mi hijo! ¡Sácame de aquí, escóndeme! Los parientes de Vicente me acusarán y me pondrán presa... ¡Por favor, Luis, sálvame!

— Sí, Lola, te lo prometo; pero trata de calmarte...

Luis no necesitaba saber más para comprender que tendría que salvarla, esconderla en alguna parte donde no pudiera llegar la mano de la justicia. Púsose a escribir algunas cartas; una para Julia, que decía así: "Adorada: tengo que huir. Por cuánto tiempo, no lo sé; tampoco puedo explicarte las razones que me obligan a ello. Trata de tener fe en mí y destruye esta carta. — LUIS."

— No debes escribir cartas. ¡Nadie debe saber dónde estoy!

— Nadie lo sabrá jamás, pero hazme el favor de contener tus nervios. Recuerda que eres una Marondi.

— ¡Pero, Luis, piensa que he matado al padre de mi hijo!

— ¡Se lo merecía! Trata de tranquilizarte; necesito hacer mis planes; todos deberán creer que he ido al Norte del Canadá.

— Luis, lo he matado en defensa propia, pero sus parientes harán...

No pudo terminar la frase. Su crisis nerviosa trocóse en llanto. Luis comprendió que eso le haría bien, y la dejó llorar. Adoraba a su hermana y sufría lo indecible ante su dolor, pensando al mismo tiempo que no era solamente ella la que tendría que sufrir. ¿Qué sería de su idolatrada Julia? Nada podría explicarle ahora. Lo primero que debía hacer era salvar a su desdichada hermana. Su sobrinito no debería llegar a saber nunca que su madre había dado muerte a su padre. Tampoco podía decirle nada a Lola en ese momento sobre su proyectado casamiento, truncado tan fatalmente por el reciente acontecimiento.

Tenía que tratar de sacarla de allí antes de que llegara el nuevo día, pues sabiendo que era su hermana, la buscarían inmediatamente en su casa.

Lola se esforzaba por dominar sus nervios. En la cama de Luis dormía profundamente la inocente criatura. En la casa de los Marondi yacía Vicente, muerto por la mano de su esposa.

Solamente un hombre del carácter de Luis podía haber pensado coherentemente en un plan de salvación. Recordaba muchos casos de personas perseguidas por la policía que habían logrado desaparecer y que luego fueron atrapadas por la indiscreción de una mujer. No, no podía contarle la verdad a Julia. Escribió una carta solicitando pasajes para Montreal y la dejó sobre su escritorio, al lado de una guía de ferrocarriles canadienses. Esto daría la impresión de que habían tomado ese camino. Tomó una valija de mano, echó dentro las pocas cosas que Lola había traído consigo, luego alzó al pequeñuelo y le ordenó a su hermana que tratara de aparentar tranquilidad.

Salieron. Luis no había querido llamar

un auto. Así que caminaron una media docena de cuadras; sólo entonces llamó uno y le ordenó al conductor que se dirigiera a la estación próxima. Allí tomó boletos para Richmond, aun cuando la intención de Luis era bajarse en Baltimore y seguir otra ruta. Por fortuna, pudieron conseguir un compartimiento para ellos solos. Una vez dentro, Lola le susurró:

— Es peligroso que me lleves a tu casa. Todos la conocen y nos seguirán.

— No vamos a Wytheville. Ten confianza en mí. Vamos a las sierras de Grayson. Conozco a los moradores y me tienen confianza. Casi todos son fabricantes clandestinos de whisky. Lo han estado fabricando durante los últimos cincuenta años en una localidad donde jamás logró descubrirlos ningún agente fiscal. Allí estaremos perfectamente seguros.

— Ninguna mujer tendrá jamás un hermano como tú — le dijo Lola, y al rato, para tranquilidad de Luis, se quedó profundamente dormida.

Al día siguiente, después de haber transbordado a otro tren, se encontraban viajando hacia el valle de Roanoke.

Cuando Julia recibió la carta de Luis no comprendió ni una sola palabra, pero su intuición de mujer le hizo concebir que se trataba de algo grave. Se dirigió a la oficina del editor Máspero y le preguntó si había recibido alguna noticia de Luis. Máspero la miró con extrañeza, y, sin contestar a su pregunta, le preguntó a su vez:

— ¿Y usted?

Julia le enseñó la carta que había recibido. Sólo entonces se decidió Máspero a enseñarle la suya. Decía así: "Debo desaparecer por motivos que no podré explicar nunca. Continuaré escribiendo, pero bajo el nombre de Paul Justin. Los originales le serán enviados desde Portland (Oregon), pero puedo asegurarle que no estaré sino a miles de millas de allí."

— ¿Qué entiende usted de todo eso? — le preguntó Julia con ansiedad.

El editor estaba seriamente consternado.

— Debe ser algo muy grave, pues de lo contrario no hubiese tomado esa resolución, máxime tratándose de usted.

— Yo pienso lo mismo; pero tengo amplia confianza en él. Algún día nos explicará lo que nosotros ahora no podemos comprender...

— En su carta dice que nunca podrá dar explicaciones...

— En la que me escribió no dice nada. Confío en él. Yo...

Sin terminar la frase, Julia salió apresuradamente, a fin de que el señor Máspero no pudiera ver las lágrimas que bañaban sus ojos.

Mientras tanto, Lola, Luis y el niño habían pasado ya por Wytheville. En una de las estaciones Luis adquirió un diario, en el cual había una noticia muy breve, bajo el título de: "Vicente Pardés ha sido hallado muerto en su casa. Su esposa e hijo han desaparecido." Luis permitió a Lola que leyera la noticia, pues comprendió que le haría bien.

Por fin llegaron a su destino. En la plataforma Luis encontró a su viejo amigo Guillermo, a quien saludó cariñosamente. Conversando con él, le dijo:

Estaba seguro que vendrías a esperarme a mí y a mi esposa.

Guillermo comprendió en seguida que había algo que Luis quería ocultar, y, sin decir una palabra, tomó el equipaje, lo colocó en su carro y echaron a andar, alejándose por calles desiertas para internarse en la espesura de los bosques.

Lola se sentía más tranquila entre las sierras y los bosques. Todas las casas queda-

(Continúa en la página 46)

Cómo he cazado vivos los animales salvajes

Por **FRANCK BUCK**



Durante diez y ocho años he vivido en las selvas cazando fieras vivas, pájaros y toda clase de reptiles, destinados a zoológicos, circos o en lugares particulares.

He vivido así:

En los Estados Unidos de animales

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

En el Museo de Historia Natural de Chicago, San Luis, y en otros lugares.

DERECHOS EXCLUSIVOS DE REPRODUCCION ADQUIRIDOS POR "MUNDO ARGENTINO"

la misma manera que podemos asegurar la bondad o la malignidad de los seres humanos. En el carácter de los animales existe tanta variedad como en el del hombre.

Por supuesto, hay ciertas opiniones que coinciden respecto a los animales y también al ser humano; pero esto no hace alterar el hecho de que una persona que generalice en este sentido, comete una tontería. A lo sumo, podemos admitir que la mayoría de estas bestias feroces son peligrosas cuando están en peligro, y aun así, no hacemos más que generalizar sobre un punto que abarca dos clases de existencia: la humana y la animal.

El tigre, que hiere al hombre que le da de comer a través de los barrotes de la jaula, lo hace porque lo considera un enemigo que atenta contra su vida. El tigre bondadoso tiene algo en su aspecto que lo delata: es su resignación al cautiverio que le indica que nada debe temer de ese ser que está del otro lado de los hierros de su jaula. Hay veces en que las especies más bravas comprenden que no hay por qué defender su vida viendo al guardián, y entonces tornan a ser fácilmente manejables.

De todos los animales que existen en las selvas malayas, el tapir es, probablemente, el

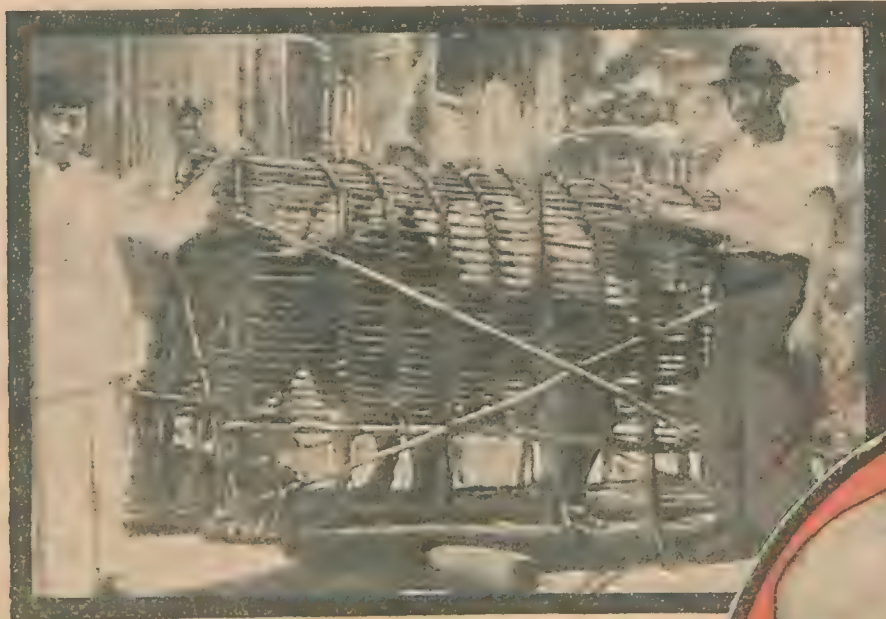
Ponderar las cualidades de los animales es tan tonto como hacerlo con las de las personas. Se puede decir: "Los elefantes son buenos", o "En los tapires se puede confiar", o "En los tapires no se puede confiar", de

CASI todos los animales son peligrosos cuando se enojan.

En 1926 estuve a punto de ser muerto por un tapir, el más manso de los animales. Me hallaba en Sumatra agrupando varias

indómito, hasta que llegó un momento en que hasta darle de comer constituía un grave peligro y era necesario tomar muchas precauciones.

Ponderar las cualidades de los animales es tan tonto como hacerlo con las de las personas. Se puede decir: "Los elefantes son buenos", o "En los tapires se puede confiar", o "En los tapires no se puede confiar", de



Dentro de esta jaula especial es transportado el tapir por los cazadores, sin que el animal sufra lo más mínimo

especies, entre las que había serpientes pitones, pájaros carpinteros, monos, gatos monteses, puercoespines y un tapir. En cualquier circunstancia, lo lógico sería suponer que las serpientes pitones me incomodarían mucho más solas que el resto de la colección junta. Pero esta no era una situación normal, y fué el tapir el que en este sentido aventajó a los demás.

La experiencia volvió a hacerme comprender lo ineficaz que resulta generalizar sobre los animales. He visto, por ejemplo, a dos tigres, ambos del mismo sexo y edad, cazados al mismo tiempo, y evidenciar, sin embargo, diferentes características. Uno era tan manso, que a las pocas semanas podía yo pasar mi mano por entre los barrotes de su jaula y acariciarle el lomo; el otro era, día tras día, más y más



menos peligroso. El jabalí es mucho más poderoso que él y tiene, además, colmillos capaces de hundir en el cuerpo de un enemigo con quien lucha. Sus dientes son grandes y agudos; pero si consideramos que es un animal vegetariano, sabremos que no son muy temibles para el hombre. Su estructura es muy rara. Es éste el único animal que en el transcurso de los siglos no ha tenido cambio alguno. Es tal cual era hace muchos miles de años, cuando el camello era del tamaño de un perro de caza y el caba-

Continúa en la página 42

El tapir es un animal generalmente manso; pero uno de ellos hizo pasar un mal rato al autor del presente artículo



Los viajes de tres minutos para leer en la clase: Atenas

Señorita maestra: { Cuando en su grado corresponda "Lectura libre", haga que sus alumnos lean estos temas. Son instructivos y amenos.

UNA de las ciudades más antiguas del mundo y que con más éxito han podido sobrellevar la acción del tiempo es, sin duda alguna, Atenas, capital de Grecia, de cuya cultura y civilización es actualmente centro. Visitémosla. Atenas es afortunada. Sus monumentos — monumentos de sus pasadas glorias — están situados de manera tal que dominan toda la ciudad. La Acrópolis emerge

reada de plantaciones de pinares que la rodean. La Atenas moderna progresa a gran velocidad. Nuevos edificios se ven cada día, muchos de los cuales fueron costeados por filántropos amantes de su patria. Día a día se efectúan grandes excavaciones, pues se sabe que bajo tierra existen gran cantidad de tesoros ocultos que poco a poco son extraídos. Las casas en Atenas son peque-



Una vista general de Atenas



aún sus muros como antaño lo hicieron, aunque actualmente se halla ro-

ñas y de apariencia pobre. Barrios todos muy tranquilos, mientras uno camina experimenta la agradable sensación de la calma y la quietud. No existen allí tumultos ni riñas, ni niños que juegan a la pelota en el medio de la calle. Todos los habitantes de Atenas impresionan por su aspecto calmo, más bien triste, pensativos, con aspecto de sabios pensadores. Actualmente casi todos sus habitantes visten a la usanza europea, aunque de vez en cuando suele verse a alguien ataviado con esas grandes togas que tanta aceptación tuvieron entre los atenienses de antaño.

LA TRAGICA VIDA DE...

de graduarme en la Escuela Superior en 1923, al ser elegida como modelo en la Exposición Anual de la Moda, en San Luis, en el teatro Municipal de la Opera. Entonces sólo tenía diez y siete años de edad. Era realmente un placer lucir hermosos trajes, y fué entonces cuando empecé a sentir la atracción irresistible del lujo.

En ese tiempo, uno de los diarios locales celebraba un concurso de belleza, con el propósito de elegir a una muchacha para representar a San Luis en el Concurso Nacional de Belleza de Atlantic City. Un amigo mío envió mi fotografía, sin que yo lo supiera.

Un día recibí una carta urgente pidiéndome que me presentara en un estudio fotográfico determinado llevando mi traje de baño. Veinte muchachas habían sido elegidas entre cientos.

En un proceso de eliminación fui elegida como la vencedora, por tres jueces: el alcalde de San Luis, un artista pintor y el dueño del periódico.

Mis padres, sin embargo, se oponían a que yo fuera a Atlantic City, aun cuando se les aseguró que llevaría como compañera una señora respetable. Te-

(Continuación de la página 9)

mían que ello no fuera bueno para mí. Yo me reía de sus temores en aquel entonces. Pero ahora es distinto. Examinando la carrera de algunas de las vencedoras en concursos de belleza, veo a muchas de ellas, incluyéndome a mí misma, que hubiera sido mejor que se quedaran tranquilamente en sus casas.

Por ejemplo, tenemos a Julia Bruns, también de San Luis. Después de haber ganado el título de "Miss Norte de St. Louis" se hizo famosa en el teatro en Nueva York, Londres y París. Llegó a tener fortuna. Súbitamente salió su fotografía en los periódicos, acusada de un robo de cuatro mil dólares en joyas. Su carrera terminó con su muerte, en sórdidas circunstancias.

A mi llegada al balneario de Atlantic City todo parecía espléndido. Desde el momento en que descendí del tren me vi rodeada de una multitud que me vitoreaba y aplaudía. Mi emoción era inmensa, pero a pesar de ella pude notar, desde los primeros instantes, los ojos de un hombre que me perseguían constantemente. Eran los ojos que continuarían persiguiéndome celosamente durante toda su vida.



Estas tres cosas tan indispensables para la buena salud y para vivir tranquilo se consiguen tomando

Nucleodyne

(El tónico que da fuerza)

La Nucleodyne es un gran vigorizador de los músculos, no da la impresión de una fuerza pasajera, sus efectos son duraderos. Estimula el apetito y hace adquirir peso. La Nucleodyne es tan buena para las señoras como lo es para los hombres.

En el Uruguay: "Antonio Rebollo" S. A.
18 de Julio 929 - Río Branco 1377
Montevideo.

Se vende en todas las farmacias y en la

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO
Sarmiento y Florida . Buenos Aires

En "LA QUE TODO LO DIO", la escritora Beatrice Burton Morgan nos relata la existencia de una joven que



amó apasionadamente, cerrando los ojos a la evidencia y llegando a desoir los dictados

imperiosos del buen sentido. Ella creyó ingenuamente que bastaba amar a un

hombre para ser correspondida y asegurarse el logro de la soñada felicidad. Sin meditarlo, Ana María se entregó sin reservas, arrebatada de entusiasmo, alucinada de amor, al hombre que se cruzó un día en su camino. Desgraciadamente, la mentalidad y los sentimientos de ese hombre no guardaban relación alguna con la belleza de su cuerpo. Era un tenorio vulgar, un conquistador insaciable, atraído por todas las caras bonitas que encontraba a su paso y absolutamente incapaz de comprender a Ana María ni su amor.

Beatrice Burton Morgan descuella por la rara habilidad que posee para describir los pequeños dramas diarios; las emociones más íntimas que se producen en la vida de una muchacha sujeta a un empleo, y que debe buscar sus distracciones fuera de la oficina.

Estamos seguros que esta novela ha de interesar no solamente a las mujeres, sino también a los hombres, ya que tanto los tipos femeninos como los masculinos que en ella se mueven irradian una fuerte sugestión de humanidad, dándonos la impresión de que ellos son seres de carne y hueso con quienes nos codeamos todos los días.

CAPITULO I

ANA María sentíase inmensamente feliz. Por fin podría abandonar la pensión donde vivía, comunicar al señor Roberto Nesbit, propietario de la Compañía Mercantil Nesbit, que dejaría de ser su secretaria particular tan pronto como pudiera encontrar quien la reemplazara y hacer conocer a sus amigos que muy pronto iba a casarse con Jorge O'Farell.

Hacía casi cuatro años que estaba comprometida con Jorge, cuatro años durante los cuales había estado preparando amorosamente su ajuar, forjándose ilusiones alrededor de la felicidad prometida.

Poco menos de una semana antes, su amiga y compañera de tareas, Margot, había preguntado cuándo pensaba casarse.

— No creo en los compromisos largos — había dicho, — pues no son pocas las veces que terminan con un desengaño, y tú, mi querida amiga, no mereces esa suerte.

Ana María no había podido contestarle; se había limitado a mirarla con sus grandes ojos azules, en los que se reflejaba la nobleza de su alma, y había sonreído. No tenía ningún motivo para dudar de su Jorge. ¿Acaso no había demostrado él quererla tanto como ella a él?

Y luego, Jorge, como para justificar esa confianza, le había preguntado la noche anterior cuándo podrían contraer enlace.

— Creo que dentro de quince días, Jorge; como comprenderás, es muy justo que dé aviso al señor Nesbit, que tan bueno ha sido siempre conmigo, a fin de que tenga tiempo para buscar una nueva secretaria. Pero di-

JUAN LAFONT.

me, Jorge mío: ¿será posible que nos casemos tan pronto? Casi no puedo creerlo. ¡Qué felices vamos a ser! ¡Me siento tan dichosa!...

Mucho tiempo después recordaba Ana María que Jorge nada le había dicho aquella noche acerca de sus propios sentimientos.

A la hora del café comunicó la noticia a la señora de López, propietaria de la pensión, diciéndole que ella y Jorge se casarían el primero de octubre. Luego, mientras almorzaban, se lo había confiado a su amiga Margot, quien se había puesto muy contenta pensando en que quizá pasaría a ocupar el puesto de Ana María en la oficina.

A las cinco y media de la tarde, Ana María se encontraba ante la puerta del escritorio particular del señor Nesbit; en una mano tenía las cartas para la firma, la otra la había apoyado sobre el vidrio de la puerta. Sentía pena al pensar que al entrar tendría que decirle al señor Nesbit que buscara otra empleada.

Cuatro años había trabajado allí, los tres primeros como simple dactilógrafa, y el último en calidad de secretaria privada. Todos allí eran sus amigos, desde la dactilógrafa principal hasta el pinche de oficina, y ella había llegado a sentir cariño por esa casa, a la que consideraba como su segundo hogar. ¡Cuánto iba a extrañar esa vida de franca camaradería!...

Abrió la puerta; el señor Nesbit se hallaba de pie junto a su escritorio, con la espalda hacia ella, pero al oír el ruido de la puerta se volvió prestamente y se encontró con la mirada de Ana María. Esa mirada tranquila, profunda, noble, de sus enormes ojos azules oscuros, circundados de espesas y sedosas pestañas negras, que hubieran puesto belleza aun en un rostro poco agraciado;



La

NOVELA EN FOLLETIN

pero Ana María estaba lejos de serlo. Por el contrario, era sumamente hermosa, con una de esas bellezas que son todo candor y dulzura, todo amor y nobleza. Su dulce temperamento sabía granjearse la simpatía y

que todo lo dió

Por BEATRICE BURTON MORGAN

el cariño de todos los que la rodeaban.

Pero Ana María no sonreía en aquel momento; silenciosamente se había acercado al escritorio del señor Nesbit, depositando sobre él la correspondencia que traía. El señor Nesbit se sentó en su sillón y comenzó a firmarla. Ella le observaba y pensaba para sí qué lindas manos tenía el señor Nesbit. Había tres cosas que siempre había admirado en él: sus manos de rasgos delicados, su rostro

agradable y la forma afectuosa con que daba las órdenes. Sabía que era soltero, que tenía treinta y cuatro años y que, desde la muerte del padre había asumido toda la responsabilidad del negocio, habiendo contribuido con su esfuerzo personal al engrandecimiento de la compañía. Pero ni su fortuna ni sus atractivos personales habían interesado jamás a Ana María, pues había conocido a Jorge O'Farrell poco tiempo después de haberse empleado allí, y desde entonces no había tenido más que un solo pensamiento: Jorge.

—Señor Nesbit — comenzó Ana María, al ver que terminaba de firmar la última carta, — deseo comunicarle que voy a retirarme a fin de mes.

Nesbit continuaba mirándola, y luego, con voz insegura, le preguntó:

— ¿Se va a casar? ¡Oh! Ahora comprendo...

— Creo que la señorita Olson podría ocupar mi puesto, ella estaría muy contenta si usted se lo ofreciera — continuó la muchacha, pero él no parecía oírle, pues nada le respondía.

— En caso de que usted se decidiera tomarla en mi reemplazo, con mucho gusto le enseñaré todo lo posible antes de irme.

Esperó que él le dijera algo, pero como continuara mirándola sin responder, como si aún no hubiera entendido lo que ella había querido decirle, Ana María le dijo:

— Créame que siento muchísimo tener que abandonar todo esto, señor Nesbit; me ha sido muy grato trabajar para usted y siempre he de conservar un buen recuerdo de esta casa.

Nesbit permanecía silencioso aún. Entonces Ana María, pensando que no tenía más que decir, se dio vuelta para retirarse; sólo entonces Nesbit pareció despertar de un sueño.

— Espere un momento. Quizá hubiera debido esperar esto, pero el caso es que la noticia me ha tomado de sorpresa; nunca pensé que usted podría casarse y retirarse de aquí...

Y así diciendo, se levantó de su sillón, caminó hasta la puerta y la mantuvo abierta para que Ana María pasara. Ella salió y entró en el pequeño escritorio que le estaba destinado, justamente enfrente del que ocupaba el señor Nesbit. Se sentó ante su escritorio y comenzó a poner las cartas en sus respectivos sobres; algunos minutos después miró hacia la puerta y notó que Nesbit continuaba mirándola desde la puerta de su escritorio.

— ¿Le dije que siento mucho que usted se va? — le preguntó. — Pensé decírselo si no lo hice. La voy a echar de menos, señorita Roland...

Parecía como si hubiera querido decirle algo más y que de repente hubiera cambiado de idea, pues había hecho un gesto al darse vuelta para entrar en su escritorio, cerrando la puerta tras de sí.

Cuando Ana María se retiró, él permanecía aún en su escritorio.

Ella sabía que Nesbit la iba a extrañar mucho, no solamente por su trabajo, sino también por los pequeños servicios que ella le había prestado, así como comprarle los regalos que él hacía a su madre y a sus hermanas en sus cumpleaños y ordenar que le trajeran el almuerzo durante los días que el trabajo no le permitía ir a su casa.

La pensión de la señora de López era una casa grande, limpia y confortable. Al lado del vestíbulo había un comedor grande que estaba abierto al público; justamente ahí fue donde se encontraron Jorge y Ana María. Ella se había enamorado de él esa noche, y tres meses después le había prometido ser su esposa.

(Continúa en la página 48)



Al comunicarle Ana María al señor Nesbit que iba a retirarse de la casa, él se quedó un tanto sorprendido, no sabiendo a qué atribuir aquella resolución de una de sus mejores empleadas, por la cual había sentido siempre una viva simpatía



Las depilaciones a base de pastas son fácilmente aplicables, especialmente para la extirpación del vello del labio superior

Para los depilatorios líquidos puede utilizarse un trozo de algodón adherido a un palito (en la forma que indica el grabado)

En la depilación a base de cera, ésta debe extenderse en estado templado sobre el brazo, dejándola allí hasta que se endurezca. La manera de aplicar estos depilatorios puede observarse en todos los grabados que publicamos

Si usted no sabe, aprenda a depilarse

Los mejores procedimientos para aplicarlos en sus diferentes formas, ya sea líquido, polvo, pasta o cera.

A pesar de que los tratamientos para la extirpación del vello superfluo no son en la actualidad tan complicados como antiguamente, esta faz de la belleza femenina no ha alcanzado aún el grado a que miles de mujeres ansían que llegue. La extirpación temporal del vello es fácil, simple, pero lo que se busca no es esto precisamente, sino su desaparición total y permanente. Cada dos o tres meses alguien pretende imponer un nuevo método. Las damas esperanzadas se entregan a él y lo practican. Algunos de ellos dan o aparentan



El depilador a base de polvo ha de ser mezclado con agua hasta formar una pasta que pueda ser extendida

dar el resultado apetecido, pero, ¿a qué costo? ¿Es digno el resultado del esfuerzo que se realiza? Quizá lo sea, quizá no. Para una experta en belleza como yo, analizar este punto es muy peligroso. Largos años he pasado dedicada por entero al estudio del problema de la belleza femenina, y confieso que cuanto más lo he profundizado, más desorientada me encontré. El pelo es parte integrante, natural, de nuestro cuerpo.

Sólo la naturaleza, y eso en muy contadas ocasiones, puede librarnos de él, pero mientras ella no acude en nuestra ayuda debemos limitarnos a encarar las cosas tal cual son, tratando de extirpar con procedimientos artificiales causas naturales. Y esto sólo está reservado para aquellas personas que durante muchos años han actuado en el campo científico, y dedicado gran parte de su experiencia a la solución de este problema. En lo re-

ferente a la belleza física se carece, sin embargo, de una abundante ayuda científica, lo que torna más dificultoso su perfeccionamiento, máxime si se tiene en cuenta que ello es tan sólo debido a la construcción básica del cuerpo humano.

Buena prueba de ello la dieron miles y miles de mujeres que en Estados Unidos invadieron sanatorios, hospitales y cuanto lugar por el estilo encontraron

a mano a causa de pretender someterse a dietas rigurosísimas que minaban sus organismos. Estoy segura que no se halla lejano el día en que algún especialista en esta materia se dé cuenta de que la belleza física es tan im-

portante para la salud y la felicidad de una mujer, como las buenas comidas, el aire fresco y la vida sana. Y cuando esta época llegue, las eminencias científicas ahondarán los misterios de la extirpación permanente del vello superfluo, y muchos cientos de mujeres se ahorrarán muchos cientos de dolores de cabeza. Hasta entonces nada podremos hacer, como no sea acostumbrarnos a la idea de que la extirpación permanente del vello es peligrosa, tanto para la salud como para la belleza, y que, en cambio, la extirpación temporal es la mejor y más segura. Viene ahora a mi memoria el recuerdo de una conversación sostenida en cierta conferencia da-

da por mí a propósito de este tema. Al final de mi disertación, un doctor me preguntó por qué no escribía yo una serie de artículos referentes al abuso que se hacía de los rayos X sobre este particular. Reconozco que para hacer tal cosa no es suficiente poseer conocimientos, por vastos que éstos sean, sobre belleza femenina, sino que también la pericia que sólo la práctica logra y sostenida sobre trabajos médicos y científicos puede proporcionar. Fué entonces cuando a mi vez contesté al galeno diciéndole que él, que poseía esos años de experiencia, era el indicado para hacerlo. Me respondió disculpándose y lamentando no poder llevarlo a cabo por razones de ética profesional.

Menciono estos detalles con la esperanza, de que ellos harán que la persona que los lee incline sus esfuerzos a la aplicación de métodos que den un resultado temporal y no per-

(Continúa en la página 50)

Mundo Argentino

ha contratado a la profesora de belleza señorita

JOSEFINA HUDLESTON

autora de un famoso libro titulado

MIS SECRETOS DE BELLEZA

para que semanalmente dicte una serie de lecciones en las páginas de esta revista. No dudamos de que nuestras lectoras apreciarán en su exacta medida este esfuerzo de

mediante el cual nos será muy grato poner en su conocimiento innumerables y desconocidos pormenores de la toilette

DE LA MUJER MODERNA

Cómo puede Vd. desarrollar su eficacia personal

LAS LLAVES DEL EXITO

Las páginas que va a leer usted, lector de MUNDO ARGENTINO, a partir de este momento, son páginas de estímulo y de aliento. Sin embargo, ellas no significarán nada si usted no está bien dispuesto a recibirlas y si, desde siempre, no viven en usted las condiciones primarias de todo hombre de bien.

El éxito es algo que está en nosotros mismos. La cuestión es averiguar cómo. Y tratar de poner en juego toda nuestra voluntad a objeto de alcanzarlo.

En cuatro puntos puede resumirse nuestro programa:

Primero: Guiarlo a usted, lector, por los caminos rectos.

Segundo: Poner delante de sus ojos las dificultades que hallará en esos caminos y mostrarle, de paso, cómo otros hombres salvaron análogos tropiezos. Enseñarle a luchar y triunfar, en una palabra.

Tercero: Inculcar en su cerebro la idea exacta y limpia de lo que es el éxito, el verdadero éxito, producto de la dignidad y de la noble ambición, a objeto de que usted, lector, pueda diferenciarlo del éxito fácil.

Cuarto: Hacer de la vida algo igualmente grato tanto al fin como al principio de la jornada.

LA psicología moderna ha refutado la vieja idea de que un hombre nace con ciertos atributos mentales y que con ellos debe conformarse hasta el día de su muerte.

Todos sabemos que si los músculos de nuestros brazos son débiles, podemos fortalecerlos con el ejercicio, que si somos lentos escribiendo a máquina, podemos con práctica hacernos rápidos, y que si nuestra memoria es frágil, podemos desarrollarla. En igual forma es posible desarrollar cualquier facultad personal si nos dedicamos a ello con ahínco, pero la mayor parte de la gente ignora en absoluto los pasos que deben seguirse.

El proceso es perfectamente sencillo: su misma sencillez hace que escape a nuestra atención. Se trata, en pocas palabras, de prestar la debida atención a la susodicha facultad personal en la misma forma en que la ejercitamos en nuestras ocupaciones, por varios minutos cada día o semana, durante cierto tiempo determinado. Únicamente que atacuemos al punto débil (y para hacerlo con buenos resultados debemos ser instruidos) únicamente que persistamos pacientemente durante varias semanas o meses no triunfaremos, pero si triunfamos será plenamente.

Nuestra eficacia aumenta, no solamente desarrollando nuestra habilidad personal, sino también por otras varias compensaciones. Por ejemplo: yo carezco en absoluto de personalidad, carezco de ella tan absolutamente que ningún esfuerzo mío podrá desarrollarla hasta el punto en que pueda igualar a mis sutiles facultades de organizador y pensador analítico. ¿Qué haré? Pues bien: buscar un socio que tenga personalidad, pero que carezca de las facultades de organizador y analizador: juntos presentaremos una fuerza difícil de vencer.

EL PRIMER PASO HACIA LA EFICACIA ES EL VISTO BUENO PERSONAL

Más adelante hallará el lector una lista de varias llaves del éxito, y en los espacios opuestos debe usted dar el visto bueno a cada facultad poniendo una cruz en la correspondiente columna.

Señale en la primera columna las facultades en que usted se reconoce fuerte y que aplica diariamente en sus ocupaciones.

Señale en la segunda columna las facultades que usted crea pueda desarrollar, pero que no tiene oportunidad de aplicar en sus ocupaciones presentes.

Señale en la tercera columna aquellas facultades de las que se sienta inseguro.

Después de la línea doble, señale las facultades en que se reconozca muy débil. En la primera columna señale las facultades que necesita en sus ocupaciones presentes o futuras y que son deficientes en usted.

Señale en la segunda columna después de la doble línea, las facultades en que es débil, pero que no son de mayor importancia en sus ocupaciones presentes o futuras.

Señale en la tercera columna las facultades en las que crea es débil, pero sin tener mayor seguridad.

Recién después que usted haya revisado el resultado de sus vistos buenos, use las columnas que siguen a la triple línea. En la primera columna señale las facultades que usted tiene seguridad de poseer, o en las que usted ha conseguido un progreso satisfactorio. En la segunda columna señalará las facultades en las cuales aún trata de progresar, y en la tercera columna las facultades en las cuales ha encontrado usted compensaciones. Todas las facultades personales deben de responder a una de las tres columnas.

	Fuerte	Pueda desarrollar	Inseguro	Débil	Débil, pero sin importancia	Posee	Progresar	Compensaciones
Pensar.....								
Educación propia.....								
Ideales.....								
Trabajo.....								
Ahorro.....								
Oportunidad.....								
Abnegación.....								
Tenacidad.....								
Optimismo.....								
Trabajo en conjunto.....								
Cortesía.....								
Iniciativa.....								
Honestidad.....								
Salud.....								
Vocabulario.....								
Entusiasmo.....								
Benevolencia.....								
Carácter.....								
Respeto a sí mismo.....								
Criterio.....								
Amistad.....								
Coraje.....								
Confianza en sí mismo.....								
Servicial.....								
Lealtad.....								
Memoria.....								
Recreación.....								
Personalidad.....								
Bases, principios.....								
Fundamentos.....								

ESTE JABON SE OBSEQUIA

PALMOLIVE

VALOR 35 CTVS

Gratis

con cada compra de un tubo de DENTIFRICO COLGATE TAMAÑO GRANDE

CREMA DENTIFRICA COLGATE

La Crema Dentífrica Colgate limpia los dientes mejor que cualquier otro dentífrico, según lo comprueban los análisis químicos de eminentes hombres de ciencia.

Colgate limpia completamente... da brillo y hermosura a los dientes. Su agradable y penetrante espuma desaloja las partículas alimenticias de los intersticios de los dientes. Colgate ha sido aprobado por la Asociación Odontológica Americana, la mejor garantía de su buena calidad.

JABON PALMOLIVE

Los aceites puros de palma y oliva del Jabón Palmolive dan al cutis esa higiene profunda y completa que libra a los poros de todas las impurezas y ejerce en el cutis un efecto tonificante y rejuvenecedor.

Más de 20.000 especialistas en la cultura de la belleza lo recomiendan porque se hace con los benéficos aceites de palma y oliva. Su color verde natural lo imparten sus aceites vegetales; su perfume natural hace innecesarios fuertes perfumes artificiales. El Palmolive es indispensable para conservar el cutis suave, fresco y juvenil.

SENSACIONAL OFERTA por poco tiempo

Acuda hoy a cualquier farmacia o perfumería y obtenga absolutamente gratis un Jabón Palmolive de 35 centavos, con cada compra de un tubo grande de Crema Dentífrica Colgate a su precio corriente de \$ 1.20 m/n.

Tanto el Dentífrico como el Jabón son artículos siempre necesarios en su hogar. Aproveche esta oportunidad de proveer a cada uno de sus familiares con estos dos productos de mayor venta y fama mundial, pues con cada tubo grande de Crema Dentífrica Colgate que compre, recibirá la pastilla del Jabón Palmolive, gratis.

La duración de una oferta de esta magnitud es limitadísima, como es lógico.

Es por tanto necesario que visite inmediatamente a su proveedor y aproveche esta sensacional oferta. Considere que esta oportunidad de obtener dos artículos al precio de uno solo, podrá no volverse a repetir.

Ahorre dinero. Compre hoy mismo varios tubos de Crema Dentífrica Colgate de \$ 1.20 m/n., y obtenga con cada uno, un Jabón Palmolive, enteramente gratis. — Colgate Palmolive Peet Lda. S. A., Bs. Aires.

CREMA DENTIFRICA COLGATE

Tamaño Grande

SINTONICE

Audición Palmolive

Todos los días a las 21 hs. (menos domingos)

L. R. 4. - Radio Splendid

3 Grandes Orquestas

FIPICA, JAZZ y CLASICA

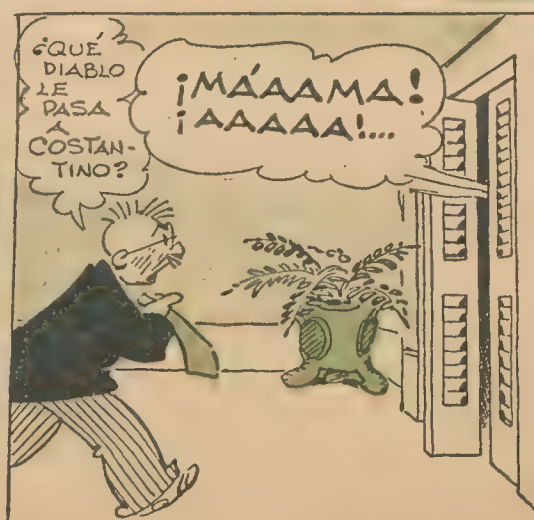
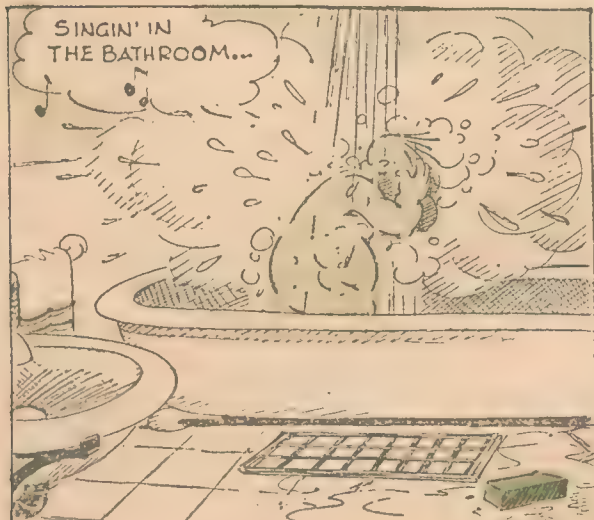
Programas interesantísimos

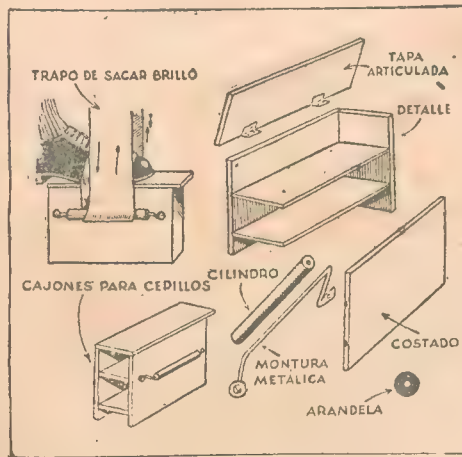
TODO POR SOLO \$ 1.20



Don Fermin

POR DANTE
QUINTERNO





CONSTRUYASE USTED MISMO UNA CAJA PARA LUSTRAR CALZADO

Con algunas maderas sólidamente unidas, se hace una caja como aquella de que da idea el grabado. Debe tener dos compartimientos interiores para colocar los cepillos, las cremas y los trapos.

Las dimensiones de la caja deben ser tales, que se pueda poner en ella cómodamente el pie.

A los costados de la caja se fijan dos de esas agarraderas que se usan para llevar paquetes. Se les fija simplemente con tornillos.

Para que los zapatos brillen, se pone el pie calzado encima de la caja, se pasa un trapo de lana por las manijas antedichas y se les imprime un movimiento de vaivén, lo que dará al calzado, previamente embetunado, un brillo muy excelente.

GALANTERIA.

(Continuación de la página 5)

"— Si no le resulta molesto...

"— ¡Nada!, que entró en el departamento detrás de su linda dueña, que lo condujo a la ventana.

"Federico intentó abrirla, pero fueron inútiles todos sus esfuerzos. Las sienes le ardían y el sudor le corría por todo el cuerpo.

"— ¿Qué tal marcha eso? — le preguntó la rubia, luego de un rato.

"— No sé; pero lo que sí puedo decirle es que siento un ruido terrible dentro de la cabeza, como si me fuese a estallar.

"— Lo que le hace falta es un poco de descanso.

"— Tiene usted razón.

"— ¿Por qué no se quita el saco?

"— ¿Me lo permite usted?

"— ¡Oh, cómo no! Y el cuello y la corbata también.

"— ¡Es usted muy amable! — Y después de despojarse de dichas prendas, comentó: — Ahora me siento mucho mejor...

"Y tornó a su tarea de abrir la ventana, pero sus afanes, a pesar de sus grandes esfuerzos, resultaron otra vez estériles. Viéndole sudar a chorros, la linda joven se sintió compadecida.

"— ¿Quiere tomar un sorbo? — le dijo.

"Esto pareció acertado a Federico, y aceptó complacido. Sentóse, y al poco rato recibió de manos de la encantadora rubia una copita de rico licor.

"— Lo traje de mi casa — díjole.

"— Pero, ¿no es esta su casa? — exclamó él, sorprendido.

"— Lo es ahora. Antes vivía en Utica. Silvers es quien hizo el licor, quizá lo único bueno que ha hecho en su vida.

"— ¡Silvers!... ¡Silvers!... Me parece conocer este nombre.

"— ¡Ojalá yo no lo conociera! — se lamentó ella.

"Los vapores de la bebida empezaban ya a nublar la inteligencia de Federico.

"— Le ruego que me explique. ¿Quién es este Silvers?

"— Es mi marido; un hombre más celoso que el mismo Otelo. Lo dejé plantado, porque es un hombre sin ideales, y esto me hacía sufrir lo indecible. Ya no podía aguantarlo.

"— ¿Su marido dudaba de usted, señora?

"— Sí, señor. Y me martirizaba horriblemente. Me hacía la más infeliz de las mujeres.

"— ¡Pobrecita! — y con un sentimiento involuntario, puramente fraternal, empezó a acariciarle una mano.

"De pronto ocurrió lo inaudito. Se abrió la puerta y aparecieron en ella varios hombres con galera.

"El galera I, jefe de los detectives, pareció titubear frente a Federico, pero lo reconoció en seguida:

"— ¡Cómo! — exclamó. — ¡Si este es el mismo tipo de esta mañana! ¿Será que tendremos que encontrarlo hasta en la sopa?

"A pesar de ser llegado el momento de pedir explicaciones y darlas, para tranquilizar su conciencia, no se sintió capaz Federico de levantarse de su asiento, al que le pareció clavado. Sin embargo, hizo ademán de querer justificarse.

"— ¿Qué? — le atajó el galera I. — ¿Va usted a decirnos que nos hemos equivocado otra vez de departamento?

"— Le diré a usted: sí y no.

"— ¿Cómo sí y no?

"— Este es, en efecto, el departamento A. Pero les juro a ustedes que esta señora es completamente desconocida para mí.

"— ¡Conque completamente desconocida, eh! ¿Y cómo se explica entonces que la tuviera usted sentada sobre sus rodillas?

"Con gran sorpresa suya, recién entonces se dió cuenta Federico por qué no le fué posible levantarse cuando lo intentó.

"En este punto, la señora Silvers declaró a los detectives:

"— Juro a ustedes que jamás había visto yo a este caballero.

"— Y entonces, ¿qué hacía aquí?

"— Intentar abrir la ventana.

"— ¡Conque eso, eh! Bueno, bueno. Esto está ya concluido. La infidelidad está probada. Debía usted sentirse avergonzada de su abominable conducta.

"Al oír estas palabras dirigidas a la linda rubia, Federico volvió a sentirse el quijote de siempre y tomó su defensa.

"— Son ustedes unos mal educados — dijo, — y se aprovechan de una po-

bre mujer indefensa. Su grosería llega hasta no descubrirse en su presencia, y esto no puedo admitirlo. Descúbranse ustedes inmediatamente. ¡Pronto! ¡Yo lo mando! — Y, sin esperar más, ciego, loco, la emprendió a puñetazos con ellos.

"Según me ha dicho Federico, aquello se convirtió en un campo de batalla, y, naturalmente, él fué quien se llevó la peor parte. En la refriega perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, se halló en la cárcel convertido en un guinapo.

"A la otra mañana, previo el pago de la multa correspondiente, reconquistó la libertad. Una vez en la calle compró un diario — el diario favorito del señor Bodsham — y, con el mayor asombro, leyó en la primera página el relato de su aventura. Y en ella aparecía con su propio nombre, por no haber tenido la precaución de dar otro supuesto.

"Después de esto, no tuvo más remedio que embarcarse de regreso, maldecido una y mil veces su temperamento de hombre galante que tanto daño le ha hecho siempre, y jurándose no volver a serlo en lo sucesivo. Y tanto es así que, a bordo del vapor, a una señorita que estaba a su lado se le cayó el pañuelo, y él — ¡he aquí lo asombroso! — no se dignó inclinarse a recogerlo.

¿Qué malestar!...

En muchísimas ocasiones, su origen es la higiene íntima imperfecta.

Toda casada o soltera debe alejar esos dolores de cabeza, nerviosidad, decaimiento, etc. Para ello, bastan 2 a 4 cucharaditas de Lysoform, por litro de agua hervida tibia, en las irrigaciones diarias.

Lysoform no irrita, no mancha ni huele. Se vende en las farmacias de la Argentina, Uruguay y Paraguay.



AUDICIONES LYSOFORM

Por Radio Nacional. L. R. 3:

Día 19, a las 19.30 horas: Orquesta clásica dirigida por el Prof. Cogorno.

Día 23, a las 21.30 horas: Guitarra clásica por el Prof. Alberto Diana Lavalle.

Día 27, a las 19.30 horas: Orquesta típica sinfónica dirigida por el Prof. Francisco Lomuto.

Lysoform

EL ANTISEPTICO MODERNO

Evita 9 enfermedades de cada 10

USE EN SU TOCADOR EL JABON AL LYSOFORM.



LOS CUCHILLOS

Por VALENTIN KATAI

razón; te lo diré todo, nada ocultaré, y sólo diez kopeks le regalarás por todo este placer a la vieja adivina. Si me dejas que te adivine, quedarás contento, y si no me dejas,

cara seria y como iracunda para sacarle una fotografía. Cuando al cabo de diez minutos le entregaron una postal, húmeda todavía, tuvo verdadero gusto en contemplarse: la gorra a cuadros, la nariz tan familiar, la camisa "apache" con cuello vuelto, el saco; en fin, todo su conjunto le gustó mucho, y hasta le

pareció poco verosímil que fuese él tan apuesto e interesante.

— No está mal, — se dijo Paschka,

En "LOS CUCHILLOS" se nos muestra la reacción de un hombre enamorado que choca con la oposición de los padres de la mujer a quien ama con toda la fuerza de la juventud. El protagonista, con tal de ver realizados sus sueños de amor, pone en juego su voluntad inquebrantable hasta hacer factible algo que en otras circunstancias parecería inverosímil.

te arrepentirás después.

Paschka meditó un rato, y contestó:

— Las adivinaciones, vieja, no son más que prejuicios y ab-

surdos, pero aquí tienes diez kopeks. Dime lo que quieras, aunque ya sé que vas a decir puras tonterías.

La adivina guardó la moneda en el bolsillo de su falda multicolor y al sonreír mostró sus ennegrecidos dientes.

— Tendrás, joven, un encuentro agradable, y por ese encuentro una pena enorme en el corazón; te obstruye el camino un hombre de edad. No tengas miedo de nada, no siendo del cuchillo. El cuchillo te traerá disgustos. No temas a tus amigos, cuídate de tus enemigos, y un loro verde te traerá la suerte. Ahora sigue tu paseo y diviértete.

Y la adivina se fué arrastrando sus chancletas.

— ¡Qué bien me está envolviendo la vieja! — dijo Paschka riéndose y continuando su camino.

Probó luego, uno por uno, todos los placeres que le ofreció la vida moderna. Empezó por pesarse, y supo que pesaba 78 kilos. Más tarde fué a probar su fuerza, y se contrajo en un esfuerzo merced al cual la flecha llegó hasta la inscripción: "Hombre fuerte". Después examinó sus nervios por medio de la electricidad, agarrando con las dos manos unos tubos de cobre. Súbito temblor estremeció su cuerpo, las manos se le pegaron a los tubos, pero sus nervios resistieron. Luego se sentó, tratando de adoptar una postura adecuada, cruzando las piernas y poniendo una

enrollando la fotografía hasta convertirla en un tubo y dirigiéndose al lugar donde estaban las lanchas.

Para completar la serie de los placeres, le faltaba únicamente buscarse la compañía de algunas muchachas y dar con ellas un paseo en lancha. Pero, sin saber cómo, pasó al lado de las lanchas y se encontró frente a un pabellón desconocido. En las anchas puertas se aglomeraba la muchedumbre. Se oía un ruido metálico y la risa de la gente.

— ¿Qué hay aquí? — preguntó Paschka al soldado parado en la entrada.

— Están tirando los aros. Se muere uno de risa mirándolos. El que pueda ensartar el aro ganará un samovar.

Paschka echó una mirada de curiosidad por encima de las cabezas al interior del pabellón iluminado de lamparitas. Un paño rojo cubría una de las paredes. A un lado, sobre unos estantes, divididos en tres hileras, se encontraban colocados los cuchillos, las puntas hacia arriba. Entre ellos, se exhibían atractivos premios. Sobre el estante de abajo, cajas de bombones y bizcochos; en el estante del medio, un despertador, cacerolas, gorros. En el de arriba, ya al lado del cielorraso, en la obscuridad, los premios más tentadores: dos balalaikas, un samovar de Tula, un par de botas, una casaca, un acordeón italiano, un reloj de pared de cuco y un gramófono. El que lograra ensartar el aro en el cuchillo, obtendría en premio de su destreza el objeto colocado al lado de aquél. Y ensartarlo era bastante difícil, casi imposible. Los cuchillos oscilaban constantemente, los aros rebotaban. Con la ayuda de sus codos, logró Paschka entrar en el pabellón. Detrás del mostrador, un viejo provisto de gafas vendía los aros a razón de veinticinco kopeks el lote de cuarenta. Un muchacho pelirrojo y sonriente, con el cabello en desorden, acababa de tirar los últimos cinco aros. Tenía el saco desabrochado, los aros saltaban de sus rústicos dedos, y, golpeándose con los cuchillos y haciendo ruido, caían en la bolsa colgada debajo. Los curiosos que seguían el juego se reían; el muchacho se ponía rojo.

— ¡Malditos sean estos cuchillos y estos

Ella le enseñó el retrato que a él se le había caído sin darse cuenta, y que la muchacha guardó cariñosamente.

EL paseo dominical por el bulevar es un medio excelente para definir el carácter de una persona.

Paschka empezó su paseo dominical por la Avenida de los Lagos a las seis de la tarde. Comenzó por entrar en el recreo de la Mosselprom y pidió una botella de cerveza. Esto definió de un golpe la exactitud de sus miras sobre la vida y su sobriedad. Luego, compró dos vasos de semilla de mirasol tostado, y, comiéndola, siguió su camino, sin apresurarse, por el sendero principal. En el camino se encontró con una adivina.

— Hermoso joven, dame la mano. Te adivinaré la suerte, te diré toda la verdad, te diré por quién sufres, te diré qué tienes en el co-

aros! — exclamó el muchacho. — Un rublo y medio he perdido tontamente; si por lo menos hubiera sacado una caja de bizcochos de Babaiev...

Avergonzado, trataba de abrirse camino entre la muchedumbre.

— Aquí el domingo pasado un hombre ganó un par de botas — dijo un muchacho de pantalón remendado. — Compró aros por diez rublos.

— A ver, permítame — dijo Paschka acercándose al mostrador. — Es interesante, vamos a probar...

El viejo le dió los aros.

— Entonces — preguntó Paschka, — si consigo ensartar el aro en uno de los cuchillos del primer estante, ¿podré ganar los bombones de la Babaiev?

— Sí, podrá — dijo el viejo con indiferencia.

— ¿Y más arriba el despertador?

El viejo asintió con la cabeza.

— Muy interesante, muy interesante... Y para ganar el samovar, ¿hay que apuntar cerca del cielorraso?

— Comienza por ganar los bizcochos. ¡Después irás más arriba! — le gritaba la muchedumbre. — ¡Empieza ya de una vez!

Paschka dejó sobre el mostrador el retrato, se acercó a fuerza de puños, se inclinó un poco y apuntó; pero su mano tembló, el aro cayó y rodó por el suelo. Paschka se puso pálido. Al lado de los estantes estaba sentada, con las manos cruzadas sobre las rodillas, una muchacha tan linda, que Paschka se sintió desfallecer. La muchacha se levantó, tomó el aro, se lo dió a Paschka sin mirarlo y le sonrió apenas con la punta de su boquita roja. Y aquí es cuando quedó perdido Paschka.

— Y, muchacho, ¿qué tienes? ¡Sigue, saca el samovar, tira los aros! — le gritaban los curiosos.

Paschka volvió en sí y empezó a tirar los aros, uno tras otro, sin ver alrededor más que los ojos bajos y la boquita como una guinda. Cuando acabó de tirar los cuarenta aros, ella los juntó y dejó sobre el mostrador, pero esta vez no sonrió; sólo levantó sus ojos grises y se arregló un mechón de cabellos rubios junto a la oreja.

Paschka sacó otros veinticinco copeks. Los aros silbaban y caían. Los curiosos se mofaban y lo empujaban. El viejo, imperturbable, se rascaba la nariz. Después de haber gastado un rublo sin acertar ni un cuchillo, Paschka salió, se fué caminando por el bulevar bajo los tilos, a lo largo de los lagos teñidos de carmín por el ocaso. Una niebla apenas visible se levantó por sobre ellos; empezó a soplar un airecillo fresco. Más de una chica, con su peineta de colores en la melena, al pasar al lado de Paschka, se daba vuelta riendo, como si quisiera decir: "¡Qué lindo muchacho!" Paschka siguió su camino sin prestar atención a nada, pensativo, canturreando:

"La adivina adivinaba, adivinaba..."

Por la mano me tomaba, me tomaba..."

Durante la noche se enamoró de lleno, enteramente. Todo aquel mes fué Paschka al pabellón a tirar los aros, y gastó de esta manera la mitad de su sueldo. No hizo uso de la licencia; se tornó completamente huraño. La muchacha, como de costumbre, con los ojos bajos, le alcanzaba los aros. A veces se sonreía, y a veces, al ver a Paschka entre la muchedumbre, se enrojecía. Hasta sus hombros parecían rojos a través del encaje de su vestido. A pesar de todos los esfuerzos, Paschka no pudo hablar con la chica, ya fuese que la muchedumbre le estorbara o que el viejo lo mirara severamente a través de sus gafas, rascándose la nariz como si lo amenazara, como si le dijera: "No te acerques, no es para ti la muchacha; vete, sigue tu camino".

Un día tuvo Paschka ocasión de cambiar un par de palabras con la chica. Había poco público y el viejo no estaba.

— ¿Cómo se llama usted?

— Liudmila — murmuró rápidamente la chica. — Yo lo conozco a usted bien. Se olvidó aquí sobre el mostrador su fotografía. Yo

Como una fiera miró a la hija. Así se fué Paschka sin poder decir ninguna otra cosa a Liudmila.

El domingo siguiente encontró Paschka cerrado el pabellón. El letrero decía: "Pruebas con aros norteamericanos: 40 aros, 25 kopeks". Al lado, un loro verde pintado, con la cola color rosa, teniendo en el pico un aro. El viento hacía caer las amarillentas hojas de los árboles. Las flores del parque se habían marchitado, no se veía un alma... Era el otoño... Entonces recordó Paschka las palabras de la adivina: "Te obstruye el camino un hombre de edad; el cuchillo te causará un gran disgusto, y un loro verde te traerá la suerte". Sintió enorme angustia, y al mismo tiempo rabia contra la tonta adivina. Amenazó con el puño al loro y se fué caminando, empujado por el viento otoñal, por el solitario bulevar, sin rumbo alguno.

Atravesó la calle y se encontró en el pasaje Prosvirin.

El día era gris, un verdadero día otoñal. Frente a una iglesia vetusta y pintada de verde, con manchas blancas, efectivamente, estaba la casa N° 2. Paschka entró, se dirigió a la izquierda y se detuvo indeciso. En aquel momento llamó su atención la música de un organito, en cuya tapa vió Paschka un loro verde con la cola rosa; el loro lo miró a Paschka con sus ojos redondos y atrevidos. Luego se abrió una ventana en el segundo piso y apareció una manecita delicada que dejó caer una moneda envuelta en un papel. A través del doble marco de la ventana, entre la cortina de tul y las plantas, Paschka reconoció a Liudmila. La muchacha lo miraba contenta, acercando al vidrio su enrojecida mejilla, le hacía señas con los dedos, levantaba las manos, meneaba la cabeza y no se podía comprender lo que quería. Paschka también empezó a hacerle señas, como si le dijera que se acercara, que no hiciera caso a los padres, que él quería verla, que no podía vivir sin ella; pero en seguida de Liudmila apareció delante una mujer gorda y bigotuda, con un chal turco, quien cerró la ventana y amenazó a Paschka con un dedo.

Paschka se fué a su casa y pasó quince días infernales; noches enteras anduvo por el pasaje Prosvirin asustando como un ladrón a los transeúntes; se agotó por completo. A la tercera semana, el domingo, limpió su pantalón y su saco con té, se puso una corbata rosada, lustró los zapatos y se fué directamente a los cuernos del diablo, a pedir la mano y el corazón... Abrió la puerta Liudmila en persona; al verlo, pegó un grito y se llevó la mano al corazón. Paschka se encaminó directamente a la pieza donde los padres, después de la misa, tomaban el té.

— ¡Buen provecho! Discúlpeme, padre, y usted, madre, discúlpeme; pero sin Liudmilochka no puedo vivir. En cuanto la vi, me sentí perdido. Hagan lo que quieran, aquí estoy ante ustedes; soy cerrajero calificado en la sexta división, a más del trabajo de índole social; no tomo vino, soy miembro del partido desde el año 23, no tengo que sostener a nadie, de manera que también por este lado todo está en regla.

— Yo para usted no soy ningún padre — gritó el viejito con voz inverosímil. — Ni mi

(Continúa en la página 39)



VALENTIN KATAEV

es uno de los más brillantes cuentistas rusos de la nueva generación.

Hay en sus narraciones el vigor y la poesía de los grandes creadores de la literatura.

Su libro

Los embaucadores

llamó poderosamente la atención de la crítica. Durante la revolución de su país estuvo preso en Ucrania ocho meses. En 1922 fijó su residencia en Moscú, colaborando en los diarios y revistas, al mismo tiempo que escribía para el teatro y el cine.

Es un recio temperamento del cual hay que esperar grandes obras.

Mundo Argentino

no omite esfuerzos para dar a sus lectores el material más seleccionado, por eso ha hecho traducir especialmente al castellano, y por primera vez, este hermoso cuento del vigoroso escritor ruso

VALENTIN KATAEV

la guardé y casi me enamoré de ella. ¡Tan buen mozo está!

La muchacha puso la mano en el escote, le mostró la punta de la arrugada fotografía, y después de mirar a Paschka, se puso roja como una amapola.

— ¿Y usted, cómo se llama?

— Paschka. ¿No quiere ir al cine conmigo? Hoy dan una película muy buena: "La mujer de los millones", primera serie...

— No, no puedo. Papá no me dejará.

— Vaya sin su permiso.

— ¡Dios me guarde! Si fuese, no me dejarían entrar en casa. Y mamá es peor todavía. Muy severos son mis padres; ¡un horror! Vivimos en el pasaje Prosvirin, no lejos de aquí: la casa N° 2.

— Entonces, ¿no va a ir al cine?

— ¡Qué esperanza! ¡Pronto! Póngase a tirar los aros, que ahí viene papá.

Apenas empezó Paschka a tirar los aros, vino el padre.

Los modelos elegantes para

1.—Modelo para fiestas en organdi amarillo. Los adornos en bordados se combinan con los lisos por medio de diagonales. Original cinturón también en organdi. Puede ser usado con sombrero obscuro y guantes durante la tarde



2.—Modelo en terciopelo con adornos de cintas amplias en negro y beige, que ha de usarse mucho en la primavera.



3.—Los adornos de flores retornan a los sombreros femeninos. Modelo en paja negra moldeando la cabeza. Las flores hechas en seda blanca y colocadas en la parte inferior, casi cayendo graciosamente sobre la nuca



4.—Sombrero en rojo vivo con adornos de plumas de gallo en blanco, rojo y marrón, una de las cuales sostiene el ala levantada sobre el lado izquierdo, lo cual le da un aire de distinción al rostro femenino



9.—Bonito modelo de corte sastré, en crepe estampado, en verde, amarillo y blanco. Mangas largas y cinturón de cuero negro con hebilla. La sobriedad de las líneas da una severa elegancia a este modelo que, sin duda, ha de tener mucha aceptación en la próxima estación primaveral



10



11



12



13

10.—Modelo de vestido de sport en tres piezas y tres diferentes tonos. Puede combinarse en telas de media estación, para poder utilizarlo en cualquier época, con el saco o sin él, resultando así una toilette elegante y práctica

11.—Traje sastré en lana moteado en blanco. Consiste en tres piezas y puede ser usado para excursiones o clubs deportivos. En forma de pechera, un pañuelo atado sobre el cuello encima de la blusa de satén blanco

12.—Vestido de tarde en satén rosa opalino bonitamente recortado por un movimiento drapéado sobre el costado, por algunos vivos que se vuelven a encontrar en la espalda

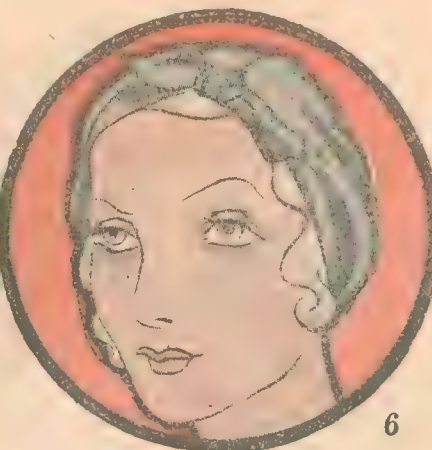
13.—Vestido totalmente en rojo con encajes. Línea escaroleada muy acentuada. Amplio pañuelo sobre la espalda atado en el cuello formando lazo. Falda larga y sobre las caderas adornos superpuestos.



Para la próxima primavera



5.—Modelo de sombrero "retirado", formado en su casi totalidad por bandas de tonos coralinos. Como se ve, deja gran parte de la frente descubierta, pues se lleva casi echado sobre la nuca



6.—Sencillo modelo en jersey, con la copa dividida en cuatro partes y la banda que rodea la cabeza finalizada en lazo. Es fácilmente ajustable a cualquier tamaño de cabeza



7.—Sombrero de amplias alas, en tono rosa pálido. Puede ser usado con un vestido de seda clara por la mañana u otro de chiffon por la tarde. Un doblez en uno de sus lazos le proporciona un tono de distinción

17

8.—Vestido de fiesta en batista blanca con saco bordado, que lo capacita para poder ser usado en diferentes ocasiones. Sombrero acordonado, en crinolina negra. Cinturón negro y guantes



14

14.—Modelo para dama joven, en tul negro. Banda sobre los hombros y mangas también de tul, en forma de pétalos. Aplicaciones de flores rosas en chiffon y bordados salpicados en tonos plateados. Falda larga y amplia, dejando ver apenas una pequeña parte del zapato. El escote en forma de punta



15

15.—La bata y el saco poseen adornos de pequeños lazos. Leves plegados en la falda. Este modelo puede ser usado con o sin mangas, según lo exija la temperatura o el gusto de la persona que lo lleve



16

16.—Modelo sencillo para primavera, con amplio pañuelo corbata en blanco y negro. El modelo es en tono blanco, con mangas largas y falda corta, lo cual hace más juvenil la silueta y da mayor desenvoltura al conjunto



17.—Sombrero de fieltro negro a doble borde, con adornos de plumas. Bata blanca floreada en tonos negro y rojo. Mangas largas y amplio escote con cuello vuelto, del mismo género. El conjunto es chic, prestando una sencilla elegancia que realza la figura



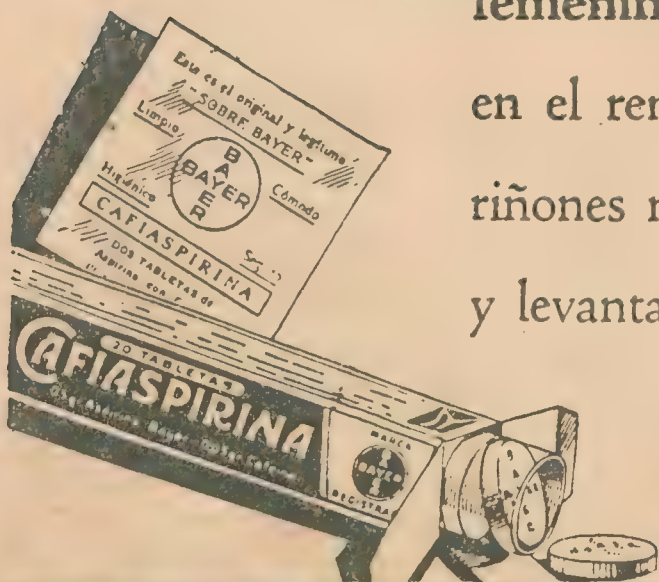
8



¡A Salvo!

A punto de hundirse en el abismo de los mares, con qué enorme ansiedad,—¡con qué gran esperanza se confía el náufrago al bote que ha de ponerle *a salvo*!

Al verse en el abismo del dolor,—de cabeza, muelas, oído; neuralgia, jaqueca; cólicos femeninos; resfríos, etc., — *confíe* siempre en el remedio que, sin afectar el corazón, los riñones ni el estómago, mata el dolor y reanima y levanta las fuerzas.



CAFIASPIRINA

el producto de confianza

CARTAS DE AMOR

HISTORIA DE DOS VIDAS

Por Josué Quesada



Las cartas de amor que forman esta novela han sido coleccionadas por este difundido escritor y ellas habrán de ser leídas con emoción ya que encierran la verídica *Historia de dos vidas* que dará a conocer

Mundo Argentino

EN FORMA DE FOLLETIN

Hace algunos años, me fueron entregadas las cartas que van a leerse. Hasta mi cuarto de trabajo llegó una mujer extraordinariamente hermosa, cuyos ojos, sin embargo, aparecían velados por una honda tristeza. En pocas palabras me explicó la razón en virtud de la cual ponía en mis manos aquellas cartas, que encerraban, según me hizo saber, una interesante historia de amor. Con religioso respeto guardé aquel manojito de papeles que aún conservaban un raro y penetrante perfume y me dispuse, de acuerdo con los consejos de la dama que me lo había entregado, a leerlos para extraer los capítulos de alguna novela de amor. No bien la desconocida visitante hubo transpuesto el umbral de mi casa, hice saltar los sellos de lacre del paquete y leí con avidez cada una de las cartas. No sé cuánto tiempo duró la sugestión de aquella lectura, pero sí puedo decir que el interés que despertó en mí desde la primera línea absorbió mis sentidos totalmente. Toda la gama del amor: ensueño, la dicha, la plenitud, el encanto, el dolor y la angustia, desfilaron durante dos horas por delante de mis ojos. Dos vidas paralelas cuyos espíritus amaron y sufrieron juntos, es la historia que surge de estas cartas que ahora me decido a publicar. No he querido hacer una novela, que me hubiera sido fácil, he preferido dejar que sea la realidad misma la que hable por mí. Por eso publico estas cartas, y para dejarles el interés que ofrecen, he dejado hasta los propios nombres de los protagonistas. Nada sé de ellos; ignoro si viven o si han muerto ya. Tampoco pudiera decir si aquella dama misteriosa y enlutada que me las dejó hace años, es la misma que en estas cartas desempeña un papel preponderante. Estas páginas deberán leerlas solamente aquellas personas que crean todavía en el amor. Los materialistas, para quienes la vida es una sucesión de cálculos, esta historia de dos vidas atormentadas no puede ofrecer interés. Para ellos no son estas páginas que trasuntan emoción y belleza, y donde en cada línea flota como un hálito de nuevas ansias y donde los corazones florecen en una eterna primavera de esperanzas, que tiene, sin embargo, sus negros nubarrones y sus presagios de tormenta que estallan con la fuerza dolorosa y trágica de los grandes desencantos.

DE HORACIO A GRACIELA

Amiga mía: Me pide usted que le escriba; está tan sola y aburrida, que mis cartas habrán de alegrar un poco la monotonía de este largo verano en la estancia. No comprendo, en verdad, cómo usted pueda encontrarme tan sola y aburrida, cuando están allí sus padres y sus hermanas. Los días que yo pasé allí me resultaron extraordinariamente divertidos. Desde luego, que no era por mí que se organizaban esas cabalgatas tan animadas ni esos paseos "au clair de la lune" bajo la sombra de las viejas alamedas. Yo era allí un huésped a quien ustedes agasajaban con esa agradable cordialidad que les viene de herencia. He pasado quince días maravillosos, y ahora, reintegrado a mis estudios, no puedo substraerme a la sugestión del recuerdo. Estos libros de medicina bailan delante de mis ojos y, a través de sus diafragmas, veo los rincones de la estancia: la calle de los sauces hasta el arroyo, el monte de los pinos y aquella glorieta tan maltrecha y sin embargo tan llena de perfumes en que solíamos sentarnos a charlar. Viera usted cómo evoco esas conversaciones... sin rumbo fijo. Porque hablábamos de todo... ¿Recuerda? Le confieso que no había supuesto en usted una conversadora tan interesante. Un muchacho de mi edad — ya sabe usted que tengo treinta años — tiene siempre algo que contar, y cuando usted me dice que yo la divierto mucho, no me sorprende; yo mismo me entretengo repitiendo mis correrías, que son, por otra parte, las de cualquier muchacho de mi tiempo. Pero sobre la mayoría de ellos, tengo la ventaja de haber conocido París en la edad peligrosa. Ya sabe usted lo que pienso de París como ciudad de diversión: es un gran "bluff".

Le estoy escribiendo casi en la misma forma en que lo hago cuando hablo con usted. Voy saltando de tema en tema, con un desorden que me está dando mucho que pensar. Se lo juro: de un tiempo a esta parte, la coordinación del pensamiento me exige un esfuerzo. Pienso que debo estudiar para que pueda tener mi chapa en la puerta el año próximo, pero mi recuerdo vuela hasta esos lugares donde está usted, y la veo en cada uno de los rincones de la estancia, alegre siempre, con esa expresión radiante que adquiere, cuando ríe, un encanto maravilloso. Así, quemada por el sol, está más linda; sus dientes parecen más

blancos, más rojos sus labios y sus ojos más claros. ¿Son en verdad claros? No he podido mirarlos fijamente. Esto lo sabe usted bien y hace alarde de su dominio sobre mí. Me especializo conmigo porque es con quien usted se ensaña. Ya sé que lo hace sin la intención de lograr un efecto, pero la verdad es esa. Hasta en esa fotografía en que está de "breeches", con una fusta en la mano, de lindas botas de charol, con ese chambergo puesto como al desgaire, sus ojos adquieren unos destellos extraordinarios. ¿Se ha fijado cómo se ven de luminosos, a pesar de estar sombreados por el ala del sombrero? ¿Por qué no me manda la película para hacer una ampliación? Me gustaría tener una sobre mi mesa. Parece una artista del cine en el aplomo con que se ha retratado, aunque con muchas ventajas sobre aquellas, ya que no hay "arreglo" ni "maquillaje". No menciono los labios, que usted, como todas, se pinta y hace bien: no concibo una mujer coqueta con su boca inexpresiva y pálida. Para mí, y creo que para todos, los labios pintados tienen una extraña fuerza de atracción. ¿Será porque de este modo resultan también más sabrosos y perfumados?

Termino esta carta por temor a que mi divagación me haga decir disparates; voy a volver a mis libros, lo que equivale a decir que mi pensamiento volará a la estancia, y que de nuevo he de renovar en mi memoria los días inolvidables que allí he pasado.

Y para que su aburrimiento no sea total, dedíqueme usted diez minutos y escríbame. No tema incurrir en una infracción a las costumbres de su casa. Usted y yo somos lo suficiente amigos como para inspirarnos confianza; además, usted es una criatura de excepción. He oído decir que es peligroso escribir cartas, porque ellas resultan luego en la vida un estorbo. Yo no sé si esto es cierto, pero le confieso que este peligro de escribir cartas tiene un encanto superior a la voluntad de no afrontarlo; es algo así como renovar nuestras charlas en aquella glorieta perfumada y fresca, donde floreció esta amistad y donde de nuestros espíritus han debido encontrarse.

Hasta pronto; le digo así, porque si usted no me escribe, lo haré yo.

(Continúa en la página 36)

Horacio.

¿QUIEN ASESINO AL MILLONARIO...

(Continuación de la página 13)

anterior, ¿no es así?

— Sí.

— ¿Estaba usted solo en el living-room, señor Slade, cuando oyó los gritos de la señora Grood?

— Sí.

— ¿Luego esperó usted hasta que la señora de Wells bajara las escaleras?

— ¡Este..., sí!

— Gracias; no tengo más que preguntarle.

Al volver a su sitio al lado de su defendido, el abogado le dijo algo en voz baja que los hizo sonreír a ambos. Robin Dale observó que David se volvía hacia la dama misteriosa, que ocupaba su lugar de todos los días, cerca de la puerta lateral, y le sonreía. Ella trató de retribuir la sonrisa, pero fracasó lamentablemente.

Al declarar la mucama, Etta Billing, manifestó que mientras se paseaba en el jardín, frente al escritorio, percibió las voces irritadas de los dos hombres que discutían, padre e hijo. Recordaba perfectamente que David había dicho:

— “Aunque sea usted mi padre, debo manifestar que un hombre como usted no tiene derecho a la vida.”

— ¿Trabaja usted aún en la casa de Wells? — fué la primera pregunta de Waring.

— No.

— ¿Por qué se retiró usted?

— La señora de Wells me despidió al día siguiente del crimen.

— ¿Cómo entró usted a servir allí?

— Por intermedio de la señora Grood.

— ¿Entonces la señora Grood se toma interés por usted?

— Sí, un poco — aseveró Etta algo confundida.

— ¿Por qué?

— Yo... Yo no sé por qué...

— ¿La vincula algún parentesco con esa señora?

El fiscal Simpson, al oír la pregunta, protestó, calificándola de capciosa y ajena al asunto. Antes de resolver el punto, el jurado solicitó una aclaración de parte de Waring, que éste se apresuró a dar en los siguientes términos:

“En razón se podrá poner en duda la culpabilidad de mi defendido si se demuestra que existen otras personas que pudieron tener motivos y oportunidad para cometer el crimen, especialmente si se considera que todavía no se ha producido ninguna prueba fehaciente sobre el momento exacto en que el acusado se retiró del escritorio de la víctima.”

Desechada la impugnación fiscal, Waring repitió su pregunta:

— ¿Está usted emparentada con la señora Grood?

— Es mi madre...

La conmoción que causó la declaración fué enorme. Waring prosiguió, implacable:

— Su madre dijo que había temido. ¿Fué por usted?

— ¡No! ¡No! — gritó la testigo asustada ya.

— ¿Usted no tenía motivos para odiar al señor Wells?

— ¿Por qué?

— Soy yo el que pregunto y repito: ¿Tenía usted motivos de animadversión contra el señor Wells?

— No.

— ¿Algún motivo para matarlo?

— ¡No! ¡No! No me pregunte más eso.

Entre el auditorio, la dama misteriosa también se había incorporado y parecía aguardar, anhelosamente la próxima pregunta, pero Waring decidió dar por terminado el interrogatorio.

Semidesvanecida, tambaleante, Etta Billing se retiró. La dama misteriosa atravesó el salón, se acercó a ella y le rodeó el tallo con su brazo, consolándola.

la en voz baja. Condujo a la niña hasta el recinto de los testigos, la hizo sentar al lado de la madre y le alcanzó un vaso de agua. El repórter, Robin Dale, observaba todo. Vió a la dama enjugarse una furtiva lágrima y volver sus ojos empañados hacia David Wells.

Le tocó, al siguiente día, el turno a Julieta Wells. Probado su vínculo matrimonial con la víctima, Simpson se acercó a la mesa sobre la cual se hallaban depositados los diamantes y tomándolos, se dirigió a la señora, averiguando:

— ¿Usted conoce perfectamente la colección de diamantes de Wells?

— Sí; la conozco.

— ¿Reconoce usted éstos?

— Los reconozco.

— ¿Qué son?

— Una parte de los diamantes de Wells!

— ¿No está aquí toda la colección?

— No; apenas la mitad.

— ¿Sabe usted dónde están los demás?

— No; desaparecieron la noche del crimen.

— ¿Cuánto tiempo hace que David Wells se retiró de la casa de su esposo?

— Unos tres años.

— ¿Por qué se fué?

— Se distanció con su padre.

— ¿Sabe usted por qué?

— No; el señor Wells nunca me lo dijo.

— ¿No le parece extraño que no se lo comunicara?

— Sí. El señor Wells y David fueron siempre muy camaradas. Debe haber sido algo muy importante...

Waring se puso de pie y exclamó con voz potente:

— Protesto. La testigo expone juicios y no hechos.

El jurado le dió la razón y el interrogatorio prosiguió:

— ¿Vió usted a David penetrar en la casa en la noche del crimen?

— Sí. Estaba en la escalera, subiendo a mi alcoba, cuando vi a David pasar por el hall con Boggs.

— ¿Usted se quedó en su alcoba hasta que la señora Grood llamó pidiendo socorro?

— Sí.

— ¿Sola?

— No.

— ¿Entonces alguien entró en su cuarto?

— ¡Sí; el señor Slade subió después de dejar al señor Wells!

— ¿Por qué recibió usted al notario de su esposo en sus habitaciones privadas?

— Quería consultarle profesionalmente.

— ¿Podría usted decir sobre qué punto?

— Deseaba conocer mi opinión sobre adquisición de ciertos valores bursátiles.

— ¿Puede usted exhibir pruebas de esa compra?

— No; no la realicé.

— ¿Había adquirido usted valores de esa clase anteriormente?

Tras breve vacilación vino la respuesta negativa.

— ¿El señor Slade permaneció muy poco tiempo con usted?

— Sí.

— ¿Por qué se retiró?

— Oímos un ruido en el piso bajo, como si algo hubiera caído.

— ¿Podría haber sido el tiro?

— Sí... es posible.

— ¿De modo que el señor Slade fué a averiguar lo que sucedía?

— Sí..., así fué.

— ¿Y lo averiguó?

— No lo sé.

— ¿Su habitación se encuentra en la misma ala del edificio que el escritorio?

— Sí.

— ¿Después de oír el ruido, vió usted a alguien atravesar los jardines?

— No miré por la ventana.

— ¿Las cortinas podían haber estado descorridas?

— Lo estaban.

— ¿Sobre qué clase de valores consultó usted al señor Slade?

— Yo... yo... me he olvidado.

— Gracias, señora Wells; hemos terminado.

En el consenso unánime, el caso se presentaba condenatorio para David Wells. ¿Qué testigos podría presentar la defensa en descargo?...

David Wells declaró en el octavo día de las audiencias.

“En la tarde del 2 de octubre llamé a mi padre por teléfono, — comenzó.

— Me encontraba en una situación que me imponía cuantiosos gastos. Se lo expliqué a mi padre y le pregunté si podría verlo esa noche. Me citó para las nueve y media.

“Me resulta difícil explicar por qué necesitaba tanto dinero, pero en vista de las incidencias que se han producido en este recinto, la verdad es inevitable: lo precisaba para salvar a una dama.

“Esa dama es casada. Todos cometemos errores alguna vez en la vida; el de ella fué su casamiento. Era natural que deseara recobrar su libertad. El marido accedía a concedérsela sólo bajo una condición: ¡había que pagarle!...

“Amo a esa dama. Es el mío un amor sagrado, honesto; no me avergüenzo de él... Por eso fuí a ver a mi padre; para conseguir fondos y libertarla para casarme con ella.

“No le pedía nada suyo a mi padre. Los diamantes de Wells que han sido mencionados aquí me pertenecían en parte; la mitad de ellos me fué dejada en herencia por mi abuela paterna, debiendo conservarlos para mí, mi propio padre hasta mi mayoría de edad. Los necesitaba y por eso fuí a verlo después de tres años de separación. Me los mostró y creí que los obtendría, pero se limitó a decirme que habían quedado bajo su custodia y que no me los entregaría. Vanos fueron mis ruegos; permaneció inflexible.

“Me habló de su nuevo testamento y sus manifestaciones concuerdan con lo que dijo el señor Slade: desheredaba a todos, aun a su esposa. Me leyó el documento; en él exponía las razones que lo habían impulsado a adoptar tal determinación, pero sin dar destino alguno a su vasta fortuna. Terminaba declarando que los afectados por su última voluntad probablemente la impugnaran, pero que al hacerlo se verían forzados a discutir las razones que lo habían movido a desheredarlos.

“No puedo exponer esas razones, pero mi padre firmó el documento en mi presencia y me obligó a firmarlo como testigo. Luego se rió y me dijo que otro más agregaría su firma, pero sin decirme quién fuera.

“Comprendí que era inútil insistir en mi pedido y me retiré por la galería, atravesé los jardines y fuí directamente a mi auto. Al salir de la habitación, mi padre reía en voz baja y acariciaba los diamantes, desgranándolos entre los dedos.

“¡Juré decir la verdad, y la he dicho! ¡No tengo nada que agregar! ¡Que Dios me ayude!”

Un silencio mortal acogió las palabras de David: se presentía una catástrofe oculta en sus honradas palabras.

Correspondía ahora al agente fiscal interrogar al acusado. Lo hizo con ensañamiento cruel, insistiendo en que explicara dónde había pasado la noche del crimen. David se negó a responder, asegurando que le era absolutamente imposible hacerlo.

Una interrupción más se produjo en la vista del sensacional proceso: la dama misteriosa que tanto intrigara al repórter Dale, afligida, llorosa, se ir-

guió frente al juez y con voz insegura, exclamó:

— ¡Deseo hablar...! ¡Voy a declarar, quiero explicar dónde estuvo David!

El tumulto de la sala fué enorme. El juez golpeaba su pupitre; los abogados argumentaban a grandes gritos. David se oponía y fué necesario imponerle silencio casi a la fuerza; pretendía declararse culpable para evitar las declaraciones de la nueva testigo, y ante al general asombro “la dama misteriosa”, declaró:

— ¡David, señor juez, es mi hijo... y...!

La noche del crimen David la había pasado en su casa, circunstancia que el joven ocultara para protegerla y evitarle la vergüenza, pues no era casada con Emory.

“Pero no me avergüenzo de ello, — dijo le señora. — Entregué mi hijo al padre, firmando un compromiso de no reclamarlo para que pudiera ser feliz y rico algún día. Pero David encontró ese documento; enrostró su conducta al padre, lo abandonó y me buscó. Mi felicidad no conoció límites ese día. La noche del crimen me contó lo que le había ocurrido con su padre, y por qué deseaba posesionarse de su parte de los diamantes. También me hizo el relato de su amor; estaba con su futura novia, Grace Varney.

“¡Pero mi hijo no es culpable! ¡No puede serlo! ¡Yo lo sabría!”

Con los nervios rotos, al borde del histerismo, la infortunada mujer tendía los brazos, implorantes las manos maternales, y con voz quebrada por el llanto, exclamó:

— ¡No es culpable! ¡Dígame usted que no lo considera culpable! No es posible que me lo arrebatara por un crimen que no cometió. No es posible, cuando lo he recobrado después de tantos años de dolor y de amargura. ¡Oh, señor, señor juez!, si usted tiene madre, esposa, hijos, no me quite el mío. ¡Si es necesario que alguien vaya a la cárcel iré yo, pero no me lo martiricen más!

Un gran silencio reinaba en la sala... La infeliz madre, agotada por el esfuerzo, se desvaneció y hubiera caído si brazos piadosos no la hubieran sostenido. El juez, en voz muy baja, levantó la audiencia, y todo el mundo se retiró, cuidando de no producir el más mínimo ruido. El juez mismo y algunos jurados sostuvieron a la madre de David y la ayudaron a salir del salón; alguno de ellos volvía el rostro para disimular su honda emoción.

Hasta el mismo Robin Dale creía que el asesinato de Emory Wells quedaba aclarado con el enjuiciamiento de David. En el curso de las audiencias, empero, su espíritu de fina observación y el desarrollo de las dramáticas escenas que se sucedieron en la sala del tribunal, le develaron el misterio.

¿QUIEN MATO A EMORY WELLS?

Los jueces, los abogados, el fiscal, el auditorio completo, condenaban unánimemente a David, el hijo del millonario y...

Sin embargo, alguien en la sala no pensaba del mismo modo. Alguien en la sala había descubierto al verdadero asesino.

Robin Dale, el astuto periodista, le denunció con una carta.

¿Quiere usted saber quién fué el verdadero asesino?

Lea las cartas de Robin Dale en la pág. 52

CORREO CINEMATOGRAFICO



Douglas Fairbanks

DOUGLAS FAIRBANKS (tata) **NACIO EN DENVER** (EE. UU.) **EL 23 DE MAYO DE 1883.** Mide m. 1.75, ojos azules, cabello castaño, y se llama en realidad Nicolás Ullman. Divorciado en 1918 de Beth Sully, contrajo enlace el 28 de marzo de 1920 con **MARY PICKFORD.** Actualmente está viajando por el Oriente, luego de haber cazado cocodrilos en los mares del Sur. Su última producción es *Alcanzando la luna*, con Bebe Daniels.

a Aurelio P.

¿Que quién es la actriz más hermosa de la pantalla? ¡Humm... no sé... no sé! ¡Es tan difícil acertarla! En cambio de mi opinión le doy la del director Von Sternberg, que "tal vez" sea tan autorizada como la mía, y que dice que las mujeres más hermosas de Hollywood son; **GRETA GARBO, LILY DAMITA, CLARA BOW, FRANCES DEE, JOAN CRAWFORD** y su pupila **MARLENE DIETRICH.** Y le ruego, amiguita, que si tiene alguna objeción sería que hacer sobre esto, no se la tome conmigo...

a Doña Sinceridad.

Greta Garbo

¡Qué clientes poco filonómistas tengo! **ROD LA ROCQUE** nada tenía que hacer en *El despertar del amor* con **VILMA BANKY**, porque ese joven alto y con un casi bigote era **WALTER BYRON.** ¿No lo conoce? Pues se lo voy a presentar. **ES INGLES, NACIDO EN LEICESTER EL 11 DE JUNIO DE 1902.** Se llama en realidad Walter Butler, mide metros 1.80, ojos oscuros y cabello ídem. Y en cuanto a Vilma, no necesito decirle que **NACIO EN BUDAPEST (HUNGRIA) EL 9 DE ENERO DE 1902** y que está casada con Rod La Rocque, porque ya usted lo sabrá, ¿no?

a Provinciana Buena.

Esas primeras cartas que usted me cita no las recibí. Es de lamentar, aunque no sea más que por los diez centavos de la estampilla... Bueno; **MARY BRIAN TIENE POR NOMBRE VERDADERO, EL DE LOUISE BYRDIE DANTZLER** y nació en Corsicana (EE. UU.) el 18 de febrero de 1908. En cuanto a *La casa del odio* tiene por principales a **ANTONIO MORENO** y **PERLA WHITE** y era en veinte episodios. Yo recuerdo que la vi hará aproximadamente doce años. ¡Aquello sí que era ver cine! ¡Como para olvidarme del capataz de la estancia que robaba el ganado; del "muchacho" a quien se encarcela; de la huida del capataz que rapta a la "muchacha" y sin pedirle permiso se la lleva a una choza solitaria; de la evasión del prisionero; del galope desesperado; del clásico atajo para cortar camino y llegar en preciso momen-

...la doble de Greta Garbo se llama Geraldine Devorak y es una gran bailarina de tango.
...Gary Cooper perdió siete kilos de peso en el hospital de Hollywood, donde estuvo internado recientemente a raíz de una enfermedad.
...a Roscoe Arbuckle (Triptitas) se le ve muy a menudo paseando por los bulevares de Hollywood acompañado de una dama notablemente parecida a su ex esposa, Doris Deane...

to en que el bigotudo raptor pretende besar a la "muchacha"; de la trompeadura donde el capataz no ganaba ni para árника; la llegada del "sheriff", el descubrimiento del verdadero ladrón; el beso final, eterno... al menos para el cine!



to en que el bigotudo raptor pretende besar a la "muchacha"; de la trompeadura donde el capataz no ganaba ni para árника; la llegada del "sheriff", el descubrimiento del verdadero ladrón; el beso final, eterno... al menos para el cine!

a Antonio Pardo.

¿Así que acude usted a mí en busca de alivio para sus pesares? Pues le aseguro que ha caído en una farmacia que... Bueno; MA-



...a África para poder filmar *Trader Horn*. Un gran lleno de necesidades, de penurias, casi de hambre. **EDWINA BOOTH** fue la heroína de esta larga jornada de trabajo. Y como los entretenedores saben y los pocos que había eran casi salvajes, para constituir un pasatiempo agradable, entre su material, Edwina llevó al África varias revistas, entre ellas un ejemplar de "Mundo Argentino", que en los momentos de descanso constituyó un excelente medio recordatorio de tierras civilizadas.

RION DAVIES es, efectivamente, pecosa, y no poco, sino bastante. ¿Usted se desespera porque es así? Lamento entonces ser la causa de su desesperación. ¡Porque me duele tanto hacer llorar a mis lectoras...!

a Niña que teclea.

¡Si supiera usted, amiguita, todas las que ha pasado su adorada **GLORIA SWANSON** en estos últimos tiempos! ¡Y todo por ser cabeza dura! ¡Ah, eso sí...! ¡Porque para rechazar un contrato que la Paramount le ofrecía con un sueldo semanal de veinte mil dólares y una duración mínima de dos años, se necesita ser archimillonaria o tener "pajaritos en la azotea"! Gloria quiso independizarse, producir y dirigir todas sus películas, administrarlas, cobrar y pagar sin intermediarios, pero como eso es mucho más difícil de lo que parece, Gloria perdió muchos cientos de miles de dólares. Después la Metro le ofreció un millón seiscientos mil dólares por cuatro películas que debían ser hechas en el término de dos años, pero inmediatamente Artistas Unidos, su propia compañía, le propuso un millón también por cuatro cintas, haciéndole notar, además, que si bien era cierto que le ofrecían seiscientos mil dólares menos, en cambio Gloria protegía al mismo tiempo, sus propios intereses. Aceptó y su primera fué **INDISCRETA.** Veremos si su actuación responde a tales alturas monetarias...

John Gilbert

Gloria Swanson

a Jobita.

JOHN GILBERT NACIO EN LOGAN (EE. UU.) EL 10 DE JULIO DE 1897. Cuando lo bautizaron se llamaba John Pringle. Sí, estuvo casado tres veces. Con Olivia Burwell, Leatrice Joy (de quien tiene un hijo) y ahora con Ina Claire. ¡Mentiras! ¡Jamás hubo relaciones amorosas entre él y Greta! ¡Después de las broncas que ha habido entre ambos...! Su última es la versión inglesa de *Cheri-Bibi*, la que aquí nos dió Vilches.

a Cinemático.

¿Por qué tardo tanto en contestar? ¡Y... porque lo bueno...! Además eso corre por cuenta de ustedes. La lectora que ni siquiera me da las gracias anticipadas hace "amansadora"; la que me endilga algunos piropos diciéndome que yo soy muy inteligente y que lo que yo digo es siempre cierto, esa... hace doble "amansadora", porque está bien que yo tome el pelo a los demás, pero que los demás me lo tomen a mí... no hay derecho. Y por último cuando, como a veces me sucede, algún lector entusiasta tiene la práctica delicadeza de mandarme junto con la carta, una canasta de flores de regalo, un par de pollos "allo spiedo", o un lechoncito adobado, entonces, lo confieso con toda sinceridad... el corazón se me conmueve, veo que el lector ha sabido "interpretarme", y ¡paff! a él le contesto primero...

a Entusiasta.

A FAY WRAY escriba-le a Paramount Studios, 5451 Marathon Street, Hollywood, California.

LOS NOMBRES DE LAS ESTRELLAS

Se escriben	Se pronuncian
DOUGLAS FAIRBANKS	Douglas Fairbanks
VILMA BANKY	Vilma Benki
JOYCE COMPTON	Yois Comtom
WILLIAM HAINES	Uillian Jeins
SUE CAROL	Su Cárol
JOHN BARRYMORE	Yon Barimor

CUENTO PARA NIÑOS

LA BIELLA DURMIENTE

Por R. L. STEVENSON



HABIA una vez un rey y una reina que sufrían mucho porque no tenían descendencia. En cierta oportunidad en que la reina se paseaba a orillas del río, vió un pequeño pescado sobre la hierba. A la reina le dió mucha lástima verlo morir así, lo tomó suavemente y lo depositó de nuevo en las aguas del río. Pero antes de alejarse, el pececito sacó su cabeza fuera del agua y le dijo:

— Yo conozco la causa de tus sufrimientos, y en pago de tu bondad haré que pronto tengas una hija.

Y fué cierto, pues poco tiempo después la reina tenía una hijita, tan bella que el rey no dejaba nunca de mirarla. Se dispuso hacer una gran fiesta para que todo el pueblo admirase a la princesa, de manera que fueron invitados todos los caballeros, los nobles, los amigos y los vecinos. Pero la reina dijo:

— Invitaremos también a las hadas, cariñosas hadas.

Trece era el número de hadas que había en el reino, pero como el rey y la reina tenían tan sólo doce peces dorados para dárselos a comer, se vieron en la obligación de no invitar a una de ellas. Doce vinieron, cada una vestida con una gran capa roja y una varita larga y blanca. Al finalizar la fiesta todas le dieron a la princesita sus mejores regalos. Una le dió bondad, otra belleza, otra riqueza y así sucesivamente hasta que la niña tuvo todo lo que hace falta en el mundo para ser feliz. Pero, en el momento en que el hada número once terminaba de bendecirla, se oyó un gran ruido, y el hada número trece entró vestida con una gran capa negra. Estaba muy enojada por no haber sido invitada y se puso a gritar contra el rey y la reina diciéndoles que se vengaría. Y sentenció:

— El día en que la princesa cumpla quince años será herida por una rueca y morirá de inmediato.

Entonces, el hada número doce, que todavía no había dado su regalo avanzó y dijo: que el deseo de aquella hada se cumpliría, pero suavizado por ella; y su regalo fué que, cuando la rueca hiriera a la princesa, ésta no fallecería, sino que quedaría dormida por el término de cien años.

A pesar de todo, el rey estaba desesperado en salvar a su hija, y ordenó que todas las ruecas que hubiera en su reino fueran quemadas y destruidas. Entretanto los dones de las once primeras hadas eran ya realidades, pues la princesa era tan hermosa y tan buena que todos la amaban. El día en que cumplió los quince años,

los reyes no estaban en el palacio y la princesita estaba sola. Se puso a pasear hasta que llegó a una vieja torre y en su centro una puerta. Había en su cerradura una llave dorada que la princesa dió vuelta, y al hacerlo vió a una anciana que parecía estar muy ocupada hilando.

— ¡Buena anciana! — le dijo. — ¿Qué haces?

— Estoy hilando — dijo haciendo girar la rueda.

— ¡Oh! — exclamó, — ¡cómo da vueltas!

Y así diciendo tomó la rueca y pretendió hilar, pero apenas la había tocado, la profecía del hada se cumplió, y la princesita cayó herida. No estaba muerta, sino tan sólo dormida profundamente; y los reyes, que en ese instante regresaban junto con toda la corte se durmieron también; y los caballos, las palomas y hasta las mismas moscas se quedaron dormidas. La cocinera que en ese momento tenía

apresado al pinche para darle un buen tirón de orejas, y el mayordomo que estaba probando la cerveza con la jarra en los labios se quedaron inmóviles.

Pronto un gran cerco de espinas creció rodeando el palacio. Una época llegó en la que se comenzó a hablar de Rosa Silvestre (pues así se le llamaba a la princesita), lo que dió lugar a que de vez en cuando algunos hijos de reyes se atreviesen a penetrar en el interior del palacio. Nadie, sin embargo, podía hacerlo, pues las matas y los espinos los apasionaban, y los príncipes morían allí. Pasaron así muchos años hasta que llegó un príncipe a quien un anciano le narró la historia de esos abrojos y la historia de la princesa Rosa Silvestre. Le narró también la historia de los demás príncipes que habían pretendido llegar hasta el palacio y muerto antes de conseguirlo. El joven contestó:

— Nada de eso me asusta. Iré y despertaré a la princesa.

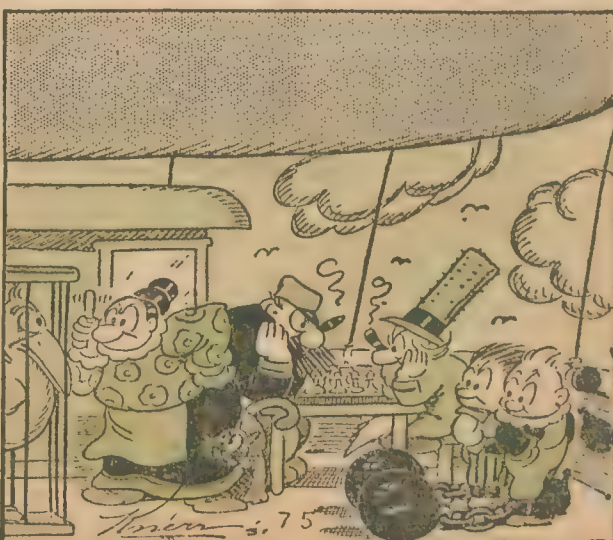
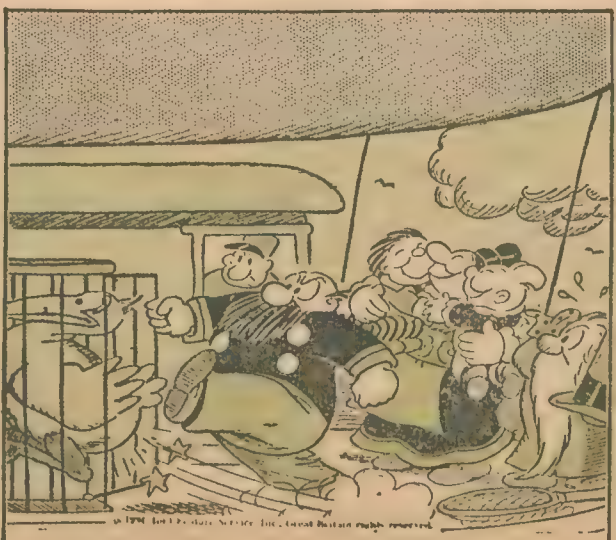
Dió la casualidad que ese mismo día el plazo de los cien años se cumplía, de manera que cuando el príncipe comenzó a caminar, no vió otra cosa más que hermosas plantas con flores, a través de las cuales era muy fácil caminar. Llegó al fin al palacio, y lo primero que vió fueron los perros y las palomas quietecitas, dormidas. Al entrar vió a las moscas dormidas; el mayordomo todavía con la jarra próxima a sus labios y la cocinera tenía la mano levantada como si quisiera castigar al pinche. El príncipe siguió caminando hasta que al fin llegó a la vieja torre y abrió la puerta; allí yacía Rosa Silvestre completamente dormida. Estaba tan hermosa que el príncipe no podía dejar de mirarla, y parado a su lado la besó. En ese mismo momento la princesa despertó y le sonrió dulcemente. Salieron juntos, y pronto el rey y la reina también despertaron, y lo propio hizo todo lo que en la corte quedara un día dormido.

Pronto el príncipe y Rosa Silvestre se casaron con gran pompa, y vivieron juntos y felices durante muchos años.



LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR



FERNET-BRANCA

Estomacal
magnífico

Una copita de Fernet-Branca puro, y luego otra de agua fresca: he aquí la fórmula tradicional para cualquier trastorno estomacal.



Las afecciones de la sangre ceden más a su tratamiento si con toda regularidad se mantiene limpio el sistema digestivo con este laxante suave, seguro y refrescante.

"SAL DE FRUTA" ENO

Marca de

ENO'S "FRUIT SALT"

Fábrica

ESTUDIE POR CORREO

PROF. DE CORTE Y CONFECCION..	\$ 65.-
DIBUJO Y PUBLICIDAD.....	200.-
CORTADOR SASTRE.....	120.-
TENEDOR DE LIBROS.....	160.-
CONTADOR ORGANIZADOR.....	260.-
TECNICO ELECTRICISTA MECANICO	310.-
IDONEO EN FARMACIA.....	260.-
CONST. DE OBRAS Y CLOACAS.....	200.-
TECNICO EN RADIOTELEFONIA.....	100.-
MECANICO AUTOMOVILISTA.....	160.-
PROCURADOR.....	85.-
PERITO AGRICOLA.....	160.-
MOTORES DE EXPLOS. Y A VAPOR	160.-
EMPLEADO DE OFICINA.....	120.-

IDIOMAS (con discos y equipo fonográfico), etc.

Los precios pueden pagarse en pequeñas mensualidades.

GARANTIA: Devolvemos el dinero al alumno no conforme durante el primer mes de estudio.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

(Las escuelas por correo mejores del mundo)

Fundador y Director: P. C. Ryan, Contador Público Nacional
1039, LAVALLE, 1059—Buenos Aires, Argentina

Sírvanse enviarme folletos

Nombre

Dirección

Localidad

M. A.

CARTAS DE AMOR

DE GRACIELA A HORACIO

Horacio: Esta mañana me llegó su carta. Viera usted qué escándalo ha producido. Imagine usted que al regresar de la estación el encargado de traer la correspondencia y los diarios, todos, desde papá abajo, se precipitan sobre él, para saber si alguien les ha escrito. Entre esas que se precipitan estaba yo esta mañana, porque esperaba su carta. Y es claro, con la chacota que todos me hacen, en cuanto vieron el sobre creyeron adivinar su letra y no quiera usted saber las bromitas de las chicas. Tantas, que opté por irme al monte de pinos a leer su carta. Era como si estuviera oyéndolo hablar y me quedé como en esas tardes que usted ha conocido, en que una no tiene voluntad. La volví a leer otra vez y ya con menos avidez; recién entonces pude comprender lo que en ella me dice.

¿Usted extraña los días que ha pasado en la estancia? Nosotros—hablo en plural, porque el sentimiento es unánime—lo extrañamos a usted. No se imagina el regalo que significó para todos su visita. La vida en el campo tiene que resultar un martirio para nosotras. Aquí no se habla de otra cosa que del precio de los novillos, y como una consecuencia de él, de la necesidad de vivir en la estancia invierno y verano. ¡Pensar en Mar del Plata ni en sueños! Papá se pone furioso cuando alguien insinúa la posibilidad de que vayamos a Buenos Aires, aun cuando fuera tres meses. Dice que lo queremos arruinar. Y resignadas a esta existencia, leo. Lo hago con un desorden tal, que nada de cuanto desfila por delante de mis ojos queda grabado en mi mente. De pronto cae en mis manos un libro indigno y lo leo también, primero por curiosidad y luego no lo asimilo. Pero me cansa también la lectura; mejor dicho, me aburre. A veces me pasa lo que a usted con su estudio: que ha clavado los ojos sobre él y su imaginación está en las nubes.

¡Ah! A propósito de ojos, me ha causado mucha gracia ese enredo que hace con los míos, atribuyéndole qué sé yo qué cosas. Y después los labios y los dientes... Nada escapó a su elogio, y para ser claro, comencé

(Continuación de la página 31)

como en los diagnósticos a los que se está acostumbrado, por analizar los detalles. ¡Milagro que no me dijo que tengo las manos lindas y las uñas lustradas! Ha de saber usted, que son mi orgullo. Las manos las cuido con verdadero cariño. No le perdono que las haya olvidado.

Ignoraba la substracción del retrato en el que estoy de "breeches" con ese aspecto de actriz de cine... Pero no le hago grave cuestión por el robo..., y en prueba de ello le mando la película para que haga usted la ampliación... Yo también me encuentro bien en esa foto. Tengo cierta "allure" que no me desagrada; estaba usted delante cuando me la sacaron. Fué esa tarde una de las que con mayor nitidez recuerdo. Hicimos un paseo por estas lomas quebradas del Tandil, y presenciamos una puesta de sol que no olvidaré. Llegamos de noche ya y en silencio. Habíamos galopado más de cinco leguas y yo estaba rendida. Usted también... Lo advertía en su deseo por llegar y, sobre todo, en lo tarde que se levantó al otro día...

Pero desde que usted se fué, no hemos vuelto a organizar ningún paseo. Yo me he dedicado a la lectura con el mismo desorden de siempre y sin asimilar nada de lo que leo, devoro libro tras libro. Le recuerdo esto, para que no olvide su promesa; me habló usted de algunos libros en francés que habrían de interesarme y quiero leerlos, no sólo porque usted

los considera dignos de ser leídos, sino porque tengo curiosidad de saber qué clase de literatura es la que a usted puede haber atraído. Comprendo que no es posible que una criatura de mi sexo pueda coincidir en esta materia; pero yo creo adivinar parte del carácter de una persona por su autor predilecto.

Es una distracción como otra cualquiera y aquí, en el campo, a falta de otras que nos hagan la vida menos igual, la lectura y el recuerdo llenan los largos días que, de otra manera, serían vacíos de toda emoción.

Le estoy escribiendo esta carta en la glorieta; es el mejor homenaje que puedo tributar a su ausencia.

Graciela.

Lea usted las nuevas cartas en el próximo número.

PARA RENOVAR Y PROTEGER EL CUERO DE LAS VALIJAS, ETC.

Cuando una raspadura se produce en un saco, una valija, un mandil o cualquier otro objeto de cuero, lo primero que hay que hacer es encolar la parte semi-arrancada y colocarla de nuevo en su sitio. En caso de que esa parte haya desaparecido, se busca un pedazo de cuero más o menos igual, se le da la forma de la desgradura y se le pega. Unos li-



geros martillazos dados sobre los bordes del remiendo poniendo un cuerpo duro en la parte posterior, nivelarán las junturas. Una vez seco, se hacen desaparecer las huellas de la cola, frotando suavemente con un poco de estopa humedecida.

Para devolver su color a los objetos de cuero, hay que recurrir a los productos que se emplean para patinar los cueros repujados: Potasa de América, 135 gramos, en un litro de agua, para todos los tonos color cuero; sulfato de hierro, para todos los tonos grises hasta el azul; bicromato de potasa, para el azul-gris; permanganato, para el negro. Todos estos productos se compran en las pinturerías. Se les puede fundir en frío o en caliente.

Para los colores más claros, se emplearán las anilinas a base de alcohol o los barnices que se venden para el pirograbado y el estaño.

Para el negro, comprar en la zapatería un tarro de betún, untar el objeto y refregarlo después con un cepillo y un trapo de franela.

MEDITE Vd. SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO, por Misia Remedios

La indiferencia del marido es el mayor escollo en la felicidad conyugal

ES inherente al sexo fuerte cierta perversa psicología que perdura aun frente a resultados desastrosos: es la inhibición aparente del hombre que se manifiesta por lo general después de contraer enlace con caracteres de secreta, de oculta reacción contra el elogio desmedido de las mujeres de la familia.

Resulta tan curioso como inexplicable factor en las relaciones entre los seres humanos, que un hombre que enamoró a una mujer, colmándola de hiperbólicos elogios, parece suprimir voluntariamente, y por completo, tan reconfortantes tributos morales después de casados. Y esto no ocurre solamente en el caso de matrimonios desdichados, sino que en innumerables ocasiones la infelicidad conyugal tiene por causa determinante el rápido desarrollo del enunciado rasgo masculino.

Aparentemente no hay medio de derribar el pétreo muro que entrafía la aparición de esa contradictoria inhibición que se pone de manifiesto en las mentes y en los corazones de muchos hombres. Con frecuencia, aun cuando acuse y denuncie su insólita actitud la mujer, la compañera alcanzada, afectada por ella, prosigue impertérrito en su camino, aferrado a su aislamiento. Sucede así hasta en casos en que el corazón grita su error al hombre, que, por extravagante obcecación, se resiste a confesarlo, a variar de conducta. ¡Y este es el temible escollo en que ha naufragado la felicidad de muchos matrimonios!

Una helada mano implacable parece apresar el corazón de la esposa que desciende los escalones hacia el hall, en que la aguarda el marido, trajeada con una toilette especialmente preparada para agradar al hombre más exigente, y es recibida por éste con la más absoluta y desdeñosa indiferencia, sin que él tenga siquiera una mirada apreciativa para los encantos femeninos que ella trató de realzar para caerle en gracia a su dueño y señor.

Revela suprema estupidez, mezclada con antagonismo sexual, perversidad, obsesión, falta de dulzura y aun de compasión el hombre que le dice a su esposa: "¡Aunque no las diga, yo siento todas esas cosas!"

Ni siquiera las proverbiales antenas supersensibles de la llamada intuición femenina pueden comprender una actitud semejante. Deben decirse las cosas a ella en palabras de una sílaba, puntualizadas, si se les quiere dar mayor realce, con términos cariñosos, que constituye la esencia, el summum de todas las cosas, que ella tan desesperadamente desea ser para un hombre.

Necesita que se lo digan, que se lo repitan, que se lo demuestren. De lo contrario la poseerá una especie de afección que se podría denominar de deficiencia emocional, y el hombre para quien ella sea todo lo dicho, pero que se abs-

tenga de declarárselo, se encontrará inesperadamente con que el vínculo matrimonial se ha estrellado contra las rocas, sin que, casi de seguro, entienda por qué ni cómo.

Ninguno de los fracasos que se originan en los hogares es de importancia más vital que el que tratamos. La mujer que se descuida experimenta, en el fondo de su alma, hambre de manifestaciones expresadas, hambre que llega a agostar esa alma, a embotarla, y así, emocionalmente insatisfecha, busca saciar ese vacío en otras partes, y el matrimonio va al fracaso, o, lo que es peor aún, se convierte en la muerta rutina de dos seres que conviven bajo un mismo techo, se amoldan a idénticos gestos y terminan por encauzar su vida en un proceso automático y egoísta que los lleva a tratar de aceptar la monotonía de esa existencia plúmbea con un criterio de acomodaticia pequeñez.

Pero para el hombre que se retrae, el cuadro no aparece bajo tal prisma. Su mujer, como cualquier mueble u objeto que adorna su hogar, es una cosa, algo que no tiene importancia, pero, en el ínterin, la mujer perece, su juventud se aja y sus encantos se amortiguan, porque, decepcionada, no hace nada por conservarlos. Pero si ese hombre frío e indiferente fuera afectuoso y amable, la lozanía de esos encantos tendría una duración tres veces más larga.

A los ojos de la mujer existe algo indescribiblemente ruin en el esposo que mezquina una caricia e ignora la suavidad acariciadora de la palabra. Son tan tremendas pequeñeces lo que ella más valora, y aun suponiendo que no haya sinceridad al manifestárselas, sabrá perdonar la falta.

Y a todo esto, los hombres, tontos, torpes de cerebro, continúan ignorando tan fácil camino para el logro de la felicidad conyugal; no quieren comprender que la mujer se gloria en la alabanza, responde a ella y devolverá triplicado el pequeño óbolo de cariño de que se la haga objeto.

Muchas novelas y piezas de teatro se han escrito sobre mujeres que han visto marchi-

tarse su amor en la forma reseñada, muriendo emocionalmente, porque sus maridos, bien intencionados en el fondo, fieles y dotados de todas las virtudes domésticas posibles y deseables, carecían de la habilidad necesaria para hacer florecer las siemprevivas de la pasión en su vida y en su amor: ¡las flores del cumplido galán, la flor del aplauso, de la aprobación comprensiva!

Algunos, con exteriorizaciones de hosquedad varonil, pretenden que tal asunto es demasiado trivial para ocupar su importancia, y en su omnisciencia se hacen una composición de lugar fielmente expresada en la vulgar y horrible afirmación presuntuosa de que la mujer es un ser inferior. De ahí que, despectivamente, más de uno diga a su esposa, cuando ella se rebela y protesta contra su falta de atención: "¡Pero, sí, mi amor, te quiero mucho, eres la mujer más encantadora del mundo! ¡Debes comprender, sin embargo, que no puedo estar repitiéndolo a toda hora; tú misma, con un poquito de penetración e imaginación, debías comprenderlo sin que yo te lo dijera!"

La necia fatuidad de esa y otras frases análogas, cae como una ducha helada sobre el cálido cariño femenino, ultrajando y violentando su exquisita delicadeza.

No admite la mujer esos distinguos cuando se trata de la exteriorización del amor del ser que idolatra. Su proverbial sutileza desaparece y se convierte en un ser esencialmente mimoso. Desca, fervidamente, afanosamente, oírse llamar hermosa por los labios queridos. Anhela, con la misma intensidad, que se otorgue un aplauso a su cooperación en la lucha por la vida, a sus condiciones de perfecta ama de casa. Lo desea porque ha ahorrado, ha sacado y ha realizado prodigios en su presupuesto diario tan sólo para que la carga resulte más liviana para su bienamado. Por ello espera un aplauso; lo necesita, como se necesita la luz del sol y el pan de todos los días.

Tal vez llegue a descubrirse una razón patológica que nos explique la existencia curiosa de ese defecto del silencio; tan generalizado entre los hombres, pues no existe hecho alguno de carácter común que no tenga su exégesis en lo profundo de la biología y la psicología humanas.

Durante siglos se ha tratado de hacer comprender al hombre la tendencia suavemente afectiva de la mujer y su infantil deseo de ser mimada y elogiada, tendencia que patentiza la más alta feminidad y que ignorarla resulta peligroso. No es, pues, porque ignoren que sus mujeres padecen "hambre emocional", que los hombres les niegan el aplauso tan imprescindible en su vida. No, la razón es otra: es un sutil y persistente antagonismo que todavía no ha podido ser destruido.

Semejante a una esfinge, el plegamiento de los ojos de una esposa que sólo quiere para su felicidad "oir su voz"



PARA LAS MADRES

EL SARAMPION

El sarampión es una enfermedad muy contagiosa que produce muchas veces, pulmonías mortales.

Toda madre que tenga su hijo resfriado y con los ojos colorados y llorosos, debe sospechar que tiene sarampión. La erupción de la piel aparecerá algunos días después del resfriado y del lagrimeo de los ojos.

El chico debe ser puesto en cama, aislado de todos los hermanos y cuidado de "las corrientes de aire" para prevenir la pulmonía que es la complicación más frecuente de esta enfermedad.

Debe usted darle un purgante y mantenerlo a leche hasta que se cure. Como bebidas puede tomar agua fresca filtrada, té o tilo o agua pomada.

Si el chico respira muy ligero (con fatiga) o si está muy abatido, hay que llamar al médico de inmediato.

EL NIÑO DEVUELVE LA LECHE

Nunca es síntoma que deba causar alarma el que un niño devuelva la leche que toma.

Un viejo adagio dice: "El niño que vomita, progresa". La causa generalmente de este trastorno es exceso de alimento. Ya sea tomar demasiado seguido, o demasiado cada vez. A veces suele producir vómitos el apresuramiento con que la criatura toma los alimentos, o si éstos están demasiados calientes o fríos.

Si a pesar de vigilar todos los detalles, el niño continúa vomitando, puede probarse el aislar más una toma de otra, consiguiendo con esto, en la mayoría de las veces el efecto deseado.

Cdo. a "Antonia P. de Vaini", capital.

**SE SINCERO CON EL MEDICO.
CUENTALE TU PENA, MUESTRALE TU DOLOR, NO LE OCULTES NADA ESENCIAL
POR VERGUENZA NI LE PREPARES EMBOSCADAS PARA
PROBAR SU SABER.**

LA VARICELA

Nadie da importancia a esta enfermedad de los niños: "la varicela". ¡Es tan benigna!, ¡tan insignificante! El niño está un poco abatido durante unos días y le salen unas manchitas rojas en la piel, no mayores que una lenteja, que tienen en el centro una ampolla dura llena de agua clara.

La erupción es general en todo el cuerpo; "pero nunca brotan de una sola vez". Al día siguiente el enfermito quiere levantarse, tiene apetito y hasta ganas de pasear.

La temperatura no ha pasado de 38°5. Como no hay costras de esas que necesitan ocho días para desaparecer, nadie sospecharía que el enfermo ha estado en plena fiebre eruptiva cuatro días antes.

Ante esa benignidad no se piensa en alejar los otros niños, y al cabo de doce o catorce días resultan contagiados todos por la "insignificante" enfermedad.

Y aun habrá quien diga que la varicela no debe figurar en la lista de las enfermedades, para las que debe ser obligatoria la declaración y la desinfección más severa.

Cdo. a "María Helena", de Victoria.



HOMBRE: Observe a un niño dormido. Mueve los labios: sueña que está en el regazo de la madre. Entonces nada teme. Se sonríe: sueña con sus juguetes. Entonces es feliz. No lo despierte sino sonriendo. Nada hay más noble que defender al débil que nada pide. Y ese que usted contempla es así.

¡Es tan bueno un niño!

¡Proteja a ese niño! Cualquiera que sea.

Los niños son hijos de todos los seres nobles.

Si es menester ayude a los padres de ese niño, en cualquier forma,
:: PERO HAGALO ::

LA PATRIA RECLAMA ESA AYUDA

Doctor Delio Aguilar.

CALEFACCION

Es una vieja y antigua costumbre, ya felizmente pasada de moda, la creencia de que la calefacción en las habitaciones es una cosa perjudicial para la salud, atribuyéndosele la causa de un sinfín de catarrros, pulmonías, etc.

Esto no es verdad, a pesar de que aún hay algunos médicos que así lo aseguran. Sólo está en saber tomar sus precauciones. Es claro, que si permanecemos un par de horas en una habitación bien templada, y salimos de golpe al frío de un patio o de la calle, con el mismo abrigo que teníamos dentro, tenemos un 100 por ciento de probabilidades de enfermarnos. Pero si tenemos la precaución al salir, de cubrirnos con un buen abrigo, taparnos bien la garganta y respirar por la nariz con la boca bien cerrada, estamos a salvo de cualquier emboscada, y habremos disfrutado de nuestras buenas horas en el cálido hogar.

Es, pues, una de las más antiguas

preocupaciones la idea de que la calefacción, y, sobre todo, la de los caloríferos, que es hoy la más usual, es perjudicial para nuestra salud.

Por el contrario, es de todo punto necesario, ya que en una habitación generalmente se está inmóvil, bien sea leyendo, escribiendo o conversando, el mantenerla a una temperatura razonable, pues por la falta de ejercicio, el cuerpo se va enfriando, y entonces sí que la salud se resintiría de inmediato.

Contestando a "M. P. T.", de capital.

LA UVA

La uva en estado natural es un alimento de grandes vitaminas. Siendo sana y escogida, es la fruta que las madres no deben escatimar a sus niños.

Los ácidos de la uva son excelentes laxantes y limpian el tubo digestivo, sirviendo de antisépticos a los intestinos.

Con un kilo de uva se obtienen 800 calorías, siendo por tal motivo, superior a las demás frutas, puesto que la pera tiene sólo 700; la naranja, mandarina, el durazno y la ciruela,

500; la frutilla, 400; la sandía, 300.

La uva es aun superior a la leche, pues ésta tiene sólo 600 calorías.

Cdo. a "Amarrete", de capital.

DIENTES

Si al cumplir el primer año de vida, una criatura no tiene aún ningún diente, es que el alimento que toma no es bueno o bien tiene alguna enfermedad.

Cdo. a "María Teresa", de Paraná.

Cuando el niño tenga un año, désele cortezas de pan a morder, esto fortifica las encías y por lo tanto, los dientes.

Cdo. a "Papito", de Chivilcoy.

En los niños nunca debe arrancarse un diente antes de tiempo, porque ese espacio se cerrará y el nuevo diente saldrá torcido.

Cdo. a "Mariposa", de 9 de Julio.

EL BANO DEL NIÑO

Al bañar al niño debe tenerse siempre presente una cosa:

"Evitar las corrientes de aire" al entrar o salir del baño. He ahí casi todas las causas de los resfriados continuos en los niños, que las madres suelen atribuir al exceso de baño.

El niño que se acostumbra desde los primeros días al baño diario no sufre ningún contratiempo, si el día está más húmedo o más frío que de costumbre. Al contrario, el baño se le hace una necesidad para su desarrollo y salud.

Otra cosa de tener muy en cuenta es la temperatura del agua. Esta debe oscilar entre los 35 grados a 38 grados.

Cdo. a "Berta B. de P.", de capital.

EL CABELLO

No conviene someter nunca el cabello del niño a un tratamiento de tinturas, que lo único que consiguen en esa edad es echar a perder el cuero cabelludo y destruir por completo la cabellera.

Existe un extracto de manzanilla, que es una loción infalible, por afealdura inofensiva.

En pocos días se verá el resultado: el pelo del niño se ha convertido en otros tonos más claros hasta el rubio dorado, si es el deseo del padre de los niños.

Cdo. a "Valverde", de Chivilcoy.

A la señora que firma su carta E. Sattoni, lamentamos comunicarle que de la carta lo único que pudimos comprender fué la firma.

**NO IMAGINES NUNCA QUE
EL DINERO PAGA SUFICIENTEMENTE
LOS SERVICIOS DEL MEDICO. LO QUE TU LE
PAGAS, NO ES NADA COMPARADO
CON LO QUE EL TE OFRECE:
SU CEREBRO Y SU CORAZON.**

LA CASPA

La cabecita infantil necesita aire y sol para poder librarse de la caspa.

Con el frío, naturalmente que los gorritos y boinas son necesarios, pero conviene que sean de un tejido flojo y liviano. Pero llegado el buen tiempo dejad que el aire fresco pase por el cabello de los niños todo lo que sea posible.

Ahora, cuando a pesar de todos los cuidados, la enfermedad ya ha atacado, lo mejor contra la caspa es, según la edad, lavar la cabeza, una vez cada dos o tres semanas, frotar el casco con algo de aceite y cepillar prolijamente el cabello todos los días, y dar masaje al casco con las yemas de los dedos y muy suavemente, pero sin peinar demasiado el cabello.

Evitar en lo posible los gorros de lana, y siempre que se pueda y sea razonable sacar la criatura a paseo, con la cabeza descubierta.

Darle a tomar algo de leche de magnesia, para contrarrestar los efectos de cualquier acidez, todos los días durante el período que dure la eliminación de la caspa.

Cdo. a "Parque Centenario", de capital.



CAMA-JAULA

El sol y el aire son, sin duda, parte de la vida de los niños. En un hospital de Londres se ha adoptado este original sistema. Entre dos camitas hay una ventana y en ésta se cuelga este aparato, al que podríamos llamar "cama-jaula", en los que durante las mañanas de sol se colocan ambos niños.

Este saludable aparato podría

con mucho resultado adoptarse en Buenos Aires, para las casas de departamentos que gozan del sol como una limosna.



LOS CUCHILLOS

mujer su madre; olvídense de esto.

—¿Qué es esto de escuchar el organito en el patio, qué es esto de tomar por asalto las casas ajenas? — agregó la mujer con voz de bajo. — ¡Vaya una gracia! ¡Ya hemos visto mejores partidos, caballerito! ¡En la sexta división!... La otra vez festejaba a Liudmila el encargado de una casa de la calle Miasnitzkaia, y tampoco lo hemos aceptado. Váyase, ciudadano, y a la muchacha la voy a encerrar. ¡También es buena!... No necesitamos ningún cerrajero, sobre todo del partido...

—Las pruebas con aros me dan mil rublos cada estación — agregó iracundo el viejo. — Yo tengo premios por cuatrocientos rublos. Yo necesito para Liudmilochka un marido con capital para agrandar el negocio. De modo que ya sabe. ¡Adiós!

—¿Así que no me la dan? — preguntó Paschka con desesperación.

—No, no te la doy — chilló el viejo.

—Está bien — dijo Paschka amenazando. — Ya que quieren un marido con capital para agrandar el negocio, entonces no hay nada que hacer. ¡Ya se acordarán de mí, ya me voy a vengar! Adiós Liudmilochka, sé fuerte, ¡espérame!

Y Liudmilochka, sentada en el vestíbulo sobre un baúl, se retorció desesperadamente las manos. Paschka salió a la calle haciendo rechinar los dientes, se dirigió al mercado y compró un cuchillo filoso y grande, un cuchillo de cocina. Volvió a su casa y se encerró en su cuarto.

El invierno llegó y se fué... Sacaron el hielo de los lagos. Paschka iba a su trabajo, sin perder una hora, y pasaba noches enteras encerrado en su pieza. Los vecinos oían ruidos vagos: no se sabía si es que aprendía a tocar la guitarra o algo por el estilo. Acabó el invierno... El río se vió libre de hielos...

Un buen domingo encontró el pabellón abierto. Los curiosos se aglomeraban en la puerta. Adentro brillaban las lámparas, se oían el son del metal y las risas. Paschka se abrió camino entre la muchedumbre y se acercó al mostrador. Liudmilochka, en aquel momento, juntaba los aros. Apenas entró Paschka, la muchacha se puso pálida, casi transparente; sus ojos se oscurecieron y la boquita se tornó más roja. El padre se arregló las gafas y dió un paso atrás.

—Permítame, compañero — dijo Paschka sombríamente, empujando con el hombro a un muchacho, y, sin mirar al viejo, saludó a Liudmila. Como una autómatas, ella le tendió los aros. Paschka, al tomarlos, sintió el contacto de sus fríos dedos. Dejó sobre el mostrador el dinero.

—¡Prepara un carrito, compañero, para llevar los samovares! — se burlaban en la muchedumbre.

Paschka, sin darse vuelta, tomó el aro y lo tiró con negligencia. Se oyó un ruido inequívoco, y el aro quedó ensartado sin tocar el cuchillo. El viejo se rascó la punta de la nariz y colocó delante de Paschka una caja de bombones de Babaiev. Paschka la puso a un lado, y sin perder tiempo se dispuso a lanzar un segundo aro. Con la misma facilidad se calzó en otro de los cuchillos. Antes que el viejo tuviera tiempo de llegar hasta el estante para darle la otra caja, Paschka apuntó otros tres aros, los que sin ningún ruido se ensartaron en otros tantos cuchillos. La muchedumbre guardó silencio. El viejo se dió vuelta y empezó a pestañear rápidamente con sus ojillos. Una gota de sudor corrió por su frente; el traje parecía quedarle grande. Paschka estaba de pie, apoyado en el mostrador, haciendo ruido con los restantes aros.

—¿Y, padre? ¿Qué me dices de Liudmilochka? — preguntó en voz baja, mirando con indiferencia a un lado y otro.

(Continuación de la página 27)

—¡No te la doy! — dijo el padre con énfasis.

—¡Ah, no me la da! — pronunció Paschka serenamente. — Está bien; óyeme, chico, vete hasta la calle Parkovskiy a buscar un carrito: te regalaré el samovar. Apártese, padre.

La cara de Paschka se puso como de hierro fundido. Se le hinchó una vena de la frente. Con agilidad sacudió la mano y de sus dedos, con rapidez de relámpago, empezaron a volar los aros. Silbaban al calzarse en los cuchillos. La muchedumbre aullaba, rugía, crecía, corría de todas partes hacia el pabellón. Paschka casi no apuntaba. Sus ojos miraban distraídos. Estaba terrible, daba miedo. Ni un anillo cayó en la bolsa. Cinco minutos después, todo había terminado. Paschka se secó la frente con la manga. La muchedumbre se hizo a un lado. Se acercó al pabellón un carrito.

—Cárgalo — dijo Paschka.

—Pero, ¿qué harás con todo? — pronunció apenas el viejo, moviéndose junto a los estantes.

—Haré lo que quiera. Lo tiraré todo al lago, y listo.

—Pero ¿cómo es esto, ciudadanos?

—gimió como una mujer el viejo. —

—Si esta mercadería vale como cuatrocientos rublos, sin contar el negocio!...

—¿Y a mí qué? ¡Aunque valiese mil! Todo es mío; yo no lo he robado, lo he ganado honradamente, en forma; hay testigos. Todo el invierno me he estado ejercitando: sacrificué el sueño, el descanso; ahora haré lo que se me antoje. Si quiero, me lo llevaré para mí; si quiero, lo tiraré al lago.

—¡Bien dicho! — gritó la muchedumbre, entusiasmada. — Pero, el gramófono no lo tires...

Los voluntarios del público cargaron rápidamente el carrito.

—Llévalo — dijo Paschka.

—¿Y adónde lo llevarán? — lloriqueó el viejito. — ¡No podré ni volver a mi casa!... ¿Será posible que vayas a tirar al agua todo?

—Lo tiraré al agua — dijo Paschka. — Llévalo todo al puente.

—Pero, hombre, ten un poco de temor de Dios.

—Dios, padre, es el prejuicio de una mente oscura. Lo principal está en la mano, aquí.

Y sacudió su musculosa mano. Rodeado por la muchedumbre curiosa, el carrito se dirigió a los lagos y subió el puente. Paschka tomó del carrito un par de botas y las echó al agua.

—¡Alto! — gritó el viejo con la voz alterada, corriendo. — ¡No tires!

Paschka puso sobre los objetos su poderosa mano, y bajando los ojos, dijo tranquilamente:

—Por última vez te lo digo, padre, honradamente, que todos sean testigos. Dame la muchacha y llévate todas las cosas. No me acercaré más al pabellón. Si no, irá al diablo todo tu negocio. ¡No puedo vivir sin Liudmilochka!

—¡Tómala! — gritó el viejo, e hizo un gesto de desesperación. — Llévatela.

—Liudmilochka — murmuró Paschka. Y poniéndose pálido, se alejó del carrito.

La muchacha estaba a su lado, tapándose la cara con la manga de su vestido. Toda ella, hasta sus manecitas, estaba roja de pudor.

—La sesión se acabó, ciudadanos; pueden irse — dijo Paschka, y tomó a la muchacha del brazo con tanto cuidado como si fuera de porcelana.

Todo el bulevar en aquella hora oía a cerezo silvestre. Su perfume estaba en todas partes: en el cabello, en el aire, en el agua. Por sobre los tilos, en el cielo violeta, brillaba la luna nueva, y su luz flamante se reflejaba en el agua, se multiplicaba y se fraccionaba en una cantidad de anillos dorados... Y hay todavía quien dice que en nuestra época no son posibles las grandes pasiones. ¡Sí! Son posibles, muy posibles...

LAVOL

ECZEMAS

FORÚNCULOS

URTICARIA

SARPULLIDOS

Lavol quita en pocas aplicaciones: eczemas, forúnculos, acnés, pecas, manchas, sarpullidos, urticaria, barros, etc. Es eficaz en hombres, mujeres y niños. Se vende en las farmacias de la Argentina, Uruguay y Paraguay. Pídale.

VALDA LA SALUD ES LA VIDA
En provecho de ella,
exija V. siempre
LAS LEGITIMAS PASTILLAS VALDA
que no pueden venderse más que
en CAJAS con el nombre VALDA en la tapa.

Si le propusieren a V.
OTRO REMEDIO MEJOR, OTRO REMEDIO TAN
FFIGAZ, OTRO REMEDIO MAS BARATO
Esté V. persuadido que no le interesa
NO HAY COSA QUE EQUIVALGA A
LAS PASTILLAS VALDA
Pero sobre todo TENGA CUIDADO de emplear
LAS LEGITIMAS
que son solo las que
SE VENDEN EN CAJAS
que llevan el nombre
VALDA

ESTREÑIMIENTO
(Sequedad de vientre)

SE EXTIRPA EN POCO
TIEMPO, POR PERTINAZ
QUE SEA.

Hasta tomar 2 o 3 veces por semana una dosis laxante de Azúcar Collazo. A dosis mayor purga a hombres, mujeres y niños sin que lo sepan ni exijirles dieta. El mejor laxante para sanos y enfermos, sea cual fuere su edad y padecimiento, exceptuando los diabéticos. De efecto suave, seguro e inofensivo.

Pida folletos gratis a Moreno 1027, Buenos Aires o a la Farmacia del Cóndor, Rosario



El zar Nicolás II de Rusia, que fué asesinado, juntamente con su familia, en la noche del 16 de julio de 1918. Durante mucho tiempo se ignoró la verdad sobre lo sucedido a la familia imperial rusa, creyéndose que todos sus miembros vivían de incógnito fuera de su patria

ESPECIAL PARA "MUNDO ARGENTINO"

La verdad sobre la muerte del zar de Rusia

Tanto misterio rodea todavía la muerte del último zar de Rusia y tantas son las versiones contradictorias que circulan, que MUNDO ARGENTINO ha encargado especialmente a su corresponsal en Europa la tarea de entrevistar a los miembros sobrevivientes de la familia imperial, desterrados en Francia, y a otras personas que desempeñaron importante papel en el trágico drama que convulsionó al mundo. Como no escapará a nuestros lectores, es éste un gran esfuerzo periodístico que nos agradecerán todos los que se interesan por este dramático episodio de la historia contemporánea.

LA ferocidad con que los oficiales del soviet asesinaron a la familia imperial rusa y a su servidumbre en la noche del 16 de julio de 1918, en Ekaterinburg, constituye uno de los crímenes más espantosos.

El asesinato del zar Nicolás, la zarina, el joven zarevitz y sus hermanas, las cuatro duquesas, junto con sus cuatro servidores reales, justamente al tiempo en que el ejército blanco del almirante Koltchak se aproximaba a Ekaterinburg, fué tan prestamente seguido por una investigación oficial, que los detalles del crimen no han sido solamente razonable-

ta. El emperador había abdicado, y no había ninguna razón para que él no pudiera seguir viviendo en paz. Estando prisioneros en una casa en Ekaterinburg, la noticia de su condena fué recibida por el zar y la zarina Alejandra con dignidad. Todos los miembros de la familia imperial entera murieron como mártires. La investigación judicial demostró que la sección central del soviet en L'Oural, cerca de Ekaterinburg, temía que la llegada del ejército blanco de Koltchak diese por resultado la fuga de la familia imperial, probablemente a Alemania.

"Fué entonces resuelto que fueran fusila-

mente probados, sino que también se recuperaron los tristes restos de las víctimas, y después de tortuosos y secretos viajes por todo el mundo, han sido al fin confiados al cuidado de un oficial ruso, quien los guarda, en cuatro estuches sellados, en la bóveda de una familia de "cierto lugar de Francia".

El ex ministro de justicia, M. Starynkevitch, designado durante el corto período que duró el régimen Koltchak, ha explicado a nuestro corresponsal cómo fué gestionada la investigación que condujo al descubrimiento de los restos carbonizados de la familia real Romanoff, que se hallaban en un pozo de mina.

La investigación fué llevada a cabo por el juez Sokoloff, hombre de modestia y probidad a toda prueba, quien desafió a la muerte cien veces, disfrazado como labrador, para llegar a Ekaterinburg durante el tiempo que éste estaba ocupado por el ejército blanco. Starynkevitch nos dijo:

— Cinco días después del asesinato de la familia imperial rusa, destacamentos del ejército blanco ocuparon Ekaterinburg. Varios miembros de la administración de justicia eligieron al juez Sokoloff para dirigir la investigación del crimen. Sin embargo, debe recordarse que yo era un socialista ardiente, no un zarista.

dos inmediatamente. La resolución la confirmó el comité regional, el que transmitió la información a Moscú. Lenin no estaba en favor del asesinato, temiendo complicaciones eventuales. Por otra parte, la zarina era una ex princesa alemana; de modo que Lenin propuso que la familia fuera ofrecida en rescate por una crecida suma que quizá pagase Alemania. Sin embargo, dos miembros del comité central, Sverdloff y Krestinsky, eran asimismo miembros de la sección de L'Oural, y la idea del rescate fué abandonada. Cinco días después que el comité declaró su resolución, la familia imperial fué asesinada. Tres meses después de esta fecha, el comité central en Moscú admitió que el zarevitz había sido "removido", y no fué hasta ocho meses más tarde que el gobierno de Moscú admitió oficialmente que la familia entera había sido "suprimida".

"Habiendo llegado la orden a Ekaterinburg, un comunista llamado Jourovsky, encargado de la familia imperial en la casa donde se hallaba custodiada, informó al zar, a su esposa e hijos que hallándose tan próximo a Ekaterinburg el ejército blanco, se temían disturbios en las calles, y que sería más prudente que la familia entera descendiese al sótano para mayor seguridad. Tan pronto como la familia imperial, sus servidores y un perro descendieron al cavernoso sótano, Jourovsky mató de un tiro al zar. Una patrulla había llegado a la casa, y en medio de escenas del más espantoso horror, los miembros de la familia fueron exterminados uno a uno. La gran duquesa Anastasia, de diez y seis años y la más joven, contemplando el cadáver de su padre, muerto de un tiro que le atravesó la nuca, lloró y suplicó a los soldados que no mataran a sus hermanas; pero la investigación demuestra que ella misma fué golpeada, pasada por la bayoneta y luego ultimada a tiros, mientras que las aterrorizadas criaturas eran puestas en fila y fusiladas. Los cuatro servidores sufrieron la misma suerte, y la pasión salvaje de la patrulla no perdonó siquiera al perrito que había compartido el triste destino de la familia imperial. Entre los servidores se encontraba el doctor Botkine.

"Los cadáveres fueron transportados a un pueblo remoto, cerca de Fsga, donde se les roció con aceite y se les prendió fuego; después fueron mutilados y arrojados a un pozo de mina abandonado, donde fueron hallados por el juez Sokoloff. Las alhajas, ropas y otros objetos, incluyendo el anillo de la emperatriz, con la banda de oro estropeada para impedir el reconocimiento, fueron cuidadosamente recogidos y sometidos a un minucioso examen, pudiendo el juez Sokoloff y sus ayudantes convencerse de que los restos no eran otros que los de la familia imperial. Los restos fueron puestos en cuatro estuches, y su embarque para el extranjero, después de que Ekaterinburg había sido reconquistado por las tropas rojas, pudo solamente llevarse a cabo con la ayuda de oficiales y funcionarios aliados o bien llamados neutrales."

M. Starynkevitch terminó su narración con la profecía de que los soviets serán llamados algún día para rendir cuentas del crimen.

— ¿Cómo podrá hacerse? — preguntamos a Starynkevitch.

— Será el primer acto oficial de cualquier gobierno que reemplace al régimen soviético. Si cae el régimen, y caerá sin duda, lo primero que se hará en la mañana del segundo día, será entablar una investigación del crimen de la familia imperial. Los asesinos serán juzgados. Nosotros no olvidamos que entre ellos uno de los más responsables es Reboborodoff, quien después de la matanza, fué enviado al interior de Rusia, para ponerlo en salvo de los amigos del zar.



El zarevitz, o sea el hijo primogénito del zar de Rusia, también fué muerto en la noche trágica, al mismo tiempo que sus padres y sus hermanas

LAS DANZAS DE LOS RESTOS DE LA FAMILIA IMPERIAL

Todo lo que resta de la familia imperial rusa — tres cajas con objetos personales, ropas, alhajas y papeles, junto con la fúnebre urna que contiene los huesos carbonizados — pudo rescatarse con la ayuda de algunos oficiales.

La caída

del gobierno de Koltchak en Omsk no impidió a varios zaristas, tales como el juez Sokoloff y M. Giliard, ex tutor del zarevitz, completar su investigación de la matanza de la familia imperial y el embarque secreto de las cuatro cajas con sus 311 piezas de identificación. Una de las cajas, la que contenía los restos de la familia del zar, sus sirvientes y el perro, fué confiada al cuidado de un oficial norteamericano, Franklin Clarkson, vicecónsul en Siberia. Al partir de Omsk, el almirante Koltchak entregó la urna fúnebre al norteamericano, encargándole que la cuidase.

Koltchak, jefe del ejército blanco, resultó muerto cuando el tren fué detenido en Irkutsk, pero el tren pudo llegar a Marbin, donde flameaba una bandera norteamericana. El vicecónsul ignoró qué carga preciosa había custodiado, hasta que en Marbin cuatro oficiales blancos rusos tomaron la urna, lo saludaron y dijeron: "Excelencia, habéis tenido el honor de ser portador de todo lo que resta de la familia imperial rusa".

Las otras cajas habían sido ocultadas en el mismo tren, y el juez Sokoloff logró llegar a Marbin sin ser descubierto por los hombres que mataron a Koltchak en Irkutsk.

Una vez en tierra amiga, las cajas fueron reunidas y entregadas al general alemán Dietrichs, quien pertenecía al estado mayor de Koltchak, habiendo servido en el ejército de Checoslovaquia. Dietrichs, estando bajo las

órdenes del general francés Janin, quien era entonces jefe de las fuerzas francesas en Siberia, suplicó al francés que se hiciera cargo de los restos imperiales. El general Janin, amigo sincero y en un tiempo confidente del zar Nicolás, apeló a los oficiales del gobierno británico para que se hicieran cargo de los restos, pero ellos no aceptaron.

El general Janin tomó entonces posesión de las cuatro cajas, y emprendió viajes de puerto en puerto para eludir la captura o el espionaje de los bolcheviques. Finalmente, las llevó a Trieste, desde donde fueron enviadas a Francia, siempre acompañadas por un fiel guardián del viejo régimen.

Las cajas fueron enviadas primero a Shanghai, luego puestas en otros barcos que se dirigían al Oeste, hasta que al fin llegaron al Mediterráneo, y después de un último viaje en un



El zar, la zarina y sus hijos en la época feliz en que el "emperador de todas las Rusias" gozaba de su poder omnímodo. De ellos no queda ya más que un montón de ceniza guardado en una urna en un lugar indeterminado de Francia

barco italiano, se desembarcaron en Trieste.

En Francia el general Janin recobró las cajas, y comprendiendo su valor, las depositó cuidadosamente en la bóveda de su familia, en su casa de campo de los Pirineos, y procedió a comunicarse con los miembros de la familia Romanoff, desterrados en Francia.

— Es verdad — dijo el general Janin — que conseguí transportar a Francia los restos de la familia imperial rusa, que recibí de manos del general Dietrichs, jefe del cuerpo del almirante Koltchak. Los restos permanecieron en mi finca, en Serreizard, desde junio hasta octubre de 1920. Finalmente, los



Esta fotografía de la familia imperial rusa fué tomada poco antes de que fuera exterminada. En ella aparecen los miembros tomando el sol en el techo de la humilde vivienda que les servía de prisión

entregué a un amigo de la familia imperial, M. de Giers, ex embajador de Rusia en Italia, quien los tiene en su poder ahora.

El general Janin dijo que primero intentó entregar los restos al cuidado del gran duque Nicolás, pero el ex agregado naval M. Dmitryev, representando al gran duque, visitó al general Janin y le instó a entregar las cajas al ex embajador M. de Giers. El general Janin terminó diciéndonos:

— En octubre encontré a M. Dmitryev, quien me dió una carta del gran duque Nicolás, confirmando a M. de Giers el honor de custodiar los restos imperiales. Se había decidido en un principio entregar los restos al general Wrangel, pero más tarde su enfermedad nos impidió confiarle nuestra preciosa carga.

M. de Giers vive en Francia, y su custodia de las cajas es cosa bien sabida, aunque el lugar donde se hallan es conocido por contadas personas. M. de Giers afirma que están completamente seguras. Parece que las cajas serán guardadas hasta que se hagan más extensas investigaciones, o quizá hasta que una nueva situación en Rusia abra el camino para entablar un juicio que tomará por

base los hallazgos del infatigable Sokoloff, que ha fallecido.

HABLANDO CON EL GENERAL JANIN

Los restos de la familia imperial rusa se hallan no solamente en buenas manos, sino también bajo el cuidado especial de monsieur de Giers, ex embajador en Roma, y al presente refugiado en Francia.

De Giers guarda celosamente en una bóveda la urna que contiene los restos de la familia imperial, aunque no parece muy convencido de que sean auténticos.

No hallándose en Siberia durante el asesinato, de Giers nos declara:

— Naturalmente, soy escéptico y aguardo la prueba final y definitiva de que estos restos

(Continúa en la página 50)

COMO HE CAZADO VIVOS LOS ANIMALES...

(Continuación de la página 18)

caballo tan grande como un fox-terrier común. Tan manso lo creía yo, que llegué a compararlo con la de una esfinge, y tan difícil me parecía llegar a ser atacado por uno de ellos como por una esfinge...

Me llamaba la atención, sin embargo, su lomo, en gran parte despellejado. Era un tapir malayo de gran tamaño, de un peso aproximado de 280 kilos. Lo tenía reservado para un comprador de la ciudad de Kansas, quien a su vez lo vendería a algún zoológico de los alrededores. Ya he dicho que su lomo, y en una parte que abarcaba su casi total extensión, se hallaba falto de pellejo. Esta lastimadura se la había hecho en sus desesperados esfuerzos al pretender librarse de la trampa en que había caído.

En las afueras de Singapur se hallaba la aldehuela de Katong, donde di a Dahlam Ali, el indígena que tuve a mi servicio durante mis expediciones dentro y fuera del distrito malayo, las instrucciones necesarias para la construcción de una pequeña jaula destinada al tapir, y que fué hecha entre él y otro muchacho de su misma condición. La jaula consistía en un entarimado de una altura aproximada de un metro cincuenta centímetros, lo suficiente para que el animal no pudiera saltar. Cuando tres de sus lados fueron concluidos, lo conduje a su nueva vivienda. Jamás había visto yo un tapir con más apariencia de mansedumbre que aquél.

Confundiéndome, como he dicho, en la bondad del animal, penetré en su jaula, llevando una buena cantidad de untura. Allí estaba unos quinientos metros más allá, alimentando a una gran colección de pájaros raros por mí cazados. Haciendo de cuenta que me había convertido en un albañil, apliqué la untura de la misma manera que el obrero lo haría al poner la mezcla sobre la pared. Pero... en cuanto puse la mano sobre su lomo, comenzó a correr, seguido por mí, que no cejaba en mi empeño de curarlo. Y aquí vino lo inesperado. El tapir cesó de pronto de correr y me atacó, hundiéndome su cabeza en mi estómago y haciéndome caer de espaldas. De inmediato se arrojó sobre mí, su cabeza sobre mi pecho y sus patas traseras fuertemente hundidas en el suelo para tomar más fuerza. Traté en vano de zafarme con un gran esfuerzo para sacarme de encima su enorme peso.

¡Quién sabe qué pensamientos habrán pasado por su cerebro al experimentar en su lomo el contacto de mi mano con la untura! Aun suponiendo que el ardor provocado lo hubiera irritado, tengo la seguridad de que eso no era motivo suficiente como para hacerle suponer que se hallaba ante la presencia de un enemigo. El hecho es que el tapir me tenía prisionero. No hacía ruido alguno. Su pesado aliento me daba de lleno en el rostro. Sus ojos despedían fuego. Jamás he visto una expresión de tal odio como aquella vez en la cara de un tapir. Volví a querer zafarme y con un gran esfuerzo logré libertar un hombro; pero fué por poco tiempo, pues volvió a hundirme, aproximando todavía varios centímetros más su cuerpo al mío. Fué entonces cuando experimenté una sensación enorme de terror. Abrió su boca y quiso acercar sus poderosos dientes a mi rostro con intenciones no muy santas, por supuesto...

—¡Ali! ¡Ali!—grité, al mismo tiempo que trataba de desembarazarme de la fiera.

El animal logró avanzar aun más y pude apoderarme de sus dos orejas. Colocando la rodilla derecha bajo su hocico, traté de separarme. Esto aumentó su furor y sacudió la cabeza para librarse de mis manos, pero yo estima-

ba demasiado mi vida y no lo soltaba.

—¡Ali! ¡Ali!—llamé roncamente. ¿Por qué no venía? ¿Dónde diablos estaba? Pronto hallé la respuesta a mis preguntas recordando que lo había enviado a cuidar mis pájaros. Los maldije a todos al darme cuenta de que estaba muy lejos. ¡Quinientos metros!... ¡Y Ali no me oía!...

Las fuerzas me abandonaban. Mis dedos apenas podían ya apresar las orejas del endemoniado tapir. La espalda me ardía... Me faltaba el aliento. Pero, a pesar de todo, con uno de esos esfuerzos sobrehumanos que sólo tenemos cuando nos encontramos en inminente peligro de perder la vida, aseguré aun más mi rodilla en su hocico. Con renovado vigor la bestia seguía hundiéndome sus patas en mi cuerpo y produciéndome dolores espantosos.

—¡Ali! ¡Ali! ¡Ali!...

Puse lo último que me restaba en ese grito final. ¿Cómo es posible—me preguntaba—que sea yo víctima de este tapir?

Ya mis debilitados dedos nada podían hacer. Tan sólo la rodilla se mantenía firme, aunque sabía que pronto me fallaría también. Y fué justamente al darme cuenta de que escasos centímetros separaban mi rostro de aquellos horrendos dientes, cuando oí el grito salvador:

—¿Apa ini, tuan? ¿Apa ini? (¿Qué sucede, patrón?)

No fué necesario que se lo dijera a Ali, quien, llamando al otro muchacho, tomó una pesada pieza de madera que había quedado de la jaula y empezó a castigar al animal en la cabeza. Al oír los gritos, el otro malayo vino también.

Con más presencia de ánimo que Ali (cosa que me sorprendió, pues durante un período bastante largo de tiempo Ali había demostrado mucha más pericia que cualquier otro nativo del Asia), el muchacho tomó un grueso palo y lo introdujo en las abiertas fauces del tapir. Nada mejor podía hacerse en aquellos momentos. El animal retrocedió, sacudiendo la cabeza, en su afán de librarse del palo, al tiempo que Ali le sacudía fuertes garrotazos sobre la cabeza.

Me puse de pie, y, pudiendo apenas moverme por la enorme debilidad que de mí se había apoderado, me paré sobre uno de los tabloncillos e intenté saltar. Entonces el ayudante de Ali (aunque en este caso el verdadero ayudante no era él, sino Ali) me empujó, atrayéndome hacia sí y obligándome a dar una voltereta, no muy cómoda, pero eso sí muy eficaz. Allí permanecí una hora antes de poder levantarme. Cuando lo hice, fué con la ayuda de mis dos ayudantes. Tres días hube de permanecer acostado, con el cuerpo lleno de manchas azules y negras, recuerdo nada grato del "manso" tapir.

Ali se hallaba tan intrigado como yo. Para mí como para él, el tapir era el símbolo de la actitud pacífica en todo sentido frente a la vida. Traté de hacerle comprender que tal actitud no era más que la resultante lógica de una agresividad engendrada por un perpetuo temor. Sin duda alguna, el tapir había creído que yo me disponía a matarlo, y entonces trató de matarme. De

haber tenido el animal espacio para huir, lo hubiese hecho en lugar de hacerme frente. Lo cierto del caso fué que al levantarme volví a verme en la obligación de tener que curarlo. Y lo hice, aunque confieso que esta vez fué a través de la jaula y no dentro de ella. Poco después su lomo curó completamente, y a los tres meses lo embarqué con destino a Kansas, donde fué recibido por mi comprador. Al cabo de un tiempo recibí una carta de él en la que me comunicaba que el tapir era tan dócil y tan fácil de manejar como una oveja o un perrillo faldero.

Corran, ligero... que me quemé...

Las quemaduras hay que atenderlas en seguida. Sería una horrible tortura esperar... En cada hogar debiera haber a mano un frasco de Maravilla para aliviar pronto y mejorar casos así... y aún para disipar el peligro en muchas otras emergencias, como heridas, infecciones, irritaciones, etc...

MARAVILLA CURATIVA de HUMPHREYS

el remedio casero para muchos usos.



Necesitamos AGENTES

para vender corbatas finas, a particulares. Extenso muestrario. Comisión adecuada. Trabajo fácil sin riesgo y que requiere poco dinero.

Escriba por detalles a:

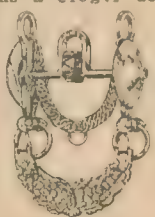
"DUFOR CRAVATE"
L. Sáenz Peña 277 - Buenos Aires

Artículos de Talabartería REGALAMOS

durante Agosto, Septiembre y Octubre, a título de propaganda, mercaderías a elegir de nuestros catálogos, por valor de \$ 9.- hasta \$ 207.-, a cada persona, de acuerdo con nuestro plan de propaganda.

Pidan Catálogos de Talabartería en general y vale gratis, a:

MANUEL M. ARIAS
Montes de Oca, 1668, Bs. As.



GRATIS

Le OBSEQUIAREMOS a usted con una preciosa MÁQUINA FOTOGRAFICA modelo 1931, a título de propaganda.

La máquina más perfecta que existe. Escribanos mandando su nombre y dirección acompañando \$ 0.25 en estampillas para gastos de envío.

COMPANIA INDUSTRIAL AMERICANA S. A.

EMILIO MITRE 781 - BUENOS AIRES

LOS DOLORES DESPUÉS DE LAS COMIDAS

Si experimenta Vd. dolores de estómago algún tiempo después de las comidas, es casi seguro que sufre de hiperclorhidria o secreción de jugo gástrico demasiado ácido. Este exceso de acidez provoca la fermentación de los alimentos, que dan la sensación de un plomo en el estómago y causan sufrimientos atroces. Para proporcionar un alivio rápido puede tomarse media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada en un poco de agua después de las comidas o cuando se sienta el dolor. La Magnesia Bisurada neutraliza casi instantáneamente la acidez excesiva, calma la mucosa irritada y evita las acedías, calambres, ardores, pesadeces y todas las dolencias provocadas por una acidez excesiva. La Magnesia Bisurada, que es inofensiva y fácil de tomar, se vende en todas las farmacias. Los Médicos recomiendan la Magnesia Bisurada.

GRATIS

a Señoritas y Caballeros.

Escriba hoy mismo a esta Compañía y podrá obtener Gratis esta Valija Portátil modelo 1931.

The Liberal Co.
25 de Mayo
347
Buenos Aires



REGALAMOS

UN AUTOMOVIL FORD

Puede ser suyo. Envíe su dirección a la

Casas Paq. Garay 1235
BUENOS AIRES

MUCHO DINERO

puede Vd. ganar, criando Conejos de la mejor raza. La más divertida distracción. Proporcionamos el planter y la jaula, comprando la producción.

Pida informes gratis

"LA JOSEFA"

Gral. Miller, 5462

Lanús (Oeste) F.C.S.



A TODO HOMBRE INTERESA

Conocer el Nuevo Método "CIDEX" para Desarrollar y Regenerar el VIGOR SEXUAL a cualquier edad, sea por causa abusos o enfermedades. Procedimiento Fácil, Seguro e Inofensivo: Privilegiado por el Superior Gobierno de la Nación, bajo N° 26.243. Solicite, por carta, el Libro Científico Ilustrado de 80 páginas del Dr. C. I. Dayet: se remite en sobre cerrado y sin membrete, acompañando \$ 0.50 o su equivalente en sellos de correo para gastos.

INSTITUTO M. A. "CIDEX" - Casilla de Correo 23, Suc. 21 - Bs. Aires



AL ENLACE POR EL CIVIL sólo deben concurrir acompañando los novios, las personas que deban actuar como testigos.

* * *

EL CASARSE POR EL CIVIL EN EL DOMICILIO, lo permite la ley, sólo en los casos de "artículo mortis", de lo contrario está gravado con una fuerte suma, la que tiende a impedirlo.

* * *

EL JEFE DEL REGISTRO CIVIL no tiene ninguna obligación de pronunciar, en el acto del casamiento, palabras de consejos y notas de dicha para la pareja. Esto queda librado a la inteligencia y facilidad de palabra de cada jefe.

* * *

LAS INVITACIONES y participaciones de un enlace, es de rigor enviarlas con diez días de anticipación a la fecha en que se verificará la boda.

* * *

AL ENTRAR EN LA IGLESIA tanto el novio como la novia deben tomar el brazo izquierdo de la persona con quien entra. Sólo en los casos de que el padre sea militar o lleve uniforme con espada la novia tomará el brazo derecho de su acompañante, gesto que deberán imitar el novio y todo el cortejo.

Tendremos una casita tan pequeñita, que a poquita felicidad que entre en ella la llene toda.

Jacinto Benavente

EN LOS CASAMIENTOS TARDÍOS, nos referimos a que una señorita por cualquier causa haya debido esperar a tener más de cuarenta años para efectuar su enlace, no rige para esta novia la "toilette blanca". Queda al juicio y gusto de ella el color que puede adoptar.

* * *

SI UNA VIUDA es pedida nuevamente en matrimonio, viviendo los padres, es a ella a quien debe dirigirse el novio para formular el pedido de mano, lo mismo que si se tratara del primer matrimonio.

* * *

LA LEY MARCA DIEZ MESES, como mínimo para que una viuda o un viudo pueda volverse a casar, pero las conveniencias sociales indican la espera de dos años, que es el tiempo máximo del luto a llevarse por una esposa o esposo.

* * *

UNA ANECDOTA MATRIMONIAL

Los nombres de esta historia los omitiremos, limitándonos exclusivamente a dar las iniciales, y, quizá, muchas personas recordarán el caso, pues mucho dió que hablar hace unos años a la sociedad porteña. Ella sólo tenía veinte años. Sus iniciales, A. M. del C. El, setenta años. Sus iniciales,

Esta página queremos que sea un verdadero consejero para los novios, por eso contestaremos en ella toda pregunta que nos sea dirigida sobre este tema.

DIRIJA USTED SU CORRESPONDENCIA A Sección

"CONSEJERO DE LOS NOVIO"

Redacción de

RIO DE JANEIRO 300 — BUENOS AIRES



DEBE HAY RECEPCION, después de una boda, pero que es muy íntima, por luto o por cualquier otra circunstancia, debe el novio o la novia, escribir de su puño y letra la invitación al pie de la participación oficial. Los padres de los contrayentes deben invitar aparte.

* * *

los recién casados deben cumplir de inmediato con las reglas sociales, es decir, retribuyendo en alguna forma toda atención recibida en su enlace. A los íntimos se les debe visitar, y a los que enviaron un obsequio, una tarjeta agradeciendo el recuerdo. Nuestras costumbres se han modernizado con la época, y ya no es necesario, como antaño, que el esposo acompañe a la señora en estas visitas, pues se acepta que la visita de la esposa es valedera por los dos.

* * *

CUANDO LOS DOS NOVIO

TAS, debe requerirse la autorización del obispo de la diócesis. Una vez conseguida, la boda puede realizarse, pero nunca en el altar mayor, sino en la sacristía. Terminada esta ceremonia, los contrayentes se dirigen a la iglesia protestante, donde un pastor bendice nuevamente la unión. Débese siempre conceder en esta unión prioridad a la religión que profesa la novia.

Hay que saber "si el hombre que se ha dignado tomarnos por esposa nos cree seres con alma... o simplemente un animal doméstico".

EN MAYO ES PELIGROSO CASARSE, a pesar de simbolizar, para algunas regiones del orbe, la fertilidad. Sin embargo, se considera como el de peor sombra para el matrimonio. Hace la friolera de veinte siglos, escribía Ovidio: "Sólo las mujeres malas se casan en mayo", y los ingleses tienen hoy un proverbio que en substancia viene a decir lo mismo. Los franceses participan de esta superstición, y sin duda creen que en este mes son más frecuentes las reyertas matrimoniales. En Borgoña había, en otro tiempo, una ley dictada formalmente que prohibía a los maridos pegar a sus mujeres en el mes de mayo, bajo pena de ser paseados públicamente tres días sobre un borrico, sin poder comer otra cosa que pan, queso y agua. Tan curiosa disposición estaba todavía en vigor y hubo de cumplirse más de una vez, por cierto, en 1840.

* * *

E. C. C. El sacerdote que los casó, famoso ya por sus espirituales razonamientos, indignado al ver la diferencia enorme en la edad de los contrayentes, terminada la boda, dirigió sus ojos al cielo y, muy contrito, exclamó las palabras sagradas de la Pasión:

— ¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!...



En la boda principesca de la princesa Isabel de Orleans Braganza, con el heredero del trono de Francia, conde de París, la princesa lució este regio modelo, mandado hacer en riquísimo brocado blanco. El modisto que lo ejecutó era el famoso Worth, quien primeramente lo concibió en satén rojo, con el tul de un tono algo más pálido y unido a una cofia de cuentas de cristal.

La princesa creyó, con gran acierto, que con el original color perdía la toilette todo su encanto, y lo cambió por el eterno símbolo de la pureza: el blanco.

La larga cola se divide en cuatro paños.

(En el recuadrito, la pareja saliendo de la catedral de Palermo (Italia), después de realizada la principesca boda.)

Figurines y



1.—Vestido cerrado, con pliegados bordeando el cuello. Para niñas de dos a ocho años



2. — Adornos de plegados iguales al anterior, y además sobre la manga. Pantalón corto sostenido por botones



8. — Bonito modelo de vestido de fiesta, para niña, con fruncidos y mangas cortas y abultadas sobre los hombros, que finalizan también en fruncidos



3.—Trajecito con cuello marinero, en azul marino, que hace juego con el pantalón del mismo color, en el que pueden colocarse grandes botones blancos que hacen muy buen efecto



4.—Vestido para niña, con cuello redondo adornado con puntillas. Manga larga terminada en puños blancos y bata con adornos de motas en negro



5.—Para este modelo pueden ser utilizados géneros en dos tonos diferentes; uno para la parte lisa y otro para los adornos

6.—Género de algodón con adornos moteados. Puños estilo mosquetero y cuello cruzado adelante en la forma que puede verse

7.—Es idéntico al número 5, sólo que posee además estampados florales y manchas cortas

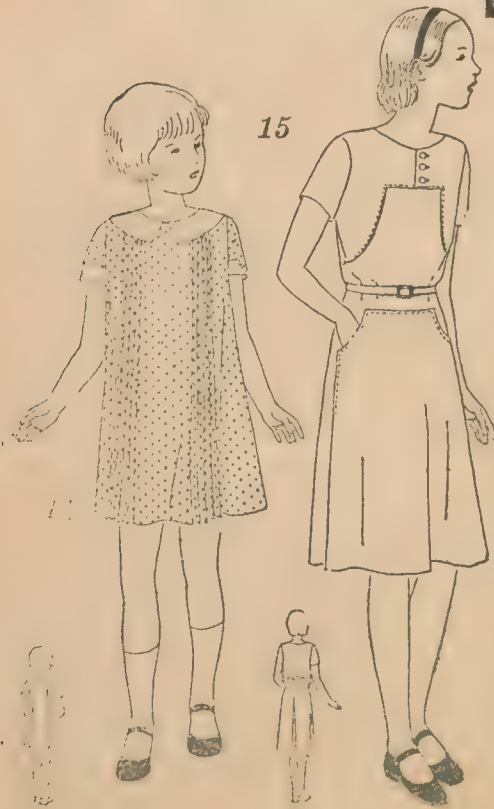


9.—Trajecito de algodón formado de dos piezas, consistente en blusa y pantalón. Para criaturas de dos a cuatro años

10.—Modelo de una sola pieza, en crepe de Chine, con elegantes fruncidos y mangas cortas y abultadas sobre los hombros

11.— *Vestido femenino, de una sola pieza, en crepe, designado para niñas de ocho a catorce años*

12 y 13.— Dos trajecitos iguales, con el novedoso estilo de cuello abierto que puede observarse. Hechos en crepe de Chine para niñas de uno a ocho años

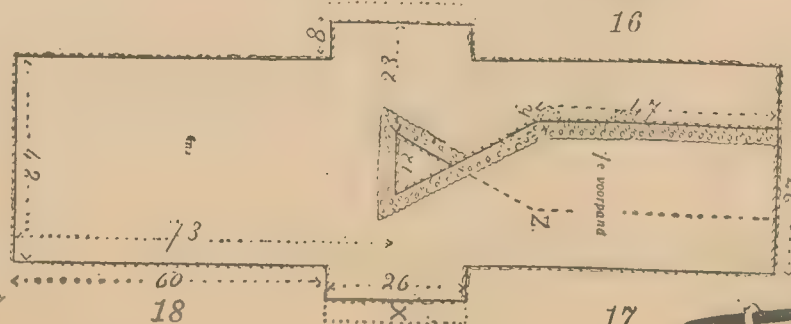


14.—Pequeños
plegados en
cuatro partes
diferentes del
modelo, con
mangas cortas,
adornos de mo-
tas en negro

15.—Modelito en tono crema, con falda originalmente diseñada. Cinturón con hebilla y mangas cortas



16



17



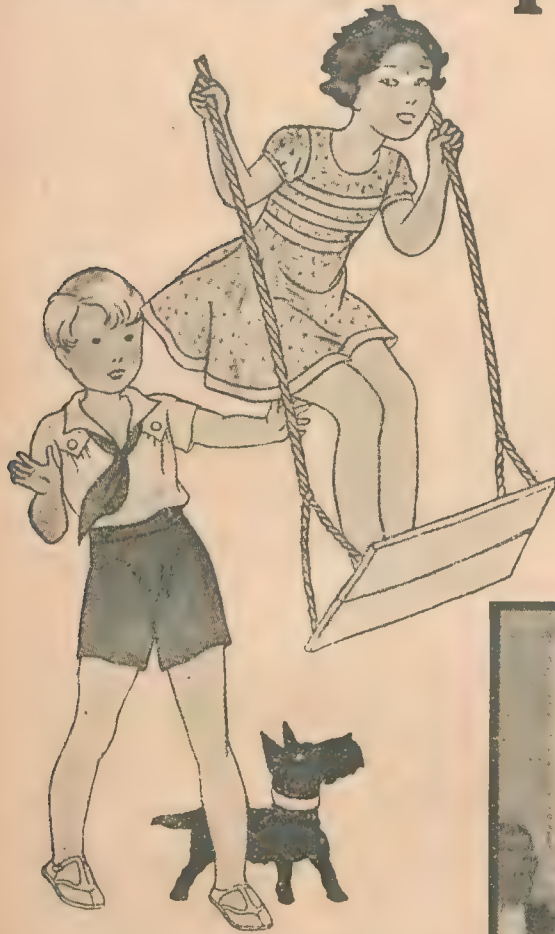
19



18

16, 17 18 y 19. — La "robe de chambre" se hace toda en lana al tricot. El borde, las mangas y el contorno del cuello al bajo se hace como lo indica la aguja, con lo que se logra la imitación del "astrakán". Una cadena y una boria de la misma lana lo terminan

Labores para los Niños



20.— La blusa de este niño es de reps "bonalo é cru" y el pantalón en sarga marina. Medidas: Mts. 0.80 en 0.80

21.— Vestido de niña en "bonalo", cortado en bandas de "bonalo reps" unido. Medidas: Mts. 1.25 en 0.80



22.— Traje de niño en tela rosa, adornado con un cinturón de cuero rojo



23.— Juego de vestidos para muñecas, consistente en un saquito y un sombrero en crepe de Chine, un vestido de batista liviana y un sencillo kimono. Son todos ellos en tonos blancos con sencillos adornos de flores



24.— La niña de la izquierda usa un vestido en crepe de Chine verde pálido con cinturón, con lazo y hombreras abultadas.

La que le sigue lleva con toda la dignidad de su escasos seis años el modelito en crepe de Chine, en tono rosa con lazo y falda plegada.

La pareja de mellizas del centro usan trajes de georgette en verde, con adornos de círculos de satén en el cuello y falda.

El niño luce un trajecito con cuello marinero, finalizado en lazo.

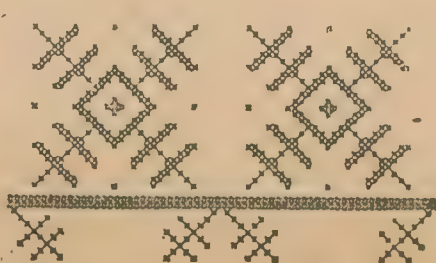
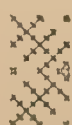
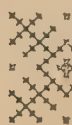
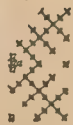
Y por último, la niña de la derecha luce un magnífico modelito para fiestas, en crepe de Chine rosa con adornos de triángulos en azul.



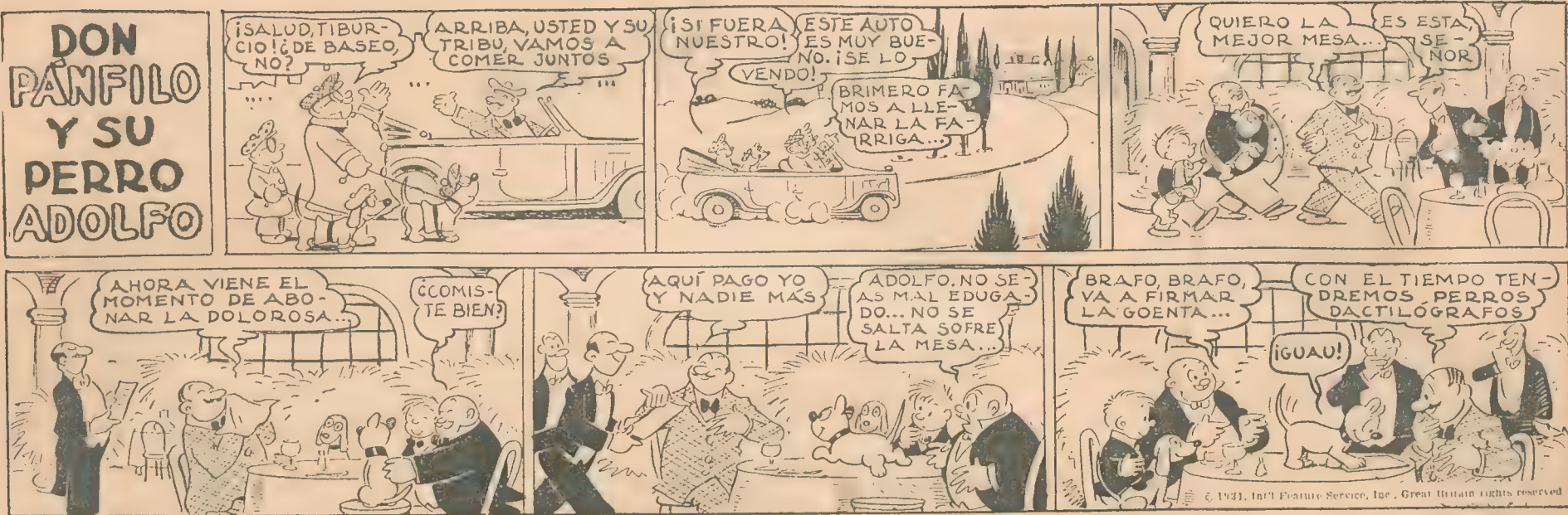
28.— Otro bonito juego de vestidos para muñecas, compuesto de una bata y sombrero de lana suave y un calzón de batista. La muñeca que se halla en la parte inferior posee una enagua, un amplio cuello y calzón de georgette con alegres adornos



25, 26 y 27.— TRAJES RUSOS. Chaqueta, delantal, blusa y dos encantadores trajecitos para niñas, que constituyen una labor rápida e interesante. Se aplica sobre la tela un cañamazo y se bordan los motivos en punto cruz, utilizando hilos multicolor



DON PANFILO Y SU PERRO ADOLFO



SOMBRAS EN LAS ALMAS (Continuación de la página 17)

ban tan escondidas, que durante kilómetros y kilómetros no se veían sino árboles y sierras.

—Guillermo — díjole Luis a su amigo, — ésta es mi hermana y éste es su hijito. Como queremos ocultarnos de la policía, harás el favor de comunicárselo a todos, a fin de que ninguno diga una sola palabra.

—Entendido. Puedes confiar en mí.

Todo parecía marchar perfectamente. Además, el abogado de Luis mandó los originales de éste a un colega amigo en Oregon para que él los despachara a la casa editora.

Algún tiempo después, cuando Luis vió que su hermana estaba más repuesta, le pidió que le diera detalles sobre lo ocurrido.

—Vicente — empezó Lola, — quería obligarme a firmar un papel ordenándote a entregarme mi parte, a fin de que la administrara yo misma. Ramona, mi mucama, había salido y yo estaba completamente sola con el nene. Vicente me amenazó con pegarme, y cuando me rehusé a firmar, me golpeó brutalmente. Entonces yo corrí a mi alcoba, y, al pasar por el escritorio, me apoderé del revólver de Vicente, pues tenía miedo de que él lo usara. ¡Si lo hubiera dejado donde estaba!...

—Vicente te hubiera matado con él. — Golpeó en mi puerta, amenazando matarme. Al rato se retiró, y yo oí cómo cerraba la puerta de calle. Y luego el ruido del motor del auto. Pasaron algunos segundos. Algo más repuesta, comencé a poner en una valija algunos objetos. Tomé a Luisito en mis brazos, y estaba preparándome para salir, cuando me decidí a escribirle una carta en la que le decía que me iba para siempre. Pude dejarla en el escritorio justamente en el momento en que Vicente volvía. Comprendí que iba a pegarme, y corrí a depositar mi hijito sobre el diván, pues sabía que él me hubiera golpeado aun teniendo al pequeño en brazos. Como tenía miedo de los golpes, saqué el revólver de mi cartera, solamente para atemorizarlo.

—Pero, Lola, tú hubieras podido decir que fué en defensa propia y de tu hijo.

—¿Sin testigos? ¿Y con sus parientes prontos a declarar que una vez yo le había amenazado de muerte? Además, ellos me odian y hubieran hecho lo posible para mandarme a la cárcel.

—Tienes razón, Lola.

—Vicente — prosiguió Lola, — vió el arma y se abalanzó para quitármela. Comprendí que iba a matarme y me apresté a luchar. Durante la lucha que sostuvimos, sonó un tiro y yo caí desvanecida, pero creo que me recuperé en seguida. Al abrir los ojos, vi a Vi-

cente en el suelo, muerto. Presa de un pánico horrible, tomé a mi hijo y escapé a tu departamento. Eso es todo, Luis; pero ha sido lo suficiente para arruinar para siempre tu vida y la mía.

Julia volvió una vez más a Wytheville. Allí se quedó varias semanas tomando fotografías de pájaros. Todos los días salía a pasear por los alrededores, recorriendo los lugares que antes había visitado con Luis. Esto la entristecía muchísimo, pero ella no quería abandonar la casa de su amado, pues estaba esperanzada de que él volvería algún día a la casita que tanto amaba.

Sentada bajo la galería, coloreando las fotografías, se encontraba absorbida en su trabajo, cuando vió que se acercaba a la casa un auto guiado por un hombre joven. Se detuvo el vehículo.

—¿La señorita Méndez? — preguntó el que guiaba.

—La misma. ¿Cómo lo sabe usted? Usted debe saber algo de Luis, ¿verdad? — se apresuró a preguntarle Julia, tratando de dominar su nerviosidad.

—Conozco a Luis Marondi, pero desconozco su paradero. Llegué hasta aquí para averiguar si estas buenas gentes saben dónde está, y me he encontrado con usted, — le contestó, alargándole una tarjeta.

—Doctor Adames — imploró Julia, — usted debe saber y debe decirme dónde está Luis. Nada me importa lo que haya hecho. ¡Necesito encontrarle! Tengo gran fe en él.

—Lamento muy de veras no poder complacerla, señorita, pero el caso es que yo mismo estoy buscando a Luis Marondi.

Adames obedecía a las instrucciones que había recibido de Luis, pero en su interior le reprochaba el haberle colocado en esa situación tan penosa frente a aquella joven.

El doctor Adames pasó la noche allí ocupándose en revisar algunos de los papeles de Marondi.

—He revisado todo — dijo el doctor Adames a la tarde siguiente, al despedirse de Julia, — pero sé tanto como antes...

Las palabras del abogado convencieron a Julia de que él decía la verdad. Lo dejó alejarse en su auto, y entró en el escritorio de Luis. Sobre la mesa encontró un volumen que había sido bajado del estante por Adames y dejado abierto. Julia se aproximó y vió que estaba abierto justamente en un mapa del condado de Grayson. Ella recordaba que Luis le había hablado una vez de Grayson Hills, de sus amigos los montañeses, fabricantes clandestinos de whisky.

Julia pensó en seguida que si los

cerros de Grayson constituían un refugio seguro para los fabricantes de whisky, bien podrían haber dado albergue a Luis. El jefe de estación le había dicho también que cerca de Crockett vivía un chacarero llamado Baumgartner, quien además de la chacra, tenía una especie de hostería, y Julia decidió trasladarse allá de inmediato.

Un día Julia subió muy alto en la montaña. Su auto ya no podía ir más adelante, así que decidió bajarse para continuar el camino a pie. Tomó la cámara y comenzó a caminar hacia una casita que había divisado, semiescondida entre los árboles. Al acercarse pudo ver a un niño en un pequeño jardín. Vió también en el momento de acercarse a la casa que un hombre salía de ella.

—¿Luis! — gritó la muchacha. El hombre había tomado al niño en sus brazos, y al oír su nombre se dio vuelta con presteza, casi dejándolo caer al reconocer a Julia. Lola, que había salido detrás de su hermano, se aproximó a él.

—Toma a Luis — le dijo él, alcanzándole la criatura.

—¿Mamita, mamita! — gritaba el pequeñuelo señalando a Julia, pues era una curiosidad para él ver una persona extraña.

—¿Mamita? ¿Luis? Será ella... — Julia no pudo proseguir.

Lola, que se había dado cuenta de que aquella joven significaba algo para su hermano, respondió prontamente:

—¡No; no estamos casados!

—Cállate, Lola — dijo Luis, y comenzó a caminar hacia donde se hallaba Julia; pero ésta, después de haber escuchado las palabras que había proferido Lola, se dio vuelta, echó a correr, y, subiendo a su coche, trató de alejarse antes de que el hombre pudiera alcanzarla. Los gritos desesperados de Luis sólo conseguían aumentar la velocidad de la carrera de la mujer.

Estaba convencido de que ella podía oírle, puesto que el auto hacía muy poco ruido, pero Julia ni siquiera volvió la cabeza.

¿Por qué había dicho la mujer que no eran casados? Julia no podía comprender. ¿Sería posible que Luis viviera con una mujer sin ser casados? La pobre no quería convencerse, pero ahí tenía la prueba: había visto a Luis, su Luis, en compañía de aquella mujer; el niño se llamaba también Luis y decía "mamá" a la mujer. ¿Qué más podía pensar? Además, por la edad del niño, Julia calculó que habría nacido más o menos un año antes de conocerlo a Luis. La joven llegó a la conclusión de que Luis era el padre de la criatura y que habría rehusado casarse con ella para retirarse a cuidar

de su mujer, defendiendo sus derechos de padre.

Al mismo tiempo que el coche de Julia iba perdiéndose a la distancia, Luis emprendió camino hacia la casa de su amigo Guillermo. Este le dijo que no había visto a ninguna forastera por los alrededores, aunque le habían dicho que una joven se hospedaba en la chacra de Baumgartner desde hacía algunos días.

—Guillermo — dijo Luis, — no me animo a llegar hasta allí todavía, pero desearía que me hicieras un gran favor. Irás a la hostería, buscarás a esa mujer y le entregarás una carta.

Guillermo estaba dispuesto a hacer cualquier favor a Luis, pues además de apreciarlo mucho, recibía buena remuneración por sus servicios.

—Pensándolo bien, Guillermo: no escribiré ninguna carta; tratarás de hablar con ella, y si llegara a rehusarse, le dirás que la mujer que vió es mi hermana.

—¿Y si hubiera alguno presente?

—Lo mismo le dirás que esa mujer es mi hermana; quizá así consienta en hablar a solas contigo; entonces le dirás que debe regresar en seguida.

Guillermo había entendido; su carro estaba casi listo, de modo que no tardó mucho en despedirse de Luis.

Cuando Luis regresó a su casa, encontró a Lola sumamente apenada.

—Luis — le dijo, — esa mujer significa algo para ti; ¿por qué has guardado el secreto?

—No era mi deseo afligirte, Lola. Bastante has tenido que sufrir sin que yo motivara una nueva aflicción para ti, estoy seguro de que todo se arreglará.

—¿Quién es, Luis?

—Julia Méndez, la que hace las ilustraciones para mis libros.

—¿No significa nada más que eso para ti?

—Prefiero no hablar de eso ahora, Lola. Más tarde te contaré.

Lola corrió hacia Luis y lo tomó fuertemente de los hombros, y él comprendió que ya no era posible continuar ocultando la verdad a su hermana.

—Lola, amo intensamente a esa mujer; esperábamos, es decir, espero casarme con ella algún día...

—¿Faltaba mucho tiempo para la boda antes de que me trajeras aquí?

—No, no mucho; hubiera querido darte la noticia cuando llegué a Chicago; pero tú estabas tan afligida con tus propios asuntos, que no quise decirte nada, esperando una ocasión más oportuna; luego la tragedia... Pero no te aflijas: todo se arreglará pronto.

Guillermo regresó, pero solo.

—¿Vendrá? — preguntó Luis con ansiedad.

—Mucho me temo que he fracasado,

Luis. Cuando llegué al hotel, ella había partido ya...

— Gracias, Guillermo.

Este, lamentándose del fracaso, se despidió.

— Luis, debes escribirle en seguida dándole una explicación — le dijo Lola.

— Todavía no. Lo primero que debo hacer es sacarte de aquí; te llevaré a New Orleans y de allí te mandaré a la Argentina.

— No, no Luis. Tú la amas y debes ir hacia ella; yo ya te he causado bastante dolor.

— Es más que amor lo que siento por Julia, pero no discutiremos eso ahora. Saldrás en un vapor mercante para la Argentina. Allí estarás en salvo. La provincia de Córdoba posee un clima muy saludable para ti y el nene; además, hay una buena colonia inglesa y norteamericana, y estarás muy bien. Hace ya algún tiempo que estaba pensando en eso, con preferencia a Italia.

Como no tenían mucho que aprontar, en pocos días estuvieron listos para iniciar su salida de Grayson Hills.

Al día siguiente emprendieron el viaje. No tuvieron ninguna dificultad. Lola se embarcó tranquilamente, navegando con destino a la América del Sur, bajo un nombre supuesto, aunque acompañada también de Luis, quien, a último momento, no quiso dejarla ir sola.

Algunas semanas más tarde, Lola se encontraba instalada en una linda casita de Córdoba, rodeada de todas las comodidades posibles. Sólo entonces se decidió Luis a dejarla sola.

A su regreso a Nueva York, se dirigió al estudio de su amigo Adames. Este lo recibió cordialmente, aunque haciéndole prometer de que hablarían de todo, a excepción de su ausencia y las causas que la habían motivado. Desde allí fué al departamento donde vivía Julia con su hermana. Esta lo recibió fríamente y ni siquiera le invitó a entrar. Cuando Luis le preguntó si sabía dónde estaba Julia, ella le contestó que nada sabía. Luis comprendió que la señora de Gutiérrez no prestaría oídos a sus explicaciones, y se retiró apesadumbrado.

El editor Máspero trató de no sorprenderse al ver entrar a Luis en su oficina.

— Lo hemos buscado a usted inútilmente, amigo.

— Lo siento mucho, pero era necesario — fué el único comentario de Marondi.

Luego hablaron de negocios, y en seguida le preguntó si sabía el paradero de Julia.

— Ayer estuvo aquí.

— ¿Continúa viviendo con su hermana?

— Seguramente.

Marondi se despidió del editor con la idea de volver todos los días hasta encontrar a Julia. Como tenía miedo de que la policía llegara a descubrirle, adquirió un par de anteojos ahumados, a fin de no ser reconocido fácilmente.

Tres días seguidos habló por teléfono con la hermana de Julia, pero cada vez se le dijo que no estaba y que no se sabía cuándo regresaría...

Una semana después la encontró en la calle, frente a las oficinas de Máspero. Ella trató de pasar, simulando no haberle visto.

— ¡Julia! — le gritó Luis, cerrándole el paso.

— Por favor, no me detenga...

— Debes escucharme, Julia. Yo quiero...

— ¡Luis, yo lo odio a usted! ¿Cómo se atreve a dirigirme la palabra?

Y en la mirada de la mujer fulguró un relámpago del odio contenido desde hacía tanto tiempo.

— Pero, Julia, todo es muy fácil de explicar. ¡Si tan sólo quisieras oírme!...

Ella hizo ademán de retirarse, pero él la tomó del brazo.

— ¡No me toque, usted!

— ¡Julia!

Pero ella logró escabullirse entre la gente que llenaba la calle, alejándose del lugar. Luis quedó desesperado. Entró en casa del editor pensando que quizá Julia volvería más tarde; pero ella, imaginándose que él estaría todavía allí, pues le había visto entrar, mandó parte de su trabajo por un mensajero.

Mientras tanto, Luis le exponía luego a Máspero su proyecto de hacer un largo viaje. Este lo invitó a cenar en su casa de campo.

— Allí podremos hablar mejor y cambiar nuevas ideas.

Hacia un buen rato que se hallaban en la casa de Máspero, cuando se oyó el estrépido de un motor.

— ¡Caramba! — dijo Máspero. — Me parece que se acerca un auto. Espéreme un momento, que voy a ver quién es.

Salió hasta la verja y se quedó mirando atentamente. Algunos minutos después entró acompañado de Julia. Luis comprendió en seguida que el buen Máspero estaba empeñado en ayudarlo, y que había invitado a Julia con

el objeto de conseguir una reconciliación. El se dio cuenta, por la expresión de enojo que vió en su cara, que ella no sabía nada y que no esperaba encontrarle allí.

— Un momento, por favor: deseo que escuchen la palabra de un hombre viejo y de experiencia. Amo la alegría y la felicidad. Ustedes también. Sé que los dos se quieren. ¿Por qué tratan de odiarse? Tratemos de olvidar lo pasado; sé que razones muy poderosas les habrán obligado a tomar esa resolución. Por lo menos, les pido que dejen de lado sus rencores por esta noche...

Julia asintió y se dirigió hacia Luis.

— Buenas noches, Marondi.

— Buenas noches, Julia.

Al oír que la llamaba familiarmente por su nombre, ella no pudo ocultar un gesto de disgusto. Sin embargo, preguntó:

— ¿Cómo está su esposa?

— ¡Por favor, Julia! ¡Si Luis no es casado! — exclamó el editor.

— Ya lo sé, — dijo Julia, con gesto altivo. — Solamente le preguntaba por la mujer que estaba con él, porque no me es posible llamarla de otra forma, tratándose, como usted dice, de un caballero.

Luis quería gritarle que no fuera tonta, que la mujer que ella había visto no era más que su hermana; pero no se animó pensando en las consecuencias que aquella declaración podría traer para su hermana, cuya seguridad vigilaba él desde lejos.

El editor también lo miraba fijamente, esperando la contestación de Luis; pero él, pensando en que las palabras serían inútiles, aunque el silencio era peor, hizo lo único que podía hacer: corrió al vestíbulo, tomó su sombrero y se dirigió al auto. Saltó dentro, puso el motor en marcha y retrocedió para enderezar el coche, pero al hacerlo oyó un grito de terror proferido por una mujer.

Luis quedó petrificado en su asiento. Lo primero que pensó fué que quizá Julia habría corrido detrás de él para alcanzarle, y que él, en su ofuscación, había dado marcha atrás, apretándola con el coche.

Se repuso pronto, y, saltando del auto, corrió para ver a quién había herido. Tirada en el suelo, encontró a una mujer, aun cuando no era Julia. Luis no la había visto nunca. La tomó en sus brazos para transportarla a la

(Continúa en la página 52)



LUMBAGO

Dolor de Cintura REUMATISMO

“¡Ay... mi cintura!”

No puedo enderezarme si me inclino. Siento una impresión como si una mano férrea me torturara los músculos, produciéndome fuertes dolores!...”

“¡Ay... mi cintura!”

Miles de personas victimas de la tortura del lumbago repiten estas palabras constantemente. ¡Cuántas han llegado al extremo de enfermar por los síntomas que pueden revelar trastornos de los riñones!

Es de vital importancia que Vd. sepa que el mal que sufre puede ser originado por venenos existentes en la sangre. Siendo así, el único medio razonable para curar sus males es estimular los riñones para que desempeñen su función natural de mantener la sangre libre de impurezas que causan dolores. Es fácil suponer que parches aplicados a la cintura no pueden eliminar las molestias de los riñones.

En casos de lumbago, dolores crónicos de cintura, reumatismo, ciática y otras enfermedades provenientes de los riñones, las Píldoras De Witt resultan un medicamento de confianza y económico.

No pretendemos que se fíe de nuestras palabras; consulte con su médico sobre las buenas cualidades de los componentes de las Píldoras De Witt. Compre un frasco y comience su restablecimiento. Asegúrese de que le vendan Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga.

Deseamos que todos conozcan las Píldoras De Witt. Esta es la razón por qué disponemos de una gran cantidad de muestras listas para enviarlas a quienes las soliciten. Escribanos hoy mismo pidiendo un suministro gratis para ensayo. Numerosos favorecedores de las Píldoras De Witt se han convencido de la bondad de este tratamiento haciendo uso de una muestra. Las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga no pueden dañar a la persona, más delicada y pueden tomarlas jóvenes y ancianos.

**GRATIS—Suministro para ensayo de
PILDORAS DE WITT**
para los Riñones y la Vejiga.

**PILDORAS
DE WITT**
PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

Pueden ensayarse en casos de
**REUMATISMO, CIÁTICA, DOLOR DE CINTURA,
LUMBAGO, DEBILIDAD DE LA VEJIGA,
MOLESTIAS DE LOS RIÑONES, CISTITIS**
y todas las enfermedades de los Riñones y la Vejiga.

SU MEDICO SABE CUAN BUENAS SON

Con el ínfimo gasto de la estampilla de franqueo, Vd. sabrá que este tratamiento con 40 años de existencia puede aliviar sus dolores.

**REMITANOS ESTE CUPON
—HOY MISMO.**

Sres. E. C. De WITT & Co. Ltd.,
(Depto. MA 18), Casilla de Correo 1550,
Buenos Aires.

Sirvanse enviarme, libre de gastos, un suministro de las famosas Píldoras De Witt.

Nombre

Dirección

Escriba con claridad

Envíe el cupón en sobre abierto. Estamp. 3 ctvs.

Desinfección de los riñones



Los riñones, por su misión de obrar como filtros de la sangre, están expuestos constantemente a infecciones y desgastes prematuros, de graves consecuencias para la salud. Dolores en la espalda, especialmente en la región lumbar, cansancio, debilidad y malestar general, son muchas de las veces los signos que revelan el mal funcionamiento de los riñones. En este caso es necesario que ayude a su organismo, pero no con emplastos u otros medios antiguos, sino mediante una desinfección interna eficaz por medio de la UROTROPINA, producto científico, recomendado por los médicos más eminentes del mundo contra las infecciones de los riñones y de las vías urinarias. La Urotropina aclara la orina turbia, hace cesar los dolores, las punzadas y el escozor al orinar, detiene la formación de cálculos y arenillas e impide las inflamaciones dolorosas de todo el aparato urinario.



TABLETAS SCHERING DE
Urotropina
FRASCOS DE 50 TABLETAS

URINARIAS AMBOS SEXOS

LO MAS EFICAZ, COMODO, RAPIDO,
RESERVADO Y ECONOMICO

Sin molestias y sin que nadie se entere, sanará rápidamente de las enfermedades de las vías urinarias en ambos sexos por antiguas y rebeldes que sean, tomando durante unas semanas, 4 ó 5 Cachets Collazo por día. Calman los dolores al momento y evitan complicaciones y recaídas. Pida folletos gratis a Moreno 1027, Buenos Aires, o a la Farmacia del Cóndor, Rosario.

CORTE AQUI..

Mándenlos el cupón HOY MISMO y a vuelta de Correo recibirá usted GRATIS y SIN COMPROMISO el libro "Guía de enseñanza por Correo" con detalles amplios de los cursos que las Escuelas Latino Americanas enseñan por correo.

CURSOS QUE ENSEÑAMOS POR CORREO:

Comerciales: Empleado de Comercio, Cajas, Tenedor de Libros, Secretario Comercial, Contador Mercantil, Empleado de Banco, Propaganda Comercial. Técnicos: Ing. Mecánico, Ing. Electricista, Ing. de Ferrocarriles, Técnico Mecánico, Mecánico de Autos, Mecánico Electricista, Técnico Electricista, Motores a explosión, Fornería, Oper. de Cine, Mec. de Aviones, Fotografía Artist. Industriales: Técnico Curtidor, Apicultor, Avicultura, Jabonería, Ind. Lechera, Mecánica Agrícola, Enólogo. Químicos: Ayudante Químico, Técnico Químico, Químico Industrial, Químico Agrícola. Dep. Id. de Farmacia. Dibujo: Artístico, Arquitectónico, Línea, Caricatura, Mecánico. Periodismo. Idiomas: Inglés, Francés, Matemáticas sueltas: Gramática, Caligrafía, Matemáticas. Taquigrafía.

Av. de Mayo 634 - Buenos Aires

ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
- enseñanza por correo -
Av. DE MAYO 634 - B. A.

Nombre
Dirección
Localidad
Curso que le interesa

LA QUE TODO LO DIO

(Continuación de la página 21)

Cuando esa noche Ana María llegó a la casa de la señora de López, encontró una esquelera de la mamá de Jorge que decía así: "Jorge desea que yo la invite a cenar esta noche. Irá a buscarla a la seis y media. Amelia K. de O'Farrell".

A las seis y media Ana María miró su reloj: eran las seis y veinticinco. Subió las escaleras corriendo, pues su habitación quedaba en el tercer piso. Era grande, con tres ventanas que daban a un lindísimo parque y estaba llena con las cosas que ella había estado coleccionando durante tres años. Tenía un hermoso juego de porcelana para té, una biblioteca llena de libros que ella y Jorge habían leído juntos; dos baúles con mantelería y ropa de cama y muchas cajas en las cuales había guardado cuidadosamente las prendas íntimas de su ajuar.

Todo lo que atañía al hogar no era trabajo para Ana María, y así cada noche solía ordenar sus cosas; pero ahora no tenía tiempo para nada. Rápidamente se cambió su traje de lana por uno de seda negro, se peinó cuidadosamente, y, una vez que se hubo colocado su coquetón sombrerito, salió de la habitación.

Faltaban veinte minutos para las siete cuando llegó nuevamente abajo. El vestíbulo estaba desierto, pero en el comedor habían empezado a reunirse los demás habitantes de la casa. Ana María podía oír sus risas y sus charlas. Esperó cinco minutos, y después se asomó a la puerta de la calle; estaba desierta. Aguardó diez, quince minutos..., y ni señales de Jorge. Como de costumbre, llegaría tarde.

Eran las siete y cinco minutos cuando sonó el timbre.

—Perdóneme si he llegado un poquito tarde; en el momento que salía de la oficina vino a verme un hombre y me detuvo hasta ahora.

Jorge era excepcionalmente buen mozo; alto, de cuerpo atlético, ojos grises, cabellos muy rubios y ensortijados.

Afuera, la noche estaba serena; el cielo, lleno de estrellas.

—¡Qué hermosa noche, Jorge! — le dijo Ana María. — ¡Y qué linda es la vida! Me siento tan feliz, que a veces, cuando me detengo a pensar, casi no puedo creer que vamos a casarnos tan pronto...

Pero ella, en su interior, lo creía. Durante los cuatro años de su noviazgo no había hecho sino pensar en los tiempos felices que vivirían juntos, cuando fueran marido y mujer, y ahora la felicidad estaba tan cerca...

Jorge había dejado su auto estacionado en la esquina. Cuando llegaron, él saltó dentro y tomó asiento; Ana María lo hizo a su lado.

—Jorge — le preguntó Ana Ma-

ría al arrancar el coche, — ¿qué dijo tu mamá cuando le comunicaste que nos casaríamos tan pronto?... Cuando vi su carta, me puse algo nerviosa. ¿No supones que tratará de hacernos cambiar de idea, verdad?

Jorge no le contestó; pero ella vio que él había hecho un gesto. Entonces se dio cuenta que algo en él había cambiado; no era el mismo Jorge que al irse la noche anterior la había besado en la sala de la señora de López. Lo miraba tratando de descifrar el secreto de aquella indiferencia; parecía como si se hallara disgustado por algo.

—¿Qué te pasa, Jorge? ¿Estás enojado conmigo? — habíale empezado a preguntar, cuando él, de improviso, dejó caer pesadamente una de sus manos sobre la de ella, interrumpiéndola.

—Espera, quiero decirte algo sobre mi madre. Anoche, cuando llegué a

casa, ella estaba despierta, y entonces yo le dije que estábamos pensando en casarnos...

—¿Pensando? Jorge, yo creí que lo habíamos decidido todo anoche, que todo había quedado definitivamente convenido para esa fecha.

Verdaderamente, no había lugar a dudas. La noche anterior, cuando Jorge le propuso casarse lo antes posible, sus planes habían sido claros y decisivos; no había vacilado en ningún momento al decirle que deseaba casarse cuanto antes.

—Es claro que arreglamos todo; pero como tú me preguntaste

qué pensaba mi madre de nuestra boda, te lo estoy diciendo. Ella dice que deberíamos esperar hasta que yo gane más sueldo, a fin de que pueda alquilarle un departamento para ella sola. No desea vivir con nosotros.

—Jorge, tú sabes muy bien que tu mamá ha estado diciendo eso durante los cuatro años que nos conocemos. Sabes muy bien que pasarán muchos años antes de que tú puedas mantener dos hogares. Tú tienes veintiocho años y yo veinticuatro. Sabemos que nos veremos y pienso que debíamos casarnos y formar nuestro hogar. No tengo miedo a la pobreza, y si algún día tuviera que hacerle frente, sabría hacerlo con toda entereza.

—¿Estás segura que no te importará que ella viva con nosotros? Te aseguro que no podré soportar que al volver del trabajo me encuentre con que mi mujer y mi madre están discutiendo sobre trivialidades domésticas.

—Jorge, por favor, no me digas esas cosas. ¿No he sido siempre buena con tu madre? Además, sabes muy bien que nada me importará que ella viva con nosotros. Más aún: no me importará quién viva con nosotros, siempre que tú y yo estemos juntos.

(Continuará en el próximo número)

Ante la caótica situación mundial se impone el acercamiento de los países de Norte y Sud América

INFLUENCIA DEL PLAN HOOVER EN NUESTRO PAIS

MR. Marcossón es un viejo conocido en nuestro país. Conserva un cariño sentimental para él; aquí conoció, en un viaje anterior, a la distinguida dama que hoy es su esposa y que lo acompaña en todas sus jiras. Su misión consiste en recorrer los diferentes países del mundo, estudiando sus condiciones políticas y económicas. En los últimos dos años ha visitado cinco veces los países europeos, entrevistando a las personalidades más destacadas de la política y las finanzas. Se le ha llamado "el rey del reportaje". Su profundo conocimiento de las cosas y hombres, torna interesantes sus apreciaciones sobre el difícil momento económico actual.

Se muestra, Mr. Marcossón, muy preocupado por la situación, que reputa excesivamente grave.

— Si no se busca un pronto remedio a los graves males que aquejan a la humanidad, si no se procede a un rápido ajuste de las condiciones generales, nos veremos abocados a la bancarrota de la civilización actual.

"Existe una situación paradójica: por un lado los graneros de todos los países crujen repletos, y por otro aumenta la desocupación, es decir, el ejército ingente de los menesterosos, verdadera y positiva amenaza para la paz universal.

"Se habla de superproducción con indudable razón. En los elevadores canadienses, norteamericanos y australianos, aquí mismo y en todos los demás países productores, el trigo se amontona, sin colocación, por millones de toneladas, y el agricultor se halla en quiebra.

"Rusia está forzando la mano constantemente. Sus agentes, políticos y comerciales, tratan de introducir sus elementos en todos los países. Fanáticos, hábiles, su acción está tenazmente orientada hacia el triunfo de sus ideales sociales, y para lograrlo no reparan en medios. Se valen, sobre todo, de las combinaciones comerciales, puestas al descubierto en muchas partes, y, según parece, también actualmente en la Argentina.

"La única defensa posible contra la ofensiva rusa es rodearla, sitiarla con un muro homogéneo de tarifas aduaneras. Para ello es menester un perfecto entendimiento entre las naciones.

"El mal que aqueja al mundo es la falta de bases económicas de la política. Libre el gobierno a los políticos profesionales, se marcha a ciegas, ignorando los tremendos riesgos inmanentes e inminentes, por sendas conocidas y que sólo pueden conducir al más rotundo fracaso. Se mantiene en Europa, con rara obstinación, el programa armamentista de la anteguerra. Los ejércitos del viejo continente cuentan con un millón más de soldados que en agosto de 1914, preparados para entrar en campaña. El mantenimiento de esas muchedumbres armadas, listas siempre para la agresión homicida, gravita espantosamente sobre los presupuestos y sobre la capacidad productora.

"Para que sea factible la paz y el retorno a condiciones de prosperidad normal, es inevitable, primordial, el desarme. No sólo el desarme material, sino también lo

que podríamos llamar "desarme mental de los pueblos". Quiero significar, la desaparición de las ancestrales rivalidades y odios existentes de país a país: entre Francia y Alemania, por ejemplo; Francia e Italia; Inglaterra y Francia; Italia y Yugoslavia, etcétera.

"Complemento indispensable de la "entente" política sería el derribo de las tarifas aduaneras, ajustándolas a un criterio humano y ventajoso. El proteccionismo importa aislamiento, en mi país como en cualquier otro, y en él tiene origen la difícil situación financiera de los países, sobre todo de aquellos que no pueden bastarse a sí mismos. Esta verdad ha sido comprendida por el presidente Hoover al elaborar su plan de moratorias. Ese plan tiene más bien un alcance moral, porque afirma la voluntad del gobierno y pueblo yanquis de abandonar la política de aislamiento y coadyuvar a la salvación del mundo y a que desaparezcan las dificultades económicas que lo agobian. Pero para que tenga el éxito necesario se requiere que se alcen grandes voces, serenas y desapasionadas, que guíen a los pueblos y les señalen el mejor camino, emancipándolos de la tutela de los políticos profesionales.

"La intervención de Hoover en Europa tendrá repercusión en Sud América, sobre todo en sus tres grandes países: la Argentina, Brasil y Chile; pero debe entenderse que no obtendrán nada mientras no disminuyan sus presupuestos de guerra y se encaucen dentro de la más estricta economía.

"En los Estados Unidos se sigue con interés el desarrollo de este país, tan hermoso y tan rico. Cuanto más recorro Europa — y lo hago constantemente — tanto más me convengo de que el futuro económico de los Estados Unidos está en la vinculación con la América Latina. Por eso la recorro ahora, estudiando sus condiciones económicas. He estado en Chile y en el Perú, últimamente. En ambos, la situación política es caótica. Creo, sin embargo, que en Chile se solucionará rápidamente. Constató que la de ustedes es mucho mejor y tiende a consolidarse definitivamente.

"Me llama la atención la influencia decisiva que tiene la juventud en la marcha política de los pueblos hispanos. Fui amigo de Primo de Rivera y durante cinco años observé el fermento de las ideas libertarias entre los estudiantes, hasta que se alzaron contra la dictadura, y no sólo la derribaron, sino que cayó también la monarquía. En el Perú y en Chile, y entre ustedes el 6 de septiembre, también tuvieron parte preponderante y principal en la caída de regímenes políticos. Esta actuación, esta preocupación del estudiante por la cosa pública, me sorprende y no deja de serme simpática, tal vez por lo mismo que no la concibo en los pueblos anglosajones. Pero, cabe preguntarse si ese respetable afán destructivo se complementa con idéntico anhelo constructivo."

Entiende Mr. Marcossón que la llave de la situación económica europea, y tal vez mundial, está en Alemania. Tiene gran con-

Llegado recientemente, se encuentra entre nosotros el señor Isaac F. Marcossón, periodista de vasta nombradía y redactor del gran semanario yanqui "Saturday Evening Post". El "Saturday Evening Post" es la más antigua de las revistas norteamericanas, pues fué fundada en 1728 por Benjamín Franklin. Su difusión no tiene igual en el mundo, alcanzando su tiraje a la fantástica cifra de 3.300.000 ejemplares semanales



Prevéngase contra la tos

Los bruscos cambios de temperatura, que son característicos en nuestro clima, son la causa del crecido número de resfriados y toses. Por eso es muy oportuna la receta que damos a continuación y que aconsejamos por su eficacia:

Tómese una cucharada de tomillo erytroso seguida de una taza de té de tilo o leche bien caliente, 3 o más veces al día. Conviene abrigarse bien y evitar de salir de casa. Este tratamiento es el más agradable y su eficacia ha sido comprobada por la mayoría de los Sres. Médicos.

Hay también pastillas de tomillo erytroso que se aconsejan como preventivo y para complementar el tratamiento que indicamos.

Pídase el interesante folleto editado por los Sres. Laich & Rey, Belgrano 2544, Buenos Aires.

PARIS LA MEJOR ANILINA DEL MUNDO

Caja chica 0.20 ¡Usela! Caja grande 0.80

Una formidable colección de modelos, todos de última moda, recién ideados, en charolado negro, cabritilla marrón, moka, baker, negra y otros combinados. Todos los números del 33 al 41, valen \$ 12, los vendemos a



\$ 6.90

Flete 0.60 por kilo

FABRICA NACIONAL DE CALZADO 556 Carlos Pellegrini 556 - Bs. Aires

PARA LAS CANAS

Hay un método francés de 3 días, que está muy en boga en París. Consiste en aplicarse en casa, 3 días seguidos, la manzanilla verum como una loción. Entonces el cabello obscuro que todavía queda se aclara y toma un espléndido color rubio, quedando las canas perfectamente disimuladas. Así se evitan las tinturas siempre dañosas.



de calidad, regulación automática, mejores que otras. Pídale catálogo ilustrado, a \$ 1.- Aves y huevos de raza. Album en colores, de aves y enfermedades, alimentación \$ 12.- Colmenas y Artículos de Lechería. Establecimientos "EXCELSIOR" Casa más importante, 42 años establ. JURAMENTO 5148 Buenos Aires (23)

DIVORCIO

y nuevo casamiento en Montevideo, trámite. Pida prospectos. T. Gicca, Corrientes, 435. Sin pago adelantado. - CONSULTAS GRATIS. De 9 a 18.

500 a 1000\$ por mes

o más puede ganarse con independencia en la propia casa, en ciudad o pueblo, sin dejar la ocupación actual. No es corretaje. Interesa a todos. Pida amplio prospecto, enviando 30 cts para gastos, a F. L. casilla corr 2400 BA

fianza en el canciller Bruening a quien reputa un Bismarck del siglo XX, desprovisto de las inclinaciones guerreras del Canciller de Hierro.

—Es— afirma— un pensador profundo, un católico a macha martillo, y uno de los más grandes hombres del mundo, autor de la más bella obra constructiva posterior a la guerra. A sus esfuerzos se debe un principio de entendimiento europeo, que tal vez lleve a asentar sobre bases duraderas y sensatas la paz del continente.

"Sólo por la cooperación— prosigue mister Marcossón— se podrá salvar a la civilización, y entiendo por cooperación la ayuda recíproca entre las na-

SI USTED NO SABE, APRENDA A DEPILARSE

(Continuación de la página 22)

manente. Y, veamos ahora, algunos de los más seguros y eficaces remedios que son necesarios. Lo primero que hay que hacer es determinar si el vello que se ha de extirpar es superfluo o no, pues es sabido que muchas mujeres consideran del todo necesario el destierro de una fina pelusa encontrada sobre los brazos o rostro. ¿Sabe la lectora que esa fina pelusilla no sólo constituye una protección para la piel, sino que sin ella ésta cobraría una brillantez semejante a la que posee el cuero cabelludo luego que ha sido despojado del cabello? La piel de un durazno resulta lustrosa en apariencia si es liberada de su pelusa, y de la misma manera que lo hace nuestra nariz cuando la despojamos del polvo. Al pretender exterminar esa pelusa se atenta, como puede verse, contra la salud y la belleza.

Si al par que el tiempo transcurre esa pelusa demuestra cierta tendencia a la adquisición de un color obscuro, puede ser blanqueada utilizando peróxido y amoníaco. A dos cucharadas de peróxido agréguense otras dos de amoníaco casero. Frótense esta preparación por sobre dicho vello y déjenlo secar antes de sacarlo, utilizando agua fría y clara. Este tratamiento puede ser utilizado dia-

riamente hasta el momento en que el vello torne a su antiguo color claro y pase, por consiguiente, inadvertido. Luego, con ser aplicado un par de veces a la semana, será suficiente para evitar que vuelva a oscurecerse.

Todos los depiladores que se conocen son, a fin de cuentas, simples navajas de afeitar cuyo poder no alcanza nunca hasta más abajo de la piel. En cambio una pasta, líquido o cera penetran en la piel y llegan hasta su raíz misma, de manera que un tiempo bastante largo transcurre antes de que el vello pueda ser advertido nuevamente. Anterior al uso del depilador, la piel debe ser perfectamente limpiada, con agua y jabón en abundancia. Si se utiliza pasta, no es necesario secarla antes de su aplicación. Al usarlos es necesario no seguir al pie de la letra todas las indicaciones que en ellos se encuentran, pues no sería difícil sufrir graves consecuencias si así no se hiciera. En una pequeña espátula de madera es colocada la pasta, y extendida ésta por sobre el vello que se desea exterminar. En cambio, los depiladores líquidos traen un palito semejante a la madera del naranjo, en una de cuyas extremidades está el algodón que ha de ser empapado.

Lo que he podido observar recientemente en Europa, me induce a creer que se piensa seriamente en encauzar las cosas en el sentido indicado. Si así no fuera, desespero del porvenir.

Lo que la República Argentina requiere, de acuerdo con lo que me ha sido dado observar, es población para su dilatado territorio. Atraerla es problema más difícil de lo que parece, pero que tendrán que tratar de solucionar los hombres de gobierno. Y, sobre todo— termina:— ¡economía, mucha economía, pública y privada!"

LA VERDAD SOBRE LA MUERTE...

(Continuación de la página 41)

sean, en realidad, los de la familia imperial.

De Giers dice que recibió instrucciones del gran duque Nicolás encomendándole se hiciese cargo de los restos y aguardase el desarrollo de los acontecimientos.

Monsieur de Giers se halla algo perplejo por la precipitada investigación que sobre la familia imperial hizo Sokoloff, a quien no conocía muy bien.

—Es verdad que recibí del general Janin algunos objetos pertenecientes a la familia imperial en la época de su ejecución, pero no poseo la prueba absoluta. Yo creo más bien que los documentos se relacionan con la partida de Ekaterinburg, donde es evidente que el zar y su familia hallaron su fin. Es también más lógico considerando que el ejército antirrevolucionario de Koltchak se acercaba a las puertas de Ekaterinburg, y que los oficiales del soviét, perteneciendo a un distrito secundario, interpretaron mal las instrucciones y cometieron el asesinato.

"Poseo, sin ninguna duda, algunos objetos de la extinta familia, y es tanta la evidencia documental que nos llega de varias fuentes, que parece también que los que guardo son los restos auténticos."

Sin embargo, de Giers parece indicar que desearía una franca investigación de la tragedia.

"Hay algunas personas que aún viven que conocen el secreto del asesinato del zar, y si el tiempo despliega sus labios, poseeremos quizá una de

las más históricas reliquias del mundo—nos afirma."

LO QUE DICE EL GRAN DUQUE ALEJANDRO

Pese al hecho de que el gran duque Cirilo, pretendiente al trono ruso, ha hecho una petición oficial demandando la custodia de los más o menos auténticos restos de la familia imperial, Michel de Giers rehusa invariablemente, bajo el pretexto de que los restos pertenecen al pueblo ruso, y deben, por tanto, ser celosamente guardados.

El gran duque Cirilo y otros miembros de la familia imperial, están convencidos de la autenticidad de la prueba que existe en esas cajas secretas. El gran duque Alejandro, uno de los más honorables miembros de la familia, cree asimismo que las investigaciones del juez Sokoloff, ruso blanco, en Ekaterinburg, estaban basadas en hechos y que la evidencia es innegable.

El gran duque Alejandro nos dijo: —Estas reliquias representan uno de los mayores tesoros, y monsieur de Giers hace bien en protegerlas de toda profanación. Si algún día se consigue la prueba concluyente de que esas famosas cajas contienen, en realidad, los huesos de nuestro emperador, de Giers habrá hecho un gran servicio a Rusia. Debemos aguardar con paciencia. De Giers hace bien en mantener el silencio que le impuso una orden superior del gran duque Nicolás, y su negativa a entregar las reliquias al gran duque

Cirilo no es, bajo ningún aspecto, no reconocer las pretensiones de Cirilo al trono.

"El príncipe Nicolás Orloff, comentando la investigación de Sokoloff, declaró:

—Sokoloff era un hombre de honor y probidad innegables. No hubiese tomado a su cargo esta misión, desarrollándola hasta los hechos presentes, si no hubiera medido cuidadosamente cada paso. Considero la investigación de Sokoloff como absolutamente definitiva, requiriendo pocas pruebas adicionales para hacer evidente que las cajas ahora en posesión de Giers contienen los restos de la familia imperial.

"El conde Kokovtsoff, ex primer ministro de Rusia, quien es también presidente de una asociación de rusos consagrados a recordar a Nicolás II, disiente con el juez Sokoloff; pero observa, sin embargo, que debe llevarse a cabo una completa investigación cuando llegue el momento oportuno. Es notable que en las cajas conteniendo los restos de la familia imperial hay más de trescientas piezas de pruebas que se cree debieran suplir evidencias suficientes para comprobar si los restos humanos son o no los del emperador y su familia.

"Kroupensky, presidente del consejo superior de la organización rusa imperialista, dijo, refiriéndose al depositario de los restos imperiales: "Yo creo que de Giers es el digno guardián de los restos del emperador."

EL ESPANTA PAJAROS RUSO

(Continuación de la página 3)

ficado expedido por la fábrica en que trabajaba un obrero, garantizando que éste, efectivamente, la necesitaba.

"Los transportes en todo el país se habían desorganizado completamente por efectos del pesado tráfico requerido por el plan, y el que aún se hallaba en funcionamiento estaba tan absolutamente desgonzado, que Stalin dió un decreto estableciendo severísimas penalidades para el personal ferroviario que no llevase a destino los convoyes dentro del horario estipulado.

POR QUE HIZO ESAS DECLARACIONES STALIN

"¿Por qué ha hecho Stalin esas declaraciones de su fracaso? Porque él y sus partidarios no se atreven a engañar por un momento más a su pueblo ni al mundo. Los leaders bolcheviques se han jugado enteros y han perdido. Calcularon mal un solo factor, y ese factor era el humano.

"Las fábricas elevaron sus edificios hacia el cielo, las máquinas les fueron llevadas desde el odiado mundo exterior; los altos hornos fueron encendidos y las chimeneas lanzaron al aire su humo espeso. Pero el trabajador ruso sólo puso a contribución sus manos inexpertas, en tanto que los capataces, designados por medio de influencias políticas, se dedicaban a soñar en las prebendas que esa política les brindaría más adelante.

"Inundaremos al mundo con nuestros productos", era el grito del dictador de Moscú. El factor humano ha resultado demasiado poderoso. Stalin ha perdido la partida. El obrero ruso de la época zarista es el mismo que el obrero ruso de hoy.

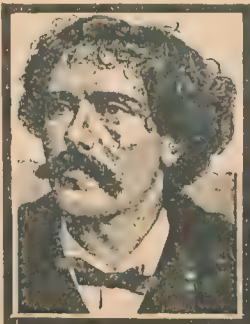
"La Rusia industrial es un sueño demasiado lejano. Y la tragedia reside en que la realización de ese sueño se ha alejado aun más por el descabellado experimento que, de hoy en adelante, será conocido con el nefasto título de "el plan quinquenal".

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

Turista.—Córdoba está a 393 metros de altura sobre el nivel del mar. Villa Dolores a 530 metros y a 186 kilómetros de la ciudad de Córdoba. Queda satisfecha su pregunta.

TRES PARROQUIANOS DEL BAR F.—En el juego del truco, si A canta flor y B, que es su adversario, también, se anota tres tantos el que tenga la flor mayor. Si A canta flor, B la contraflor y A se achica, B se anota cuatro tantos. Si A, en cambio, quiere la contraflor, el que tenga la flor mayor se anota seis tantos. Por último, si además de la contraflor, B echa "el resto" o "dos" reales envido, por ejemplo, el que tenga mayor punto se anota los seis de la contraflor, más los seis de los dos reales envidos, o todo el resto, según el desafío.

AMIGO DE LA VERDAD (Rosario).—El primer maestro de violín de Sarasate no fué Manuel Rodríguez, sino José Curtier, en la Coruña, según muchos de sus biógrafos. Manuel Rodríguez lo perfeccionó en el arte en que tanto iba a sobresalir, cuando el genial violinista pasó a Madrid, pensionado por la condesa de Espoz y Mina. En París, en cuyo conservatorio ingresó en 1866, fué discípulo predilecto de Alard.



CIUDADANO SANTAPECINO.—Todavía está usted a tiempo de cumplir con las obligaciones de la ley 11.386, referente al cambio de domicilio. La reglamentación establece que "el enrolado que haya cambiado de domicilio deberá comunicarlo personalmente bajo su firma, dentro de los siete meses de producido, en enero, febrero, julio y agosto, a la oficina enroladora, y donde no la hubiera, a la oficina de Correos que corresponda a su nuevo domicilio."

N. N.—El café, el té, el alcohol, producen un estímulo artificial en el organismo. Es verdad que, casi inmediatamente de ser ingeridos, permiten desarrollar una mayor energía, pero son muy poco nutritivos. No servirían para sostener la vida, y, por el contrario, su abuso la acorta.

El abuso del alcohol conduce, fatalmente, a la arterioesclerosis, como el de la carne.

DESCONSOLADA.—Una boca completamente normal, no debe sangrar cuando se limpian los dientes con un cepillito. Si las encías sangran, es necesario tonificarlas, o quitarles el sarro. Un buen método consiste en cepillarlas varias veces al día, si es posible cuatro. Cuando las encías carezcan de sarro se pondrán duras y fuertes. Después de cada operación, se recomiendan buches de agua templada, en la que previamente se hayan vertido dos o tres gotas de tintura de yodo.

ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que desde hoy comenzamos a publicar semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjase por carta a la Dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.



Los lectores que preguntan

MUCHAS GRACIAS (Flores).—En la Edad Media la temperatura del cuerpo, en los enfermos, era apreciada por el galeno colocando la mano; de plano, sobre el pecho del paciente. No era ese el único método a que se recurría para el diagnóstico de la fiebre. Era un síntoma, por ejemplo, de que ésta existía cuando los emplastos y las cataplasmas se secaban rápidamente o cuando las vendas de cera se reblandecían. En cuanto al pulso, era un signo desfavorable cuando se volvía pequeño y rápido.

T. BINDESBOLL (Valle Hermoso, Córdoba).—Su amigo tiene razón, Groenlandia es la única colonia que posee Dinamarca. Su superficie mide 2.182.000 kilómetros cuadrados. El área cubierta de hielo se estima en 1.869.000 kilómetros cuadrados, mientras el litoral exento de hielo representa sólo 313.000 kilómetros. La gran mayoría de esta isla está cubierta de hielo, cuyo espesor, en algunos sitios, se calcula en uno o dos kilómetros.

REBECA GLANOWSKI.—Los seis primeros reyes de Judá, por orden de fecha fueron: Roboam, hijo de Salomón. Abías, en el año 17. Asa, que reinó 41 años. Josafat, en el año 61. Joram, que apenas ascendió al trono dió muerte a todos sus hermanos, y Ocozia, en el año 91 y que sólo alcanzó a gobernar un año.

LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO".—El autor de la frase "otra victoria como ésta, y estoy arruinado" fué Pirro, que ganó su primer combate en Hérclea (280), pe-



ro, el triunfo le costó tan caro que, viendo cubierto de cadáveres de soldados suyos el campo, no pudo menos de pronunciar las palabras que la historia ha recogido.

EL ARTE DE CONTESTAR

VIAJERO DESCONCERTADO.—En la Oficina de Informes para pasajeros, del F. C. C. A., que funciona en la misma estación Retiro y cuyo teléfono es 41 Plaza, 2032, le darán amplios datos sobre la mejor forma de trasladarse a La Paz (Bolivia).

Podemos, no obstante, anticiparle lo fundamental, que es lo siguiente: De la estación Retiro sale continuamente el tren expreso llamado "Panamericano" que llega hasta Tucumán y presta un servicio internacional, pues conduce el tráfico para el Perú, Norte de Chile y Bolivia, que es donde usted desea ir. Este convoy combina en Tucumán con el F. C. Central Norte Argentino, que lo llevará directamente a La Paz, haciendo escalas en todas las estaciones de los ferrocarriles bolivianos, del trayecto. Este tren deja en Uyuni la combinación a Chile, y en Viacha la del Perú.

DARIO GUEMES.—La palabra pelicano es, en francés, pélican; en italiano, pellicano y en inglés pelican. Del latín, pelicanus; del griego, pelekanos.

M. Ave acuática, del orden de las palmípedas.



HUMANITARIO.—La abolición de la esclavitud en la posesión británica en Africa de Sierra Leona, fué decretada en 2 de enero de 1928. Por más datos puede usted dirigirse al Consulado Británico, Sarmiento 443, U. T. 31, Retiro 2918.

DUENA DE CASA (CAPITAL).—El "arroz con leche armonía" se prepara en la siguiente forma: Se hacen hervir cuatro litros de leche y se le echa una taza de arroz común, medio litro de azúcar en terrones y se deja hervir hasta que se ponga espeso. Entonces se saca del fuego y, caliente, se le agregan seis yemas de huevo, previamente batidas en una taza.

ESTUDIANTE.—Algunos gramáticos admiten que "sofá" hace su plural "sofás" o "sofaes", indistintamente. Otros rechazan la última forma. De acuerdo con la regla general que establece que los substantivos terminados en vocal o diptongo tónicos o en consonante, forman el plural añadiendo la sílaba "es" al singular: "sofá" forma "sofaes", así como bajá, bajaes; rondó, rondoes; aji, ajies, etc. Puede usted emplear cualquiera de los dos plurales. Nosotros preferimos "sofás".

JULIO B. DESIMONE (Capital).—El pagaré se prescribe a los tres años a contar desde la fecha del vencimiento, y a los cuatro años desde la fecha de emisión, si fuese a la vista.

QUIEN ASESINO AL MILLONARIO...

(Continuación de la página 32)

Terminada la última audiencia, Robin Dale escribió y despachó sendas cartas a dos abogados. Luego se dispuso a esperar el llamado telefónico que sabía habría de producirse.

Decían así las cartas que escribió el periodista, ambas de un mismo tenor:

Al señor Dwight Simpson.
Tribunal de Audiencias Criminales.
Ciudad.

Y

Al señor Gerald Waring, Broadway 143. Ciudad.

Aunque sean ustedes adversarios en una lucha de conceptos legales, estoy seguro de que encontrándose en juego una vida humana, primará en ustedes, por sobre todas las consideraciones, un anhelo sereno de justicia.

Me mueve, al adoptar mi actual actitud, un puro afán de justicia.

Creo que sólo existe un culpable de la muerte de Emory Wells. Permítidme probar esta afirmación por medio de un análisis de la prueba testimonial y de las exteriorizaciones de las personas vinculadas a ella.

Marta Grood y Etta Billings: con-fesadamente, madre e hija. Cual-quier vínculo que existiera entre Emory Wells y Etta Billings (la de-claración de esa pobre señora hoy es ampliamente probatoria de que pue-de haber existido algún vínculo) sólo podía haber subsistido con el cono-cimiento de ambas. Lo demostró así el temor de Marta Grood. Pero fuere cual fuere la situación, permaneció invariada a la muerte de Emory Wells. Si no hubiera sido así, Etta Billing no habría estado en la casa. Debemos dar por sentado, pues, que Etta Billing no tenía motivo para matar a Wells, interesándole, más bien, su vida. Su madre, sin embargo, en cierto momento estimó que se habría producido una desavenencia. De ahí su temor e impulso de correr a las habitaciones de los sirvientes.

Si Etta Billing hubiera sido culpa-ble, Marta Grood lo hubiera notado inmediatamente y no hubiese aban-donado el cuarto de su hija.

Si la misma Marta Grood hubiera sido culpable, es lógico pensar que hubiese dejado que otra persona descubriera el cadáver.

Señora Julieta Wells y Warren Slade: escribo juntos estos nombres porque, indudablemente, existía un lazo entre ellos. Lo confesó Julieta Wells al declarar que él la había visitado en sus habitaciones. Aunque entrañara la confesión de un pecado, era la única forma de evitar una acusación criminal.

Emory Wells no ignoraba lo que ocurría; así lo prueba el hecho de haber desheredado a su esposa. Al desheredar a los sirvientes, debía constarle que se hallaban al corrien-te del río amoroso de su mujer, y se propuso castigarlos por haber tole-rado que se le engañara ciegamente.

David Wells es inocente del cri-men. Resulta absurdo suponer que deseando la muerte de su padre, hubiera tratado de producirlo en la forma y circunstancias que ocurrió.

Ello importa caer a sabiendas en una trampa, que fué lo que sucedió.

Sus evasivas sobre ciertas cuestio-nes, como el empleo de su tiempo posterior al asesinato, no constituyen más que un esfuerzo para proteger a su madre de la vergüenza, y PROTE-GER AL CULPABLE DEL CRIMEN.

En alguna forma, David Wells sa-bía quién mató a su padre. Cuando adquirió dos pasajes para ese pueblo de Nevada, uno era para Grace Var-ney y el otro no era para él, sino para la persona culpable. David Wells hubiera hecho más aún, hu-biese afrontado hasta la silla eléc-trica por librar a esa persona... ¡porque era su propia madre!

Tened presente que cuando ella llegó a su hogar después de David y Grace Varney, éstos... la estaban esperando. Nadie sabrá nunca lo que se ventiló en aquella casa esa no-che. Al día siguiente se proponía des-pachar, enviar lejos, a las dos mu-je-res queridas.

¿Acaso en la sala del tribunal no realizó un frenético esfuerzo por de-clararse culpable al comprender que su madre iba a confesar su delito?

Ella conocía de antemano la visita de David al padre, porque se había convenido el momento durante las horas de la tarde. La pobre señora permaneció a la parte de afuera del escritorio, esperando, no sabemos cuánto tiempo. Probablemente escu-chó lo que hablaron Emory Wells y su notario, pero con toda seguridad oyó cada una de las palabras cambiadas entre padre e hijo, tal como él las expuso en su declaración.

Cuando David se marchó, todas sus esperanzas estaban quebradas, pisoteadas. Entonces, muy en silen-cio, su madre entró al escritorio y se enfrentó con Emory Wells por pri-mera vez después de muchos años, cuando él acababa de hacer con el hijo lo que antes hiciera con la ma-dre: arrebatándole toda esperanza de felicidad. Había llegado preparada para proceder. ¿Quién podrá saber jamás qué palabras mediaron entre ambos? Ella tomó las joyas pertene-cientes a su hijo y el testamento que lo desheredaba y al propio tiempo vengó más de veinte años de soledad y sufrimientos por medio de un acto irreparable: la supresión de la vida de Emory Wells...

¿Qué hombre se atreverá a juzgar a esa mujer?

De ustedes atto.

ROBIN DALE.

Gerald Waring telefoneó desde el despacho de Dwight Simpson. Reunidos todos, se encaminaron hacia una peque-ña casa de Brooklyn. Grace Varney estaba allí, tal como ellos lo suponían. La madre yacía en cama, enferma. Un médico la atendía. Cuando interrogaron al facultativo supieron la verdad: era la última enfermedad de la paciente.

Al siguiente día el jurado, presidido por el juez Hollister, se reunió a puer-tas cerradas. La acusación contra Da-vid Wells fué retirada y se le puso en libertad.

FIN

SOMBRAS EN LAS ALMAS

(Continuación de la página 47)

casa, en el preciso instante en que Más-pero venía hacia él.

—Di marcha atrás y el coche la agarró.

—¡Es Ramona! — exclamó Más-pero.

—¿Ramona? — interrogó Luis.

—Sí, Ramona; una de las mucamas.

—Afortunadamente, parece que no está herida de gravedad...

—¿Qué susto me ha dado usted —

dijo la muchacha. — Pero dígame, ¿qué señor Marondi es usted? ¿Acaso el hermano de la señora de Pardés?

—Nada importa qué señor Marondi soy yo.

—Sí, sí; ahora recuerdo...

Luis le tapó la boca con la mano, y, dirigiéndose a Julia y a Máspero, les pidió lo dejaran solo con la muchacha.

—¿Por qué me preguntó usted si era el hermano de la señora de Pardés?

— Porque como usted sabrá, Pardés se pegó un tiro y...

—¿Qué? ¿Qué es lo que dice usted? ¿Que Vicente se mató él mismo?

—¿Si estoy segura? Tanto, que ja-más pude llegar a comprender por qué la señora desapareció para no volver.

—¿Está usted completamente segu-ra? ¿Está segura, segurísima?... —

Completamente segura. Hasta ten-go los recortes de los diarios de aquel tiempo; publicaron mi nombre y hasta mi fotografía. Voy por ellos.

Poco después, Luis leía con ansiedad los recortes.

Cuando Luis terminó de leer, Ramo-na se dirigió a él, diciéndole:

— Su hermana fué siempre tan bue-na conmigo durante todo el tiempo que estuve con ella, que voy a confesarle a usted la verdad de lo ocurrido. Yo había estado flirteando con Tomás, el chauffeur, cuando al rato tuvimos que despedirnos. Entonces yo di vuelta, a fin de entrar por los fondos de la casa pa-ra no ser vista, cuando sentí un tiro.

En seguida pensé que el señor había matado a la señora, y empecé a correr, deteniéndome en la cocina para apode-rarme de un cuchillo; pero cuando lle-gué al living-room, las fuerzas me abandonaron: la señora estaba tirada en el suelo, sumamente pálida. Creí que estaba muerta; el señor estaba de pie a su lado y aún esgrimía el revól-ver. Temiendo que fuera a hacer fuego otra vez, empecé a gritar con toda la fuerza de mis pulmones; entonces él se asustó y dejó caer el revólver. Corrí para apoderarme de él. Y en la lucha que sostuvimos ambos para la posesión del arma, salió un tiro y el señor cayó pesadamente al suelo. Estaba muerto; un pánico horrible se apoderó de mí.

—¿Es verdad lo que dices? — pre-guntó Luis, tan excitado que aquélla tuvo miedo.

—¿Va a denunciarme? Le juro que si lo hace, declararé que no he dicho nada.

— Le juro que no diré nada. Tan só-lo necesito saber toda la verdad.

— Bueno, como con el susto se me había caído el cuchillo, lo volví a tomar y lo llevé a la cocina. No había nadie más que yo en la casa. Salí sin saber lo que hacía, pero después de haber cami-nado durante media hora pude dominar mis nervios y regresé. Mi idea era la de llamar a la policía, diciendo que el

ASTUCIA DE MUJER

escúcheme. Suponiendo que esta no-che le dice: "María, no puedo dejar que dos mil libras se me escapen mi-serablemente de las manos. El viejo lord Ecclesby me ha ofrecido su fa-mosa "Cascada" por cinco mil libras y conozco una persona deseosa de com-prarla por siete mil. No puedo realizar la operación", continuará usted dicien-do, "porque no tengo esa suma, pero si quieres ganar dos mil libras, te pre-sentaré al interesado en cuestión."

— No me creería — respondió con tristeza. Me pediría el nombre de usted.

— Con decirselo, asunto arreglado— dijo Tremount.

— ¿Eh? — interrogó Henry, sorpren-dido. — ¿El nombre de quién?

— ¡Pues el mío, compañero! ¡El mío! ¡Yo soy el hombre que está ansioso de pagar siete mil libras por la "Cascada Ecclesby"! ¡Yo soy ese hombre!

— ¿Usted?

— Naturalmente. ¿Por qué no? ¿No soy yo su socio en el asunto?

— Sí, pero...

El pensamiento de Henry giraba, giraba vertiginosamente. Sentíase divi-dido entre el violento deseo de poseer la "Cascada" y el horror de su mujer al descubrirlo.

— ¿Y si ella la comprara a Ecclesby?

— Si ella la comprara — replicó el otro, — yo desaparecería en el acto.

— ¿Dejando a María con la "Cas-cada"?

señor había matado a la señora y que luego se había suicidado; pero cuando entré en la habitación, la señora había desaparecido. Busqué al nene, y tam-poco lo hallé; entonces llamé a la poli-cía y expliqué lo que usted acaba de leer.

— Sí; mi hermana me dijo que se ha-bía desmayado, y que al volver en sí, lo único que había atinado a hacer, fué escapar con su hijito.

— ¿Así que usted sabe dónde está?

— Luego hablaremos sobre eso.

— Prosigo. Llegó la policía. Como para entonces yo había descubierto la carta que la señora dejó, la entregué. Una vez que la leyeron, oí que decían que el señor se había matado al descu-brir que su esposa lo había abandonado.

Luis no tenía por qué dudar de las palabras de la muchacha. Ahora podía entender; Vicente no fué herido cuan-do salió el primer tiro, mientras lucha-ba con su esposa, sino que había reci-bido el balazo mortal en tanto luchaba con ella por la posesión del revólver.

Luis volvió a oír pasos detrás de él: Julia estaba ahí, de pie en la puerta.

— He oído todo, Luis. Me puse a es-cuchar, y confieso que no me aver-güenzo... ¡Oh, Luis!

Corrió hacia él y lo abrazó.

— ¿Luis! Hubieras podido haber con-fiado en mí; ¡me hubiese casado con-tigo, aunque tú lo hubieras matado.

— Y tú, Julia, ¿por qué no confiaste?

— ¿Cómo podía después de lo que vi? La criatura se llamaba Luis, igual que tú; yo no había leído los diarios y tampoco sabía que tenías una hermana.

— Es verdad, Julia.

Sentados uno junto al otro, las ma-nos unidas, Luis comenzó a explicarle todo, desde el principio hasta el fin.

— De pronto oyóse la voz de Marondi: — Ahora podrán emprender su viaje de bodas, ir a la Argentina y regresar con su hermana.

— Nos casaremos y emprenderemos viaje mañana si Julia está dispuesta.

— ¿Dispuesta? Emprendería el viaje ahora mismo, si es que no fuera tarde ya para casarnos esta misma noche.

Máspero los miró enternecido y salió silenciosamente de la habitación.

¡Hasta los viejos solterones saben comprender el momento oportuno de dejar solos a los novios!

FIN

(Continuación de la página 7)

— Dejando a María o a usted con la "Cascada". ¿O es que ya ha cambiado de idea?

Esta pregunta, tan simple, tuvo sobre el ánimo de Henry Bertoldi un curioso efecto.

— ¡Lo haré! — exclamó de pronto. — ¡Y lo haré esta misma noche! Expli-queme exactamente lo que debo decirle, y lo diré.

Tremount se secó la frente. Cinco mil libras al doble de su comisión or-dinaria significaban doscientas libras. ¡Doscientas libras!

— Y ahora, manos a la obra — dijo.

— La idea central es ésta: para ganar dos mil libras, su mujer tiene que com-prar la "Cascada" del viejo Ecclesby. He ahí el punto más complicado de la combinación y en él hemos de concen-trarnos. Debemos estar listos para cual-quier eventualidad. De manera que vamos a hacer un ensayo general. Us-ted se coloca allí, se imagina que yo soy su mujer y me cuenta su historia. Hable con calma y con un tono de pesar por no poder arreglar la transacción con sus propios recursos. Trate de re-cordar que, en efecto, usted ha perdido dos mil libras en el negocio, dos mil libras que su esposa guardará para sí. Y ahora, ¡adelante!

Dos horas más tarde, Montague Tre-mount, sudoroso y agotado, se despedía del pequeño comerciante.

— Usted repite bien su lección — le dijo por vigésima vez, — y yo me ocu-

paré del resto. ¿Recuerda lo que tiene que decirle al viejo Ecclesby?

Henry hizo un signo afirmativo.

—Voy a verlo en el acto, y le diré que si mi mujer le preguntara acerca de la "Cascada", bajo ningún pretexto deberá mencionar el hecho de que ya le he dado un cheque.

—Bueno—agregó Mr. Tremount,—y ahora ¡mucho suerte!

A las nueve del día siguiente, mister Tremount encontró a Henry literalmente transportado de alegría.

—Le he dicho exactamente lo que usted me enseñó—dijo,—y lo creyó como al mismísimo Evangelio. ¡Eso fué... fué estupendo!

—¿Y qué dijo ella?—preguntó.

—¡Oh! Dijo exactamente lo que tenía que decir. Le conté lo que usted me dijo que le contara y me fingí muy apenado porque no podía realizar la operación. ¡Y ella se burló de mí! ¡Sí, señor, de mí! Dijo que era el castigo de Dios por haberla dejado trabajar como una esclava mientras yo juntaba mis jades. "Yo sabía que el cielo, tarde o temprano, me vengaría", así me dijo.

Mr. Tremount se rió con sorna.

Dicho esto, se dirigió lentamente hacia la ventana. Durante unos minutos quedóse contemplando el tráfico; pero viendo detenerse frente al negocio un gran automóvil, exclamó:

—¡Hola! ¿Qué es eso?

—¿Qué ocurre?

—Ese auto amarillo que se detuvo.

—¿Un auto amarillo?—Henry se precipitó a la ventana.—¡Dios Todo-poderoso! ¡Es ella! ¡Es ella... mi esposa!

—Mejor que la haga pasar, ¿verdad?

—Henry asintió. Había dicho que llegaría después del almuerzo, y sólo eran las diez y media. ¿Por qué esa visita inesperada? ¿Acaso lo había adivinado todo?

Y María entró exclamando:

—¡Ya la compré!

—¿Y qué es lo que compraste?

—La "Cascada Ecclesby". La he comprado, Henry.—Miró curiosamente a través del negocio.—¿Ese es Tremount?

Henry hizo un desesperado esfuerzo por dominarse. ¿Estaba soñando? ¡La había comprado sin hablar previamente con Tremount!

—¿Ese es el señor Tremount?—preguntó nuevamente la mujer.

—Sí... Sí, es él.—Pero antes de que pudiera agregar una palabra, se

abrió la puerta y alguien entró. Henry vióse frente a un hombre de aspecto afable, vestido con elegancia refinada.

—¿El señor Bertoldi?

—Sí, señor.

—Acabo de ver a lord Ecclesby... y he oído de sus propios labios que usted acaba de comprarle su "Cascada".

—Este... sí.

—Bueno, pues vengo a comprársela, señor Bertoldi. ¿Cuál es su precio?

Henry tuvo un largo estremecimiento. Tenía la sensación de haber caído en el lazo. Si daba una cifra, perdía la "Cascada", y si no la decía, su mujer comprendería que no pensaba vender el jade. Estaba perdido, irremediablemente perdido.

—¿Y bien? ¿Cuánto?

Henry tragó saliva. Una idea se apoderó de él y la expuso sin vacilación:

—Lo lamento, señor. Ya he aceptado un depósito sobre ese jade.

—¿Un depósito? ¿De quién?

—¿De mí!—lanzó Mr. Tremount.

Y Henry casi echóse a reír. ¡Así se hacían las cosas!

—De manera que mucho temo no poder complacerle, señor.

El desconocido dirigió su atención hacia Montague Tremount, y díjole:

—¿Puedo tener una palabra en privado con usted, señor?

—Ciertamente. Pero antes que nada...

—Tremount hizo una pausa, y ante la sorpresa de Henry extrajo una libreta de cheques y una estilográfica.—Háblanos quedado en setecientos, ¿no es así?—preguntó con voz indiferente.

Y no sabiendo qué decir, Henry dijo:

—Sí—aunque sólo Dios podía comprender lo que se proponía ese hombre.

—Exactamente—dijo el joven. Hecho el cheque, lo extendió a Henry:—Ya está. Todo de acuerdo, ¿no? Y ahora...

—Y dirigió al desconocido una mirada.

—Gracias.—El desconocido lo tomó del brazo y lo condujo hasta un rincón.

—Perdóneme si soy inoportuno, señor; pero he buscado la "Cascada Ecclesby" por muchos años, y estoy dispuesto a pagar cualquier precio por ella. Usted ha dejado setecientas libras en calidad de depósito. ¿Está usted dispuesto a venderme ese depósito?

—¿Por cuánto?—dijo Tremount.

—Mil cuatrocientas libras—dijo el otro sin vacilación.

—Muy bien. Acepto. ¿Mil cuatrocientas libras, dijo usted?

—Mil cuatrocientas—asintió el otro.

—Y si quiere acompañarme...

—¿Pero oiga!—gritó Henry desesperadamente. Muy tarde comprendía lo ocurrido. ¡Tremount lo estaba vendiendo... Vendía un derecho que no poseía.—

—Oiga!—repitió.—Usted no puede...

—¿No puedo qué?

Y entonces Henry pudo medir toda la profundidad de la traición. De pronto se le hizo claro por qué Tremount le había dado ese cheque. El asunto no tenía remedio. El había mencionado primero el depósito, y ahora no podía repudiarlo sin dar amplias explicaciones a su mujer, revelando de paso todos los pormenores de su estrategia!

—¡Dios mío, qué loco he sido! ¿Qué imbécil! ¿Por qué habré confiado?

—¿Entonces no crees que el señor Tremount pensaba comprar la "Cascada"?—dijo a su lado una voz.

—¿El?—gritó Henry.—No puede comprar ni... ¡Dios mío! ¿Qué estaba diciendo?...

—Así pensaba yo. No veía muy claro el asunto—prosiguió ella. Se sonreía.—He ahí por qué pedí a Jimmy Wimperis que interviniera.

—¿Eh? ¿Pediste a quién?

—A Wimperis.

María estalló en una carcajada. —¿Qué fácil fué engañarte! Comprendí tu juego desde el instante en que empezaste a hablarme anoche, y resolví pedir consejo antes de proceder. Fui a verlo a un viejo amigo, el señor

Wimperis. Hombre muy hábil, mucho más hábil que tu amigo Tremount...

—Pero... ¿te refieres al hombre que compró la "Cascada"?—

—¿Que compró la "Cascada"?—exclamó ella, riéndose. ¡Pobre Wimperis! No posee cien libras. Te ha burlado, como burló a tu digno amigo Tremount.

—¿Pero el... depósito! ¡Las mil cuatrocientas libras que iba a pagarle a Tremount por su depósito!

—Pamplinas, como todo el resto. "Bluff". Paseará a Tremount por la ciudad, y después... si te he visto no me acuerdo. Así vive ese hombre. Es un bribón, pero un bribón más hábil que tu amigo. ¿Comprendes mi plan?

Henry no comprendía nada. Su asombro era demasiado grande; pero al estrujar el cheque, exclamó:

—¡Mira! ¿Qué voy a hacer con esto?

—¡Cobrarlo! ¿Tremount quería robarlo? Pues ese es el precio de su traición.

—Pero era en concepto de adelanto...

—En efecto; pero no se hallará nunca en condiciones para completar la compra. Wimperis se va a ocupar de

eso, y Wimperis querrá una parte de esas setecientas libras por servicios profesionales,—agregó sonriendo.

—¿Entonces quieres decir que Tremount va a perder ese dinero?

—Exactamente. Porque Wimperis lo necesita.

Y entonces Henry se rió también. Que un bribón perdiera su plata en beneficio de otro bribón más hábil era justicia irreal, casi poética. Pero de pronto recordó la "Cascada", y su corazón se contrajo dolorosamente.

—Ven aquí.—Y entonces, con voz lenta, ella le dijo:—Por el momento, Henry, podrás guardar ese jade. Tienes que ganar más dinero, y para ayudarte, para que recobres tu entusiasmo perdido, te dejaré la "Cascada" para que ganes mucho dinero, porque yo lo necesito. El dinero nada significa para ti, pero para mí lo es todo. Gana mucho dinero, y la "Cascada" es tuya. Pero si descuidas tu negocio, te la quito en el acto. Ese es mi ultimátum, y ahora corre al banco y cobra esas setecientas libras.

FIN

80155303



Correr, saltar por el jardín, juego de una edad feliz, a la que todos quisiéramos volver... Pero el reumatismo o la gota acaso nos impida ya movernos. Triste destino vernos condenados a la inmovilidad y sufrimiento, mientras en otros tiempos podíamos movernos con agilidad y soltura. Sin embargo, no hay por qué perder la esperanza, pues con el Atophan es posible eliminar estas enfermedades y recuperar la ligereza de la edad juvenil.

Tubos de 20 tabletas

contra reumatismo y gota
ATOPHAN

Deje ya de sufrir por las
ALMORRANAS

Siga el ejemplo de
millares de ex-pa-
cientes, usando
este remedio de
segura eficacia: el

**UNGUENTO
MARAVILLOSO DE
HUMPHREYS**

Alivia desde la primera
aplicación

**SABAÑONES
USE PASTA VASENOL**

Lo que Vd. necesita, Señora, es fortificar su
sangre con hierro.

¡Pobre señora enfermiza! ¡Sufriendo de irregularidades en el período, mes tras mes y ansiando obtener un alivio!

¿Para qué envidiar la salud vibrante y la felicidad de otras mujeres? Lo que Vd. necesita es depurar y tonificar su sangre con hierro—con hierro asimilable—como está preparado en la POCION COLLAZO.

Tome Vd. una cucharada de POCION COLLAZO antes de cada comida. Su sangre aumentará en glóbulos rojos, su organismo funcionará

mejor, asimilará más los alimentos y sus mejillas y labios tomarán color. A los pocos días empezará a sentir los beneficios de una buena salud y el gozo de una vida vibrante de felicidad.

La POCION COLLAZO es el Tónico—Depurativo que los médicos recomiendan para Hombres, Mujeres y Niños de todas edades.

Pida folletos gratis a Moreno 1027, Buenos Aires, o a la Farmacia del Cóndor, Rosario.

DIALOGO EN

LA PELUQUERIA

PROLOGUITO

HACE tres lustros que don Giácomo Cristóforo Pellini — el rapabarbas más antiguo del barrio de Mataderos — me rapa las mías dos veces por semana. Y hace otros tres lustros que mis convecinos de la gloriosa cuna del "Torito" se sientan, como yo, en los mismos crujientes sillones, frente a los mismos manchados y sucios espejos, las mismas trieromías, representando escenas de "Il barbiere di Siviglia" y las mismas telarañas.

Este es el escenario donde tomaré semanalmente mis "escenas", para presentar al lector una serie de actos políticos de la más rigurosa actualidad.

Creo haber "rumbeado" bien: la peluquería es la "amansadora" de la política. Desde el caudillo influyente, que saca "muchachos



piernas" de la "gayola", hasta el "musolino" que guarda el secreto de cuando lo mandan a pegar carteles y cuando lo "invitan" a desfilar en procesiones patrióticas, después de los desfiles militares, van a dejar su confianza en el oído del peluquero que, por lo general, es un espíritu comunicativo, por lo mismo que en todo descendiente de Figaro existe un lírico aficionado al "bel canto", la literatura o la filosofía.

Don Giácomo es el verdadero prototipo del barbero. Muchas noches, después de cerrar el negocio, va al Colón, donde actúa de "clauquero" para disfrutar económicamente de las



dulces emociones de la ópera. Y las noches que se queda en casa, lee los discursos de Irigoyen, los tratados de Economía Política del general Uriburu y los "Métodos para sembrar alegría" del intendente Guerrico.

Un día, al sentarme en el sillón para un "completo", se produjo un ruido sospechoso. En seguida comprendí que la esterilla había "cedido", y entonces le dije a don Giácomo:

— ¡Pero, patrón!, ¿no le parece que ya es tiempo de jubilar todo esto? Si usted fuera un pobre "pato"... pero usted tiene sus pesitos bien amarrocados... ¿No tiene miedo de que se le vaya la clientela?

— ¡Ma qué esperanza! La quente no viene aquí por lo cuadros, ni por lo muebles, sino por la muñeca de este soqueto que soy yo, e que non tiene rival en todo Buenos Arias.



En esto de la "muñeca" don Giácomo no miente: tiene una mano para el contrapelo que parece un "polissoir" de terciopelo.

— Ademase — agregó, — yo güido la tradición. La mayor parte de mi clientes son (acercándose al oído y bajando la voz) pelodiste... e a los pelodiste les gusta la tradición. Entonces, yo, que soy peluquero facialpsicológico, les busco la vuelta haciéndoles disfrutarse en este rincón los recuerdos del viejo Matadero...

LOS BIGOTES DEL KAISER

Don Giácomo me lleva media res de ventaja, o sea, que me ha afeitado ya el lado derecho de la cara, cuando me dice:

— En Buenos Arias hay muy pocos peluquero come yo, que sean facialpsicológicos. Es una ciencia difícil, que requiere espíritu estético e mucha inteligencia. El día que a mí se me ponga en la cabeza largar el bario reo e irme al chentro, verá usted la roncha que yo levanto...

— ¿Cómo es eso de facialpsicológico, don Giácomo?

— E... ¡claro!, a la quente no hay que cortarle el pelo a secondo la moda, sino a secondo los rasgo de su fisonomía e su carácter. Pero aquí hácene al revés y cortan a secondo la moda. ¡Qué moda ne qué contubernios! Que no me hagan hablare...

— Los político, los militare, los literato, los maestro, los periodista, todo deben tener su característica, e no la tienen porque los peluquero no se la hacen; y cuando se la dan ellos mismo, se la ponen mal. ¿Quiere que le cite un exempio ahora mismos?

— A ver...
— Si yo fuera el peluquero del presidente le arreglaba lo bigotes al estilo del ex kaiser e le ponía la patillas de San Martín, porque lo bigotes del ex kaiser son la característica de los conquistadores e de los gobernantes que saben ponerse lo pantalones, y la patillas de San Martín representan el yenio militar de los que luchan per patriotismo. San Martín renunció al gobierno del Perú, y el



queneral ha renunciato a la futura presidencia...

"Si siguieran mi autorizade con seco, Pa-

Por

El Viejo Mandinga

tienen de sobra con la sua melena e il chambergo.

— Y ¿cómo me lo arreglaría al general Justo?

— Quèsta si que e una caracterizazione difícil. Tenemo que hacerlo de "candidato único"... Bueno: per il momento le pondriamo la melena de Santamarina, il bigote de Caballero, lo lentes de Laurencena e las bota del presidente.



BROCHE ANDALUZ

— ¿Un poco de gomina?

— Ya sabe que no.

— Discurpe: siempre me olvido. A nosotros los peluquero nos pasa con la costumbre de algunas palabra como a los políticos que pronuncian discursos e que siempre dicen "il soscripto"...

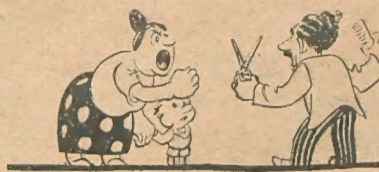
Se abre la puerta y aparece una carnuda señora, de esas que todavía no han renunciado al rodete, llevando a un pibe de la mano.

— ¿E que está uste por subí ar cielo a cortarle la barba a San Pedro?

— Algún día será, señora, e si gusta, ayá arriba le haremo a usted también un buen cortisito de melena a la moderna. Pero vamo a vere: ¿qué le pasa?

— Cómo le ha jecho usted tamañas escaleras al niño... ¡Váleme Dio! Si eto no e una cabeza...

— Osté que la ha fabricade sabrá, señora.



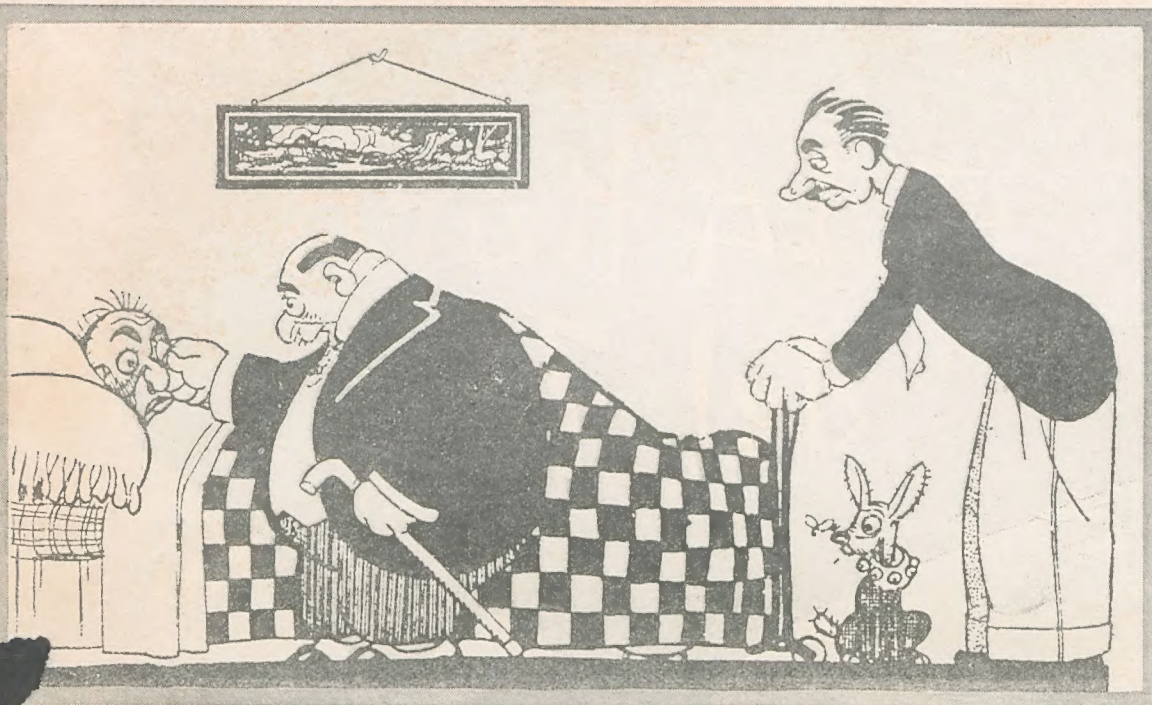
— ¡Pero si se la ha dejao usted lo mimo que un acausil!

— Bueno, señora: terminamo l'entrediche: me lo trae mañana al nene e se lo empareco.

— ¿Y po qué no ahora mimo, don Giácomo? ¡Claro! Como ya agarró la guita...

— No, señora: e que me se rompieron los antioco, y para verlo bien a su ricura se prechisa un microcopios... porque si no, a uno se le va la mano.

— Lo que se le va a usted e la lengua ¡so tío! Y que le vaya bien, que lo voy a recomiendo a las vecina...



—El iris me indica que lo que tiene usted es una afección al hígado.
—Observe usted el otro ojo, doctor, que ese es de vidrio.
(De "Papitu", Barcelona)



El preso (distráido). — ¡Caramba! ¡Me he olvidado para qué he roto la cadena!
(De "Buen Humor", Madrid)

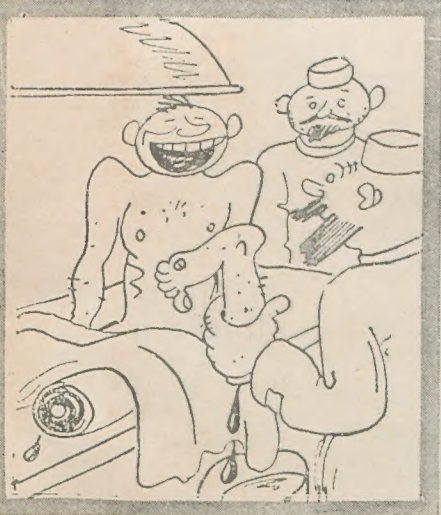


El tragaespadas. — ¡Qué asco! ¡Otra vez se le ha ocurrido a mi mujer cortar cebollas con mi instrumento de trabajo!
(De "Le Rire", París)

LOS CHISTES ILUSTRADOS



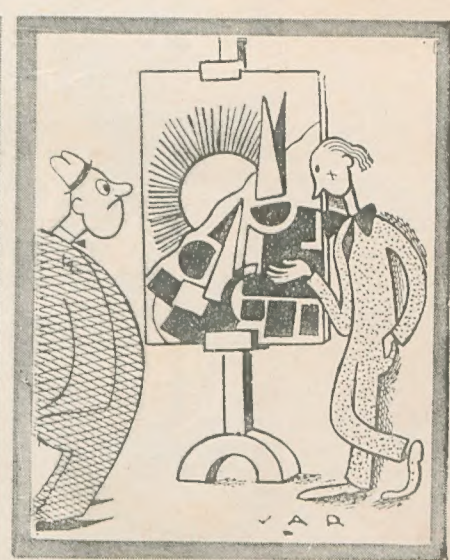
El cowboy. — ¡Daría cualquier cosa por saber cuál de los dos ha capturado al otro!
(De "Ric et Rac", París)



El médico. — ¿De qué se trata usted?
El recién operado. — De la plancha que se han tirado. Me han cortado la pierna sana en lugar de la enferma.
(De "Muchas gracias", Madrid)



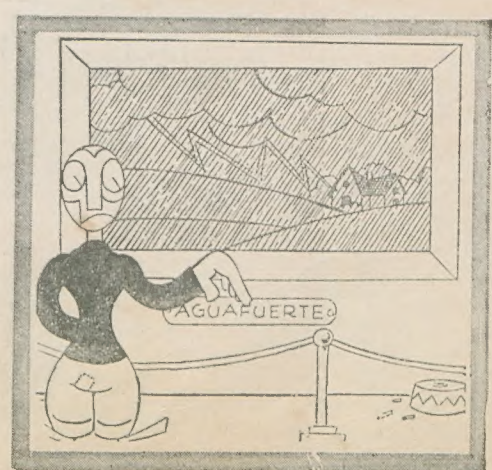
— ¿Qué es lo que te hace reír tanto, Enrique?
— La facha de ese tipo.
(De "Le Petit Parisien", París)



— Para poder pintar este cuadro he pasado mucha hambre.
— Ahora me explico que el hambre es capaz de todo.
(De "Tribuna Illustrata", Roma)

— ¿Y quién es ese autor del que dicen que con sus tragedias domina a la gente como a corderos?
— Ya le he dicho a usted que Esquilo.
(De "Buen Humor", Madrid)

— Estos pintores se creen que somos unos ignorantes. No sé qué falta hacía que le colocaran ese cartelito.
(De "Gutiérrez", Madrid)



A la hora del Té

